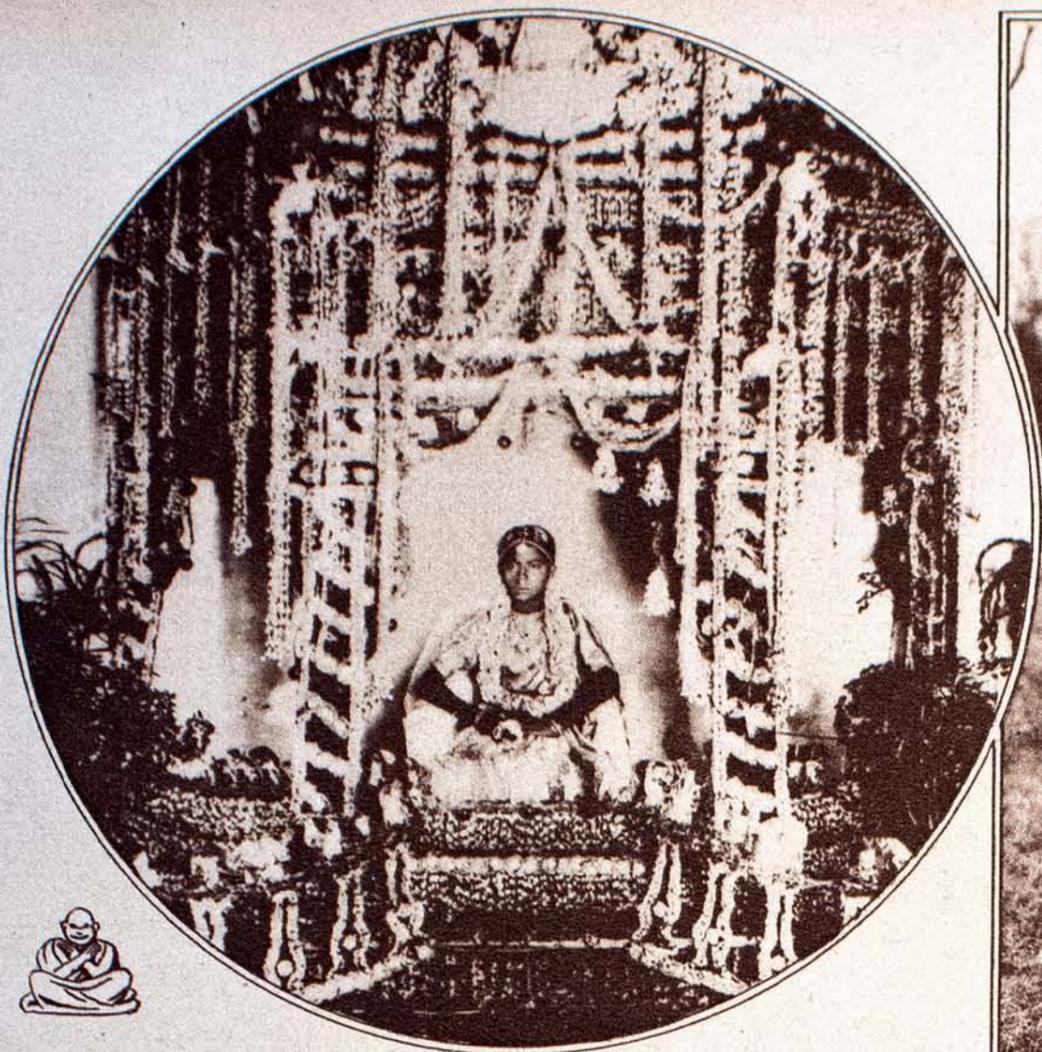
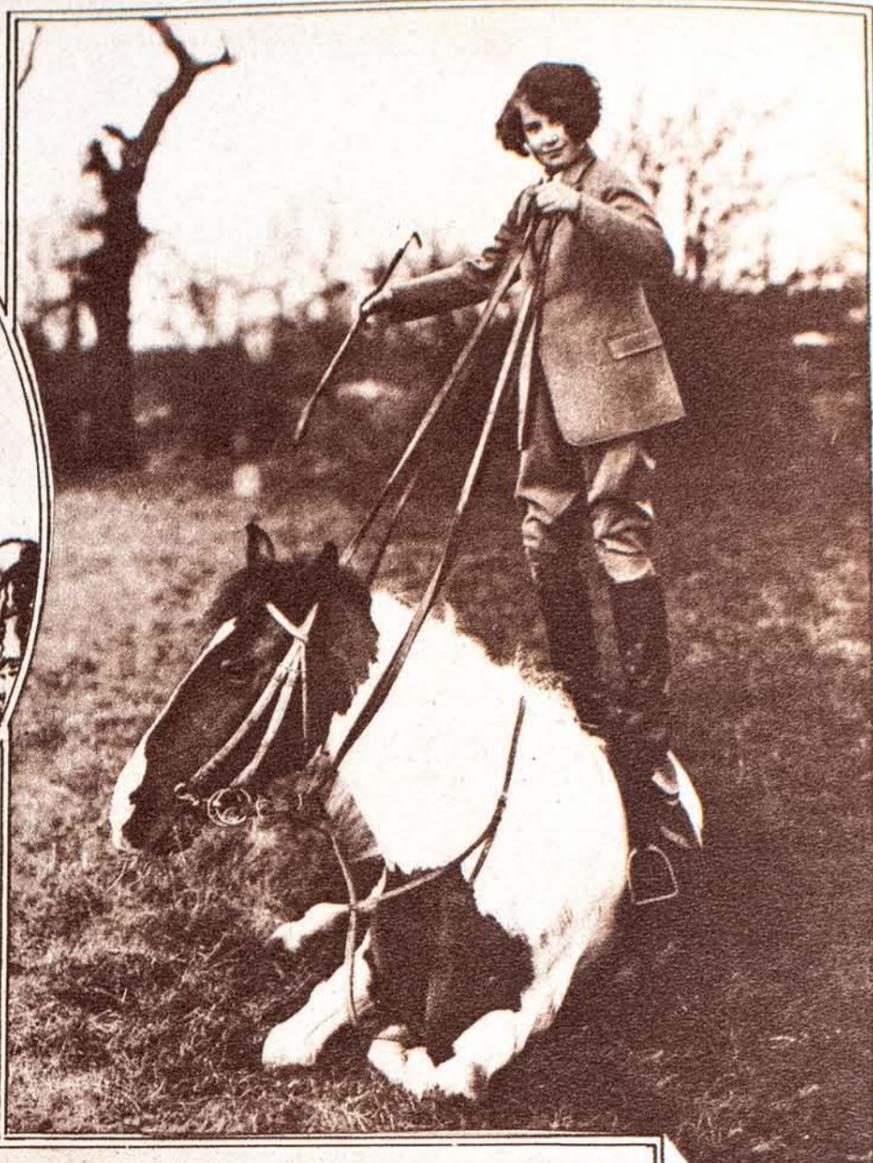




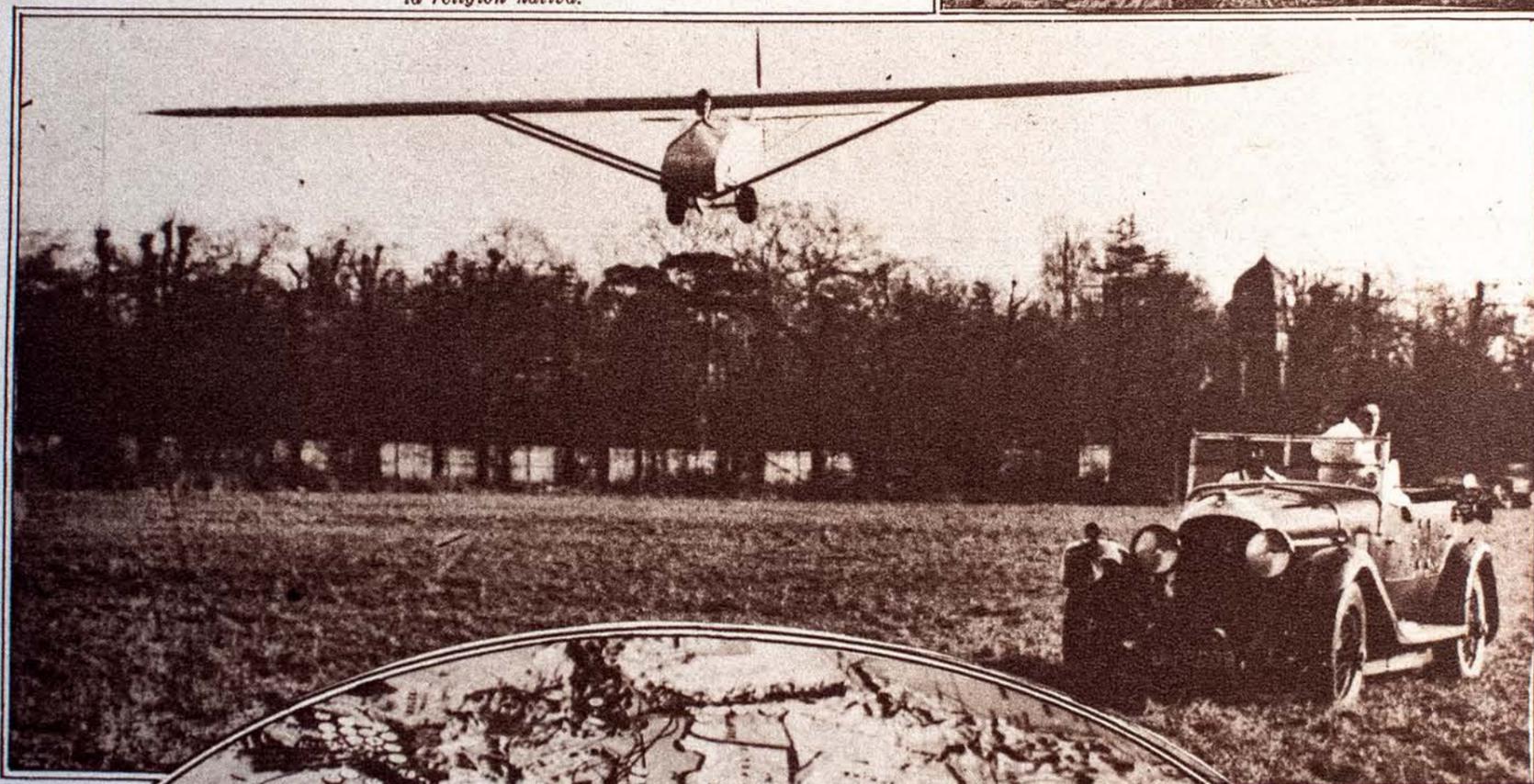
EVELYN
BRENT



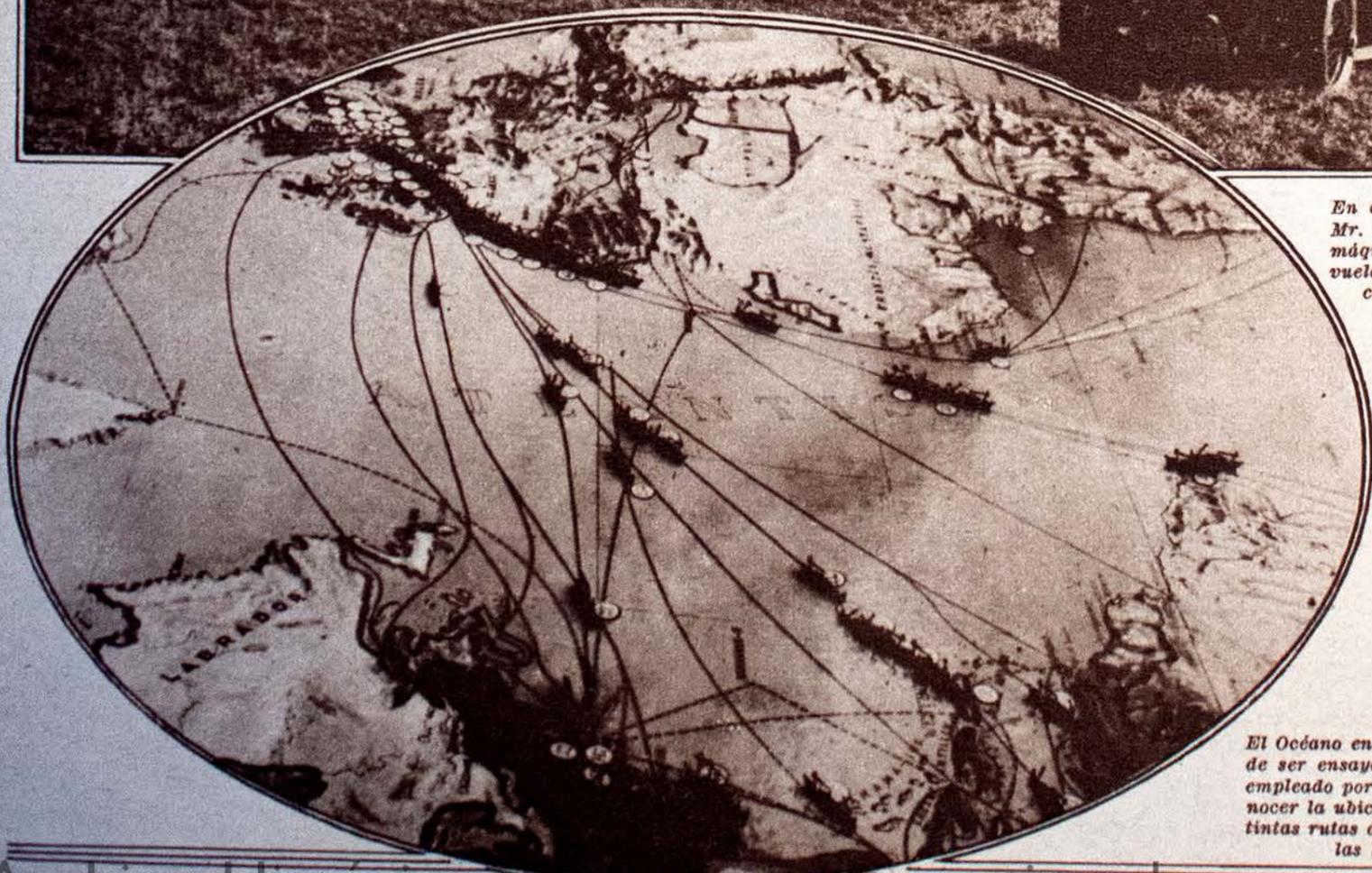
"Shamiana" se llama este pintoresco altar sobre el cual descansa la joven hindú que abrazará la religión nativa.



La pequeña Anne Carter sobre el anca de su "pony" favorito, con el cual se ha destacado en los torneos hipicos de la Escuela Británica de Equitación, existente en Thames Ditton.



En el Aeródromo de Hanworth, Mr. Lowe Wylde realizó con una máquina de su invención un largo vuelo sin motor que demostró la excelencia de los planeadores.



El Océano en miniatura. En Alemania acaba de ser ensayado con gran éxito un sistema empleado por una compañía naviera para conocer la ubicación de los vapores en las distintas rutas de navegación, prescindiendo de las latitudes y longitudes.





Una
fiesta
infantil
H



Un grupo de pequeños espectadores en la reunión infantil ofrecida en Mar del Plata por don Rafael Pereyra Iraola y su esposa Delia Alzaga Unzué, a los amigos de su hijo Rafael.



Angélica Becú Riglos.

Las maravillas del prestidigitador.



Teótimo Becú.



Inés Magnanini y Carlos Becú



Rafael Pereyra Iraola.

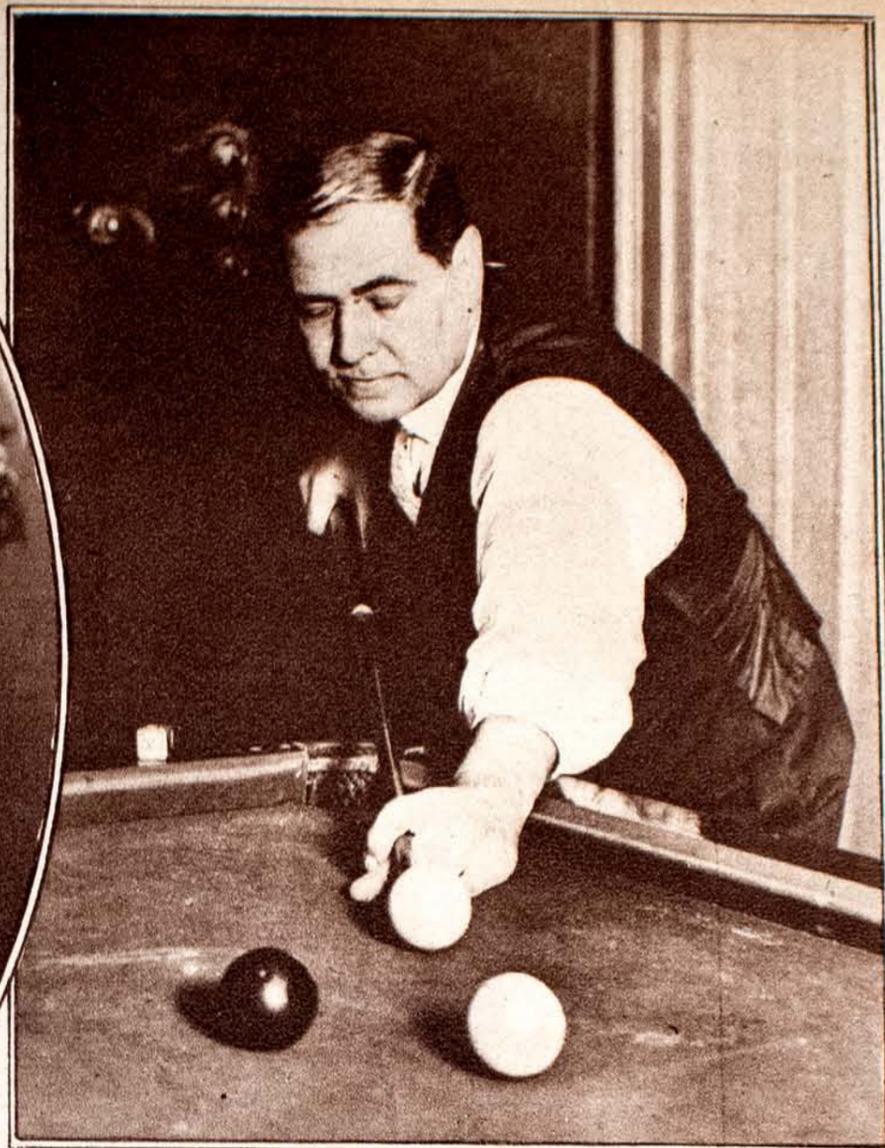
¡Collares!

LA moda de los collares, en la infinita variedad de clases y estilos que tanto estimula el ingenio de los fabricantes, ha llegado también hasta las playas como una nueva conquista de la coquetería femenina.





DE LOS ESCENARIOS ESPAÑOLES. — María Gómez, artista de variedades.



Domingo Murtra, destacada figura de los torneos de billar. La fotografía le presenta practicando en el Club Español, de Londres, ciudad ésta en donde logró establecer algunos "records".



De venta en almacenes y farmacias, en tarros de 1/2 y 1 libra.

UN DELEITE PARA MILLONES

EN Toddy la humanidad ha encontrado el néctar divino y delicioso que da la alegría y la fuerza. Gracias a Toddy, las generaciones presentes serán más vigorosas y pujantes en la lucha por el progreso y la felicidad.

TODDY ha conquistado, con rapidez sorprendente en el mundo entero, millones de entusiastas consumidores. En todos los climas — en todas las estaciones — para niños jóvenes y viejos, para sanos, enfermos y convalecientes, sin distinción de sexo, Toddy es favorito. Un éxito así no se ha visto nunca. Toddy lo debe a sus altas cualidades nutritivas y tónicas. Preparado

con leche, y servido caliente, como desayuno o merienda, Toddy es un alimento delicioso. En el fino vaso helado, a cualquier hora del día, Toddy es la bebida que más satisface y nunca cansa al estómago; al contrario, estimula la digestión. Batido con unas gotas de coñac o rum, es el coctel más vigorizante. ¡Y qué barato! Está al alcance de todos los bolsillos.

Si su proveedor no tiene Toddy, haga su pedido mediante el cupón adjunto. Le atenderemos a vuelta de correo, y le enviaremos además una coctelera **GRATIS**

TODDY

una comida en cada vaso

Toddy se compone de las substancias más nutritivas y tónicas de la naturaleza: a base de malta y proteína de leche. Se prepara con leche: caliente, para el desayuno; frío a todas horas.

MUCHO CUIDADO CON LAS IMITACIONES

Distribuidores generales: POLLEDO y Cia. Bmé. Mitre 1352.

Sres. TODDY Corp. OF ARGENTINA S.A.
Moreno 1249 — Buenos Aires

Sírvanse remitirme un tarro de 1/2 libra de Toddy.
Adjunto \$ 2.— en
que incluyen 50 centavos por franqueo certificado y
embalaje. Además, GRATIS la coctelera que ofrecen.

Nombre
Calle No.
Localidad F. C.
Mi proveedor es
Calle No.

Algunos pequeños visitantes de la Nación

CON las presentes páginas, ponemos término a la publicación de las fotografías de los pequeños visitantes que estuvieron en LA NACION, durante las fiestas del reciente Carnaval.



Ana María Zabala
Mantón de Manila



Magaly Daneri
Cine



Pochito Balleto Oneto
Pirata



José Liza y María Antonia
Lanzilotta
Gaucha y Paisanita



Alicia Esther Zabala
Jardinera



Catalina Anuncia de Caputo
Odalisca



Dora y Corina Ravioli
Pompadour



Lidia Felijola
Reina de Egipto



Néilda Olga Posenti
Dama antigua



María y María Catalina Tosar
Traje de baile y Calleguita



Delia Alfieri Falero
Dama antigua



María Teresa Pirolo
Gitana rusa



Héctor Luis Lanari
Don Segundo Sombra



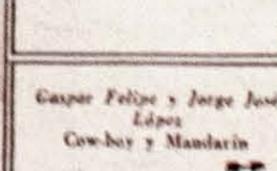
Catherina y Olga Rabat
Beduina y Paisana



Rosa Elena Villegas
Muñeca de Lenzi



Fra y Blanca Rosa Blanca
Piel Roja y Holandesa



Gaspár Felipe y Jorge José
López
Cow-boy y Mandarin



Armaría Sanchelimo
Florista



Hipólito y Néilda Aguirre
Tunz y Zingara



Adriana y Eda Scott
Manuelitas Rosas



Delia García
Maja de Goya



Delia y Jorge García
Zingaro



María Eugenia Falero
Fantasía Comilucci
Fantasía y Odalisca

Mario e Isabel Ciano
Muñeca Lenzi y Dandy



Santiago, Pablo y Carmencita Soriano y Juan y Martín Gil
Pintores y Fantasía Broadway



Juan Carlos y Ju-
lieta Beaty
Mejicano y Violetera



Juana María Luisa
y Jorge Oswaldo
Española
Dama Porteña y
Dandy



Cuerpo esbelto

— se obtiene con Baños de Esbeltez Sarowal

El tratamiento contra la obesidad por medio del baño, causa sensación.

Los afamados "Baños de Esbeltez Sarowal" y el tratamiento con ellos, se han convertido en un acontecimiento sensacional. Le brindan a usted el agradable tratamiento para reducir su peso, que ya ha probado sus resultados ampliamente satisfactorios en los países europeos.

Médicos alemanes e ingleses se pronuncian favorablemente.

Antes de que los "Baños de Esbeltez Sarowal" fueran ofrecidos a la venta, centenares de paquetes fueron distribuidos a médicos prominentes. En seguida de que los médicos declararon la eficacia de ese producto y de que era inofensivo, se propagó muy rápidamente su uso.

Famosas fuentes termales

Las señoras cuidadosas de su juventud, los hombres que deseaban conservarse esbeltos, concurrían por miles a fuentes termales europeas. Ahora, el baño caliente que usted tome en su hogar puede poseer las mismas cualidades que aquellas fuentes distantes. El contenido de los "Baños de Esbeltez Sarowal" le comunicará al baño de usted idénticas virtudes. Su uso es muy sencillo. En una bañera de agua caliente disuelva usted el contenido de uno de los paquetitos que trae cada caja de "Baños de Esbeltez Sarowal". Sumérjase usted en el agua caliente y descanse en ella. En seguida se iniciará un proceso físico-fisiológico. Las grasas y los tejidos adiposos se disuelven, siendo expulsados a través de los poros o reabsorbidos por el organismo.

Un kilo o más perderá usted en cada baño

Tome usted dos baños "Sarowal" por semana. Pésese usted inmediatamente antes y después de cada baño. La balanza le comprobará que ha perdido uno o dos kilogramos. Con este tratamiento podrá comer lo que guste, y no son necesarios ejercicios violentos.

Constituye un saludable baño de belleza

Los principios cosméticos aplicados en este encantador tratamiento constituyen una legítima fuente de belleza. La transpiración causada ayuda a purgar el organismo de las impurezas tóxicas. Estimula la circulación, tonifica y refresca la epidermis. Al mismo tiempo que se disuelve la grasa, la superficie de la piel adquiere firmeza y suavidad. Las arrugas, donde las haya, se alisan completamente. El cuerpo adquiere mayor vigor y vitalidad y parece más flexible. Experimente usted mismo los "Baños de Esbeltez Sarowal". Empezar hoy y observe cómo la balanza y la mayor sensación de bienestar físico le probarán los beneficios obtenidos.

Para la papada y los tobillos gruesos

Para eliminar rápidamente la papada, para conferir formas esculturales a los tobillos

Venden Productos Sarowal los concesionarios en la Argentina:

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N° 8 — Piso 1°

(Las señoras son atendidas por señoritas)

BUENOS AIRES

También venden Productos Sarowal las casas de mayor prestigio:

Pedidos del Interior se atienden en el día.
Folletos Gratis. Llame y envíe el cupón.

Franco Inglesa

Sarmiento y Florida
Farmacia Cánning
Cánning y Santa Fe
Tienda La Piedad
Cerrito y B. Mitre
Gath & Chaves
Casa Central y Sucursales
Farmacia Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano

Farmacia Inglesa

Avda. de Mayo 900.
Farmacia L'Aiglon
Callao y Cangallo
P. Bignoli
C. Pellegrini y Sarmiento
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Ciudad de México
Florida y Sarmiento
En Mar del Plata
Toda buena farmacia

En Montevideo: Andes 1338 - Piso 3°

LABORATORIOS VINDOBONA

L.N.B.6

Florida N° 8 — Piso 1° — Buenos Aires

Sírvase enviarme folletos gratis sobre los Productos Sarowal para adelgazar.

Nombre
Calle N°.....
Ciudad F. C.....

Lola Varela Méndez
Emperatriz Eugenia Mon-
tijo



Porota Beatriz D'Amico
Muñeca Lenzi



Julio Bernardo Rojo
Cow-boy



Nélida Ana Ravioli
Pompadour



José María y Nélida Prado
Chulo y Manola



Roberto González
Halconero



Elimina el vello en seguida

— sin ardor, sin malos olores - para siempre

Este es el nuevo medio más agradable y eficaz para destruir el vello completamente y retardar por muchos meses el crecimiento de vello nuevo. Las señoras lo adoptan entusiasmadas, porque no contiene ninguna de las substancias químicas venenosas combinadas en los depilatorios de tipo antiguo. Se llama Racé. Es un polvo tan fino como el polvo de tocador. Su uso es sencillísimo. Su efecto, instantáneo. Se empolva con él la parte a depilar, mojada previamente con agua. Luego se lava la piel y el agua se lleva todo el vello, por duro y fuerte que haya sido. La piel queda clara y suave. No produce la menor irritación. No tiene olor. Suelen transcurrir varios meses antes de que el vello vuelva a crecer en el mismo sitio. Y cuando eso sucede, siempre será un vello suave y débil. Con Racé usted se sentirá más libre de vello que nunca. Las axilas, brazos y piernas, pueden depilarse de una vez.

Las casas de mayor prestigio venden Racé:

Franco Inglesa
Florida y Sarmiento
Farmacia Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
En Montevideo:
Andes 1338 - piso 3°

Gath & Chaves
Casa Central y Sucursales
Farmacia Ferrini
Florida 820
En Mar del Plata:
Toda buena farmacia

Laboratorios Vindobona
Florida 8, piso 1°
Farmacia Nelson
Suipacha 477
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171



Mis actividades deportivas.

TODOS los sports son adecuados para la joven moderna: desde el dominó hasta las travesaías a nado.

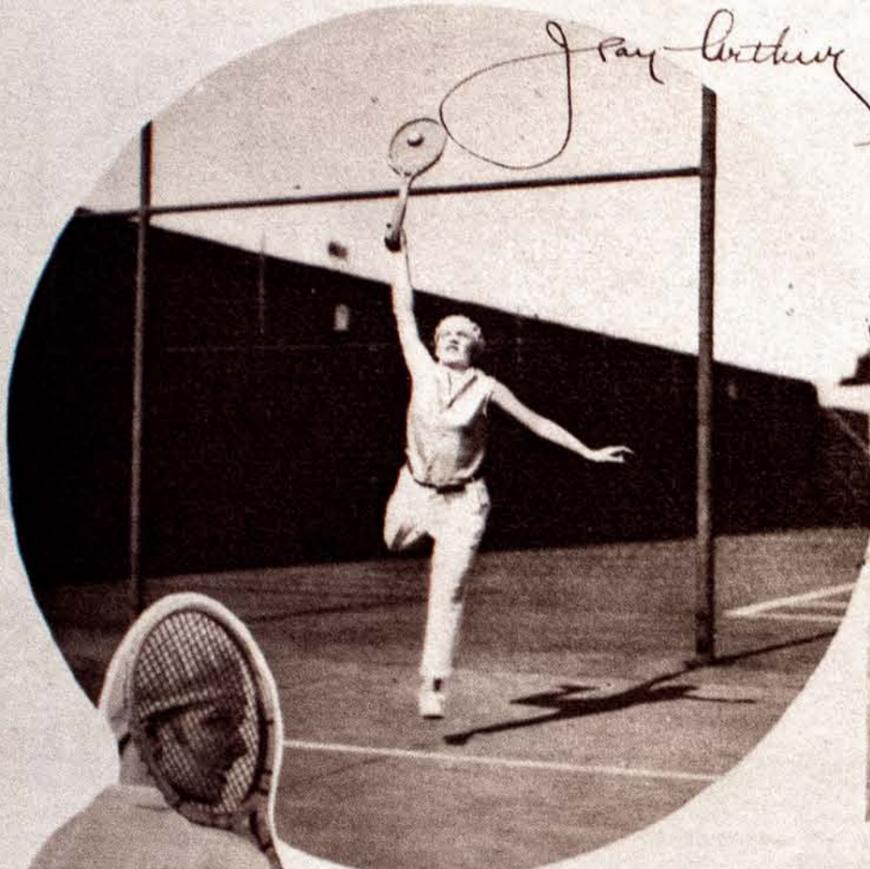
No se precisa prueba mayor de esta afirmación que la lectura de las titulares de los diarios, por las que vemos cómo diversos records deportivos de larga fecha son superados sin tregua por mujeres. La joven moderna ha irrumpido en el campo de los sports modernos y logra en él toda suerte de honores.

Y por el hecho de haberse convertido en una "sports woman" capaz de competir con el "sportsman" de nuestros días, la joven actual no pierde ninguno de los encantos femeninos de sus abuelas. Helen Wills, la triunfadora en un sport tan moderno, científico y agitado como el tennis, sigue destacándose al propio tiempo en actividades femeninas que tuvieron otrora tanta boga como la pintura y las aficiones literarias.

Y no hay siquiera, en realidad, que leer los diarios o repasar los cuadros de records para advertir las aptitudes que la joven moderna muestra en el cultivo de los sports. Venos a todas horas en torno nuestro cómo las chicas se lanzan a las canchas, al agua y al aire con el mismo entusiasmo que antes ponían en las labores de bordar o hacer "crochet".

Los beneficios que se derivan de ello, son, a no dudarlo, muchos. A la par que amplían el horizonte intelectual de las mujeres, los sports les brindan posibilidades de recreo físico, que estaban restringidas en tiempos pasados al baile y a la sala casera de recibo.

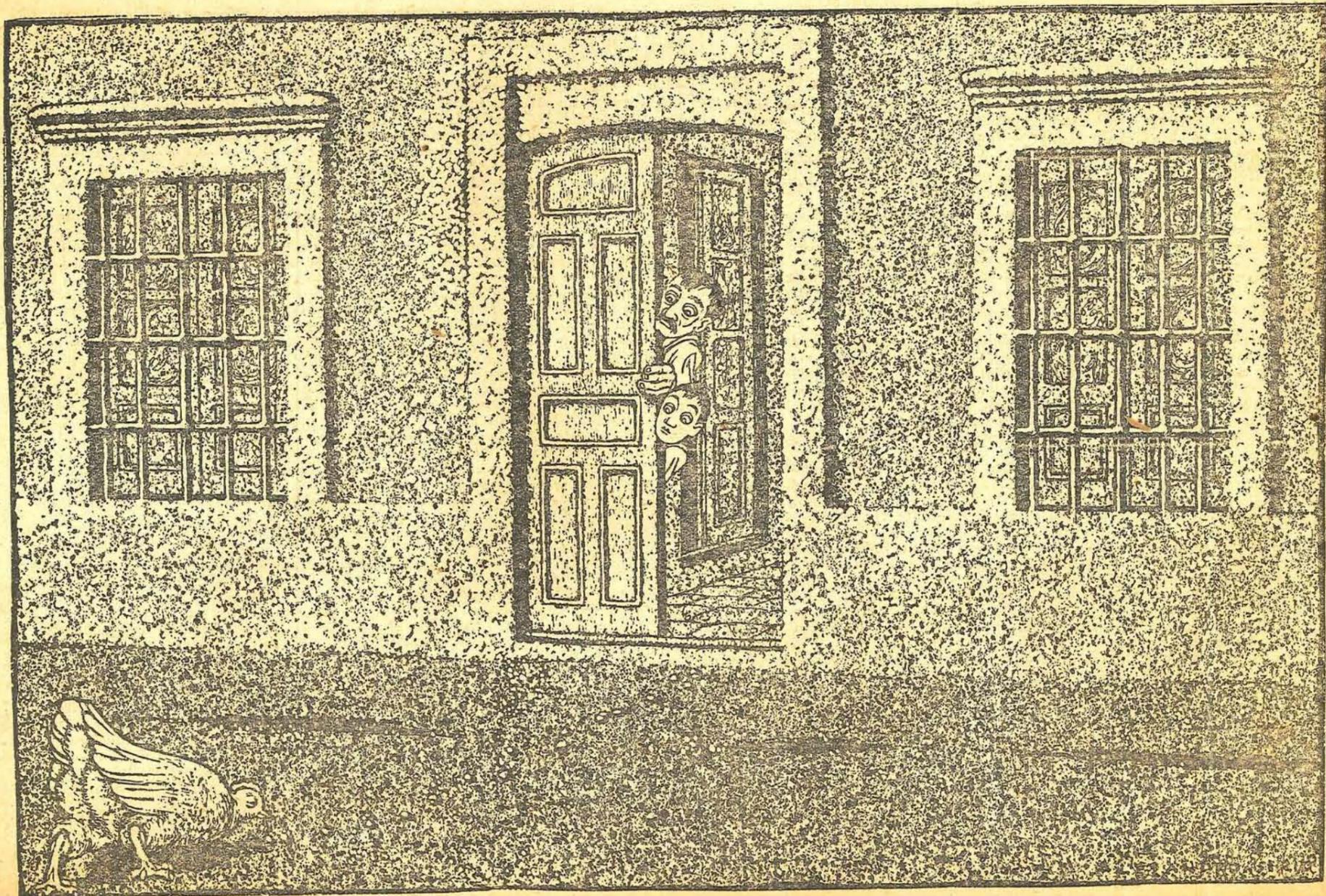
Por mi parte, diré, tan sólo que no hay en mis actividades deportivas otras barreras que las que me imponen las dificultades puramente físicas. Esto es, que no me privo, por ejemplo, de nadar más que cuando estoy lejos de las aguas azules. Y entiendo que la joven moderna, saludable y llena de vida, no ha menester de otras restricciones al respecto.



Jean Arthur

OPINIONES DE
JEAN ARTHUR
EXCLUSIVAS PARA
"LA NACION"



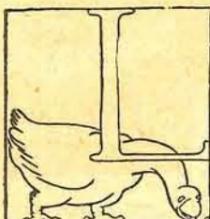


El pato marrueco

Por Mateo Booz

Ilustraciones de Alejandro Sirio

I. — SIESTA



A calle está vacía, las viviendas inmóviles, el arenal candente. Frente a la pulpería y gozando la rala sombra de un paraíso, dos cabalgaduras dormitantes inclinan los hocicos al suelo. San José del Rincón yace en el sopor de la siesta, hora de acedias y de duendes.

De pronto, a una puerta asoma cauteloso y vicheador, un muchacho de corta edad. Seguro contra miradas importunas, pasa a la vereda y de la vereda al arroyo, derramando un reguero de granos de maíz que manotea de los inflados bolsillos de su blusa. En la esquina traza una curva y regresa, dando por cumplida la maniobra. Su padre, don

Serapio Mundo, lo espera en el umbral y la palmadita en la cerviz con que lo acoge es seña aprobatoria de la conducta del vástago.

Padre e hijo se entran al penumbroso zaguán, dejando entornado un batiante. Nada interrumpe ya el caldeado sosiego de la calle, fuera del croar de las ranas y de algún lánguido zureo de paloma. Ahora resalta en el suelo la delgada y dorada culebra que dibujó el galopín Hipólito Mundo.

Por debajo de un próximo cerco de enredaderas deslízase, garbosa, una gallina; hundiendo el pico en la arena, el ave sigue la senda del maíz hasta transponer, llevada de su gula, la puerta de don Serapio Mundo. Oyese un empavorecido cacareo y un fugaz rumor de plumas rebatidas; y vuelve a imperar el amodorrante silencio.

Por la esquina surge un pato marrueco, que avanza majestuoso y balanceador, borrando con el cucharón córneo las formas de culebra. Finalmente salta de la cuneta al filo de la vereda enladrillada, y de la vereda intenta trepar al umbral de algarrobo, puesto a mayor altura. Acude de improviso en su socorro una mano veloz y misteriosa que lo ase del cuello y lo arrastra al interior; luego sobreviene el traquear de la puerta sobre el marco.

Minutos después, por la misma esquina que el pato marrueco, se perfila la figura de don Isidro González Gilimón, maestro jubilado de las escuelas Láinez y especialista en labores caligráficas. Don Isidro, cubierta la espalda con una toalla, avizora en todas direcciones. Camina en seguida, con la vista baja; observa en la arena las frágiles mariposas que estamparon las patas del marrueco. Ante la morada de don Serapio Mundo se para un instante, pensativo; inclínase y toma del umbral una pluma de ave, que examina prolijamente. El ceño adusto y dissipadas sus dudas, saca un lápiz de carpintero y escribe en la pared con letras historiadas: "A mi pato marrueco: ¡Yo te vengaré! Tu inconsolable viuda, la Pata". Desanda el trayecto. Alguna vez se detiene para, recogiendo una piana, volcar la arena colada en sus zapatillas de esparto.

II. — HOGAR

Es don Serapio Mundo, vecino antiguo y estimado de San José del Rincón. Una quinta de frutales, arrendada a proveedores de los mercados de Santa Fe,

le granjea una renta, aunque escasa, suficiente para los sobrios consumos de su hogar. Carece de otros proventos y no se aplica a más ocupación que la muy liviana de matar las horas, sentado en una silla a la puerta de su vivienda.

No deja, sin embargo, don Serapio Mundo de acariciar una ilusión: el nombramiento de receptor de rentas del distrito. Es hombre entendido en números; sabe de contabilidad. Desde luengos años espera ese nombramiento, pero — juiciosamente lo observa doña Oro, su mujer — ese nombramiento no puede llegar nunca; el aspirante nada efectivo realiza para obtenerlo. Se niega, por inercia y timidez, a gestionar.

El hogar de los Mundo se adorna con tres niños: el mayor, Hipólito, nacido al promediar la primera presidencia del señor Irigoyen; el segundo, Marcelo, nacido al inaugurarse la administración del señor Alvear; y el tercero, nacido en el último otoño, sin bautizar todavía, recibirá probablemente el auspicioso nombre de Elpidio. El cielo le concederá, sin duda, en lo porvenir la gracia de un séptimo varón para encompadrar con el magistrado máximo del país. No será tampoco cosa nueva para don Serapio Mundo relacionarse con un presidente: entre cuatro varillas exhibe la pared de su comedor una tarjeta a máquina: "El presidente de la Nación Argentina, Victorino de la Plaza, saluda a don Serapio Mundo y agradece sus felicitaciones de año nuevo. Buenos Aires, 10 de enero de 1916".

El único reproche que alguna persona escrupulosa puede formular a la conducta de don Serapio Mundo, se referirá a su descripto sistema de aprovisionamiento. Mas él argüirá en su descargo que la caza es deporte y no rapiña, fuera de que no acude él en busca de las aves, sino que las aves acuden voluntariamente a su domicilio.

Otrosí: nadie ha sorprendido nunca a don Serapio apresando plumíferos ajenos ni se adivina su artificio.

III. — EPIGRAFIA

El sol se ladea y la calle comienza a despertar. En la vereda de la pulpería platican unos parroquianos; de las viviendas salen los sesteadores con la galbana y el incompleto vestir del catre; los pájaros garrulean y brincan; algún pingo o algún Ford con chapa de Santa Fe o de los distritos porteños, remueven de rato en rato el arenal.

La residencia de los Mundo da salida a Hipólito; el mozalbete vuelca en la calle un balde de agua turbia y gira para entrarse en la casa. Pero sus pies se plantan en el suelo y sus ojos en el letrero de la pared. Alumno de cuarto grado de la escuela fiscal, silabea el misterioso mensaje. A los pocos minutos se convocan allí don Serapio Mundo, doña Oro con Elpidio en brazos y, luciendo un trozo de camisa por los fondillos, Marcelo Mundo.

— ¿Quién será el sinvergüenza que ha escrito esas palabrotas? — pregunta doña Oro, con la indignación pintada en su cara morena y redonda — Merece una paliza.

— Para mí — intuye sombríamente don Serapio Mundo — que sólo el gallego González Gilimón tiene pulso para dibujar estas letras.

— Debe ser él no más — asiente doña Oro.
Su consorte propone:
— Avisemos a la comisaría; que lo citen y lo hagan declarar.
Doña Oro, atinada siempre, rechaza:
— No digás pavos. El escándalo sería en nuestro perjuicio. Lo que apura es borrar el epitafio.
El jefe de la familia raspa la pared con un casco de botella, hasta arrancar la cal. No logra impedir que algunos vecinos curiosos se alleguen y enteren de la leyenda. Momentos después el suceso se comenta y apostilla con risas en las reuniones de la localidad.

IV. — REVOLUCION

Ya obscurecido, los pasajeros del ómnibus de Santa Fe traen una noticia despampanante, la revolución ha puesto en fuga al presidente, y a esas horas un general ocupa la Casa Rosada. El gobierno de la provincia lo tomarán al amanecer los militares del regimiento 12.

Brillan hasta más tarde las luces de las viviendas y pulperías de San José del Rincón. Circulan extravagantes invenciones. El comisario, el receptor de rentas y el juez de paz dialogan sigilosos y cariacontecidos, en una esquina de la plaza.

El receptor de rentas, tentándose el colodrillo, murmura con desolación:
— ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Dónde están los amigos del "viejo"?
A la medianoche se extinguen todas las señales de vida; la quietud y el silencio recobran sus fueros; remotamente late la perrada de chacras y quintas. Después de descabezar el primer sueño, doña Oro, dentro del mosquitero, se pone boca arriba y despierta de un talonazo a su marido.

— ¿Qué hay?... — averigua don Serapio Mundo, con sobresalto, en la tiniebla.

— Ahora van a cambiar todas las autoridades — discurre doña Oro — ; el receptor de rentas tan gritón y tan partidario de los otros, se mandará mudar en seguida. Esta es la tuya.

— También lo creo — aprueba el hombre — Esta vez no falla el nombramiento.

— En el ómnibus de las ocho te vas a Santa Fe, y te hacés presente al nuevo ministro; le hablás claro, nada de achicarte: que querés la Receptoría de Rentas, y que siempre fuistes enemigo declarado de los últimos oficialistas.

— Bien sabés que no tengo declarado para pedir ¿qué voy a hacerle?

Doña Oro se sacude entre las cobijas, replicando, sarcástica:
— ¿Qué te figurás?... ¡Van a venir los militares a rogarle al señor que acepte la Receptoría de Rentas!

— No hay en el distrito quien ostente para el cargo mejores derechos ni aptitudes que yo.

— ¡Sos un infeliz! — repone enojada doña Oro, al tiempo que, con un crujido de elásticos, le vuelve la espalda.

Y a los pocos minutos sólo se oye en la alcoba conyugal la respiración de los durmientes y las estridencias de un grillo.

V. — EXPECTATIVAS

Transcurren unos días. Los suscriptores de "La Nación" tienen que prestar los diarios a los vecinos, hambrientos de noticias. A los representantes de la autoridad lugareña, desazona la incertidumbre de su suerte.

— ¡Estamos fregados! — exclaman entre sí.

Ya han debido reconocer, en rueda de tertuliantes, que eran muy perniciosos los mandatarios depuestos. El trío de funcionarios acude a la estafeta postal cada vez que descargan un saco de correspondencia; no reciben pliegos oficiales y alivian sus pechos con un suspiro.

— Tal vez se olviden de nosotros — insinúa, esperanzado, el receptor.

Esa mañana el encargado de la estafeta, que tampoco las tiene todas consigo, les muestra un ancho sobre con membrete del gobierno provisional y las señas de don Serapio Mundo. Tejen conjeturas. El receptor de rentas advierte un escalofrío por las pantorrillas.

Instantes después llega el sobre gubernamental al domicilio de don Serapio Mundo; el sobre tiembla en la mano de su destinatario; doña Oro coloca a Elpidio en el suelo y desgarrá impetuosamente la nema. Lee; redondea la boca y redondea los ojos: es el nombramiento para su marido de receptor de rentas. En el rostro del agraciado florece una sonrisa asombrada y estúpida:

— Mi sueño dorado — dice.

Y reprocha, triunfal, a su consorte:

— ¡Yo tenía razón! El nombramiento vendría sólo; no había necesidad de tironearlo ni valía la pena impacientarse.

— Es milagroso — responde la dama; y agrega con voz campanuda: — Ahora urge que cumpla con su deber el señor receptor de rentas de San José del Rincón.

La hoja de papel oficial soberbiamente caligráfica y subscripta por la ininteligible firma del secretario militar de Hacienda y Obras Públicas, le comunica su designación y le ordena que sin demora ocupe el cargo.

VI. — RECEPTOR

Doña Oro, solícita, trae a su marido la galera, el bastón y los botines de elástico. Don Serapio Mundo, con talante grave y feliz, se encamina a la Receptoría de Rentas. Lo siguen ahora los amigos enterados del acontecimiento. En la otra cuadra el comisario se le aparea y lo congratula. Luego el policiano, hombre de experiencia, le dice junto al oído:

— Ese bastón, señor Mundo, no viene al caso... Es un parecer...

Don Serapio mira el bastón de palo santo; tiene el bastón una clásica cabeza del arpenteador Yrigoyen tallada en el plomo; se decide: revolotea el bastón y lo arroja a un pozo de cal viva.

Don Serapio y su comitiva invaden la oficina fiscal. El antiguo receptor lee el pliego, titubea sobre sus pies y en seguida resuelve:

— Yo no entrego la Receptoría mientras no se me notifique directamente por la Superioridad.

Don Serapio alza los hombros y contesta:

— Tengo orden de tomar posesión inmediatamente del cargo; el señor comisario hará respetar las disposiciones del gobierno provisional.

— El comisario es mi amigo.

A lo cual el comisario sentencia:

— Una cosa, la amistad; otra cosa, el deber.

El antiguo receptor pretende impugnar las formas administrativas. El comisario, pleno de autoridad, le trinca un brazo y lo pone en la calle.

VII. — INQUIETUDES

Don Serapio Mundo se revela un funcionario prolijo y previsor. Ante dos vecindades de responsabilidad recibe los valores y documentos. Comprueba irregularidades y métodos nocivos para recaudar las contribuciones. Redacta un extenso informe para el ministro de Hacienda; pormenoriza los malos manejos en uso y aconseja los medios de impedir las filtraciones y vigorizar las entradas. Rubrica y expide la nota de seguros recaudados postales.

Sale a la calle; desde la vereda opuesta don Isidro González Gilimón lo saluda con jovialidad bellaca:

— Mis enhorabuena, señor Mundo; y cuidado, que la carne de pato suele ser indigesta.

En otra sazón habría respondido al sarcasmo con algún pertinente dicitario; su actual investidura de funcionario público le veda los incidentes personales. Envía, sin detenerse, una mirada desdénosa al maestro jubilado.

En la fachada de su vivienda descubre una nueva inscripción, también de letras historiadas. Es un mensaje jocoso y enigmático que echa un nublito en el semblante del receptor de rentas: "Al pato marrueco: Ya te ha vengado tu inconsolable viuda la Pata". También este letrado desaparece con un trozo del revoque.

Pasa esa semana. En esa semana los ingresos fiscales aumentan notablemente; todo es asunto de ajuste y celosa vigilancia. Doña Oro escamonda a sus niños y visita a lo principal; no ignora que el nuevo dafne de su marido le crea otras obligaciones sociales. Invita a sus relaciones al bautizo de su último retoño, que en el Registro Civil apunta con el nombre de José F.

Don Serapio Mundo está contento; sólo le disgusta y le suscita extraños barruntos de peligro el misterioso y alegre regodeo de don Isidro González Gilimón. El maestro jubilado solivianta a las tertulias con un anuncio:

— Les preparo una sorpresa; tendrán para descostillarse de risa.

VIII. — VISITA

Al cabo de esa semana, frena en la Receptoría un automóvil, con chapa oficial. Desciende un caballero.

— ¿Don Serapio Mundo? — indaga el arribante.

— Yo soy.

— Bien; usted habla con el subdirector general de Rentas de la Provincia. Me envía el ministro de Hacienda y Obras Públicas.

— Completamente a su disposición — declara el jefe de la oficina, con una reverencia profunda.

El subdirector general de Rentas recaba informes, compulsas libros y papeles, se cerciora del desquicio que allí reinaba anteriormente y del orden dictado por don Serapio Mundo.

— Ahora — expresa el subdirector — deseo ver su nombramiento.

Don Serapio, diligente, abre una gaveta y le entrega el pliego, cuidadosamente donchado. El subdirector lo lee, remece la cabeza y declara:

— Esto es una falsificación; el gobierno no le ha nombrado a usted, ni pensó nombrarlo nunca, receptor de rentas ni nada.

— ¿Cómo?... ¿Cómo?... — tartajea don Serapio Mundo, parpadeante y aturdido.

— Como lo acaba de oír; usted es un usurpador de funciones públicas; a usted le alcanza el rigor de la ley marcial.

Don Serapio Mundo se nota un sudor helado en las sienes y un repentino aflojamiento de las rodillas. En el desbarato de sus ideas se le patentiza fulminantemente la vengativa mistificación del calígrafo jubilado. Ensayaba alguna explicación, pero la lengua se le traba y su turbación se le acrecienta.

Desplómase don Serapio, desemblantado, en una butaca. Entonces el subdirector General de Rentas muda la expresión de su faz y pronuncia unas palabras admirables e imprevistas.

— Comprendo su situación; también la ha comprendido el señor ministro de Hacienda; le han armado a usted una broma con intento de mandarlo a la cárcel; intrigas de pueblos chicos... El señor ministro ha leído atentamente su memorial y ha espigado en él valiosas sugerencias para mejorar los sistemas de las oficinas recaudadoras de la campaña; y anoche Su Señoría me dijo: vaya usted a San José del Rincón, inspeccione la Receptoría y, si confirma los términos del memorial, le entrega esta comunicación a don Serapio Mundo, de quien he obtenido favorables referencias.

Y, extendiéndole una hoja, agrega el subdirector:

— Aquí tiene usted, señor, su nombramiento de receptor de rentas de San José del Rincón con anterioridad a la fecha de asumir el cargo.

Acomete a don Serapio Mundo el deseo de besar las manos del subdirector en una actitud de película melodramática.

IX. — REVELACION

Don Isidro González Gilimón se alarma; va para un mes que don Serapio Mundo desempeña la Receptoría y de la Capital no han despachado aún la orden de arresto para el usurpador. ¡Cómo estarán de embarullados en la Casa Gris!

Entonces determina revelar la verdad al ex receptor; el ex receptor zapatea de gozo y con el comisario, don Isidro González Gilimón y un bulto de contribuyentes a la zaga endereza a reasumir las funciones de que ha sido despojado.

Y cuando don Serapio Mundo, radiante de dicha y orondo de dignidad, exhibe su credencial auténtica de jefe de la repartición, el ex receptor humilla la frente y aprieta, colérico, los puños.

El comisario protesta:

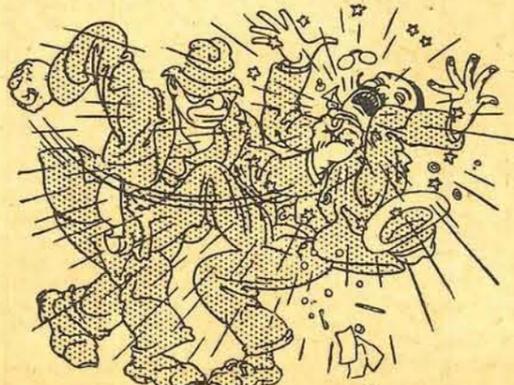
— ¿Para este papelón me han traído aquí?

Y los contribuyentes preguntan, cachadores, a don Isidro González Gilimón que se encoge y mira despavorido a la puerta de escape:

— ¿Es ahora cuando nos debemos descostillar de risa?

X. — EPILOGO

Las secciones rurales de los diarios de Santa Fe, registran esta mañana una noticia lacónica: "San José del Rincón, 25. — En el almacén Continental ha sido ayer atacado a trompis don Isidro González Gilimón, maestro jubilado de las escuelas Láinez, por el último receptor fiscal del régimen caído el 6 de septiembre".



PAZ EN LA TIERRA



N vasto silencio de sosiego lugareño es lo que ante todo hubiera impresionado al habitante de Buenos Aires de hoy que se encontrase de pronto en el Buenos Aires de las primeras décadas del siglo XIX. Un Buenos Aires ideal para la población que hoy suspira y clama por un poco de paz para sus oídos y sus nervios: Sin automóviles, sin tranvías, casi sin carruajes, sin estrépito de bocinas y alto-parlantes ni vocerío de vendedores de diarios ni rumor de turbamulta. Todo lo más, el recio traqueo de las carretas allí donde sus altas ruedas encontraban el empedrado desigual y puntiagudo de entonces, con doble declive hacia el eje de la calzada para encauzar las aguas. Saliéndose de su lugar de estacionamiento colectivo, — la plaza Nueva, que luego había de ser y sigue siendo el mercado del Plata, — las carretas de bueyes que traían de los alrededores frutas y verduras, solían "alargarse" al centro algunas veces en busca de compradores de su fresca de sandías, perfumada dulzura de melones o sabroso oro de choclos, enriqueciendo entonces con su cachazuda presencia el cuadro de rodados, de ordinario a cargo de los aguateros y de las "carretillas", elementos de animación regular aunque poco continua en las antiguas calles bonaerenses.

No son cómodas, no, para vehículos esas calzadas en que las desiguales piedras de punta y filo le hacen brava competencia a los baches y zanjones que la lluvia o los desagües domésticos convierten en sucios pantanos allí donde no alcanzó... y también donde alcanzó ese progreso de la pavimentación urbana, perpetuado históricamente un tiempo en la denominación de la calle del Empeдрado, más tarde y hasta hoy la señorial Florida.

Lo de tener "coche a la puerta" es en aquel Buenos Aires del patricio gobierno directorial en que estamos, además de una locución proverbial referida al pudiente, una forma de lujo impuesta por la fragosa topografía porteña. Las empingorotadas damas y las Mariquitas, Rositas y Manuelitas de la aristocracia juvenil tenían que resignarse las más de las veces a esa ostentación de la inmóvil carretela a la puerta, antes que someterse al brusco meneo de los barquinazos y saltos que las levantaban y sentaban en el interior del carruaje como muñecas sueltas.

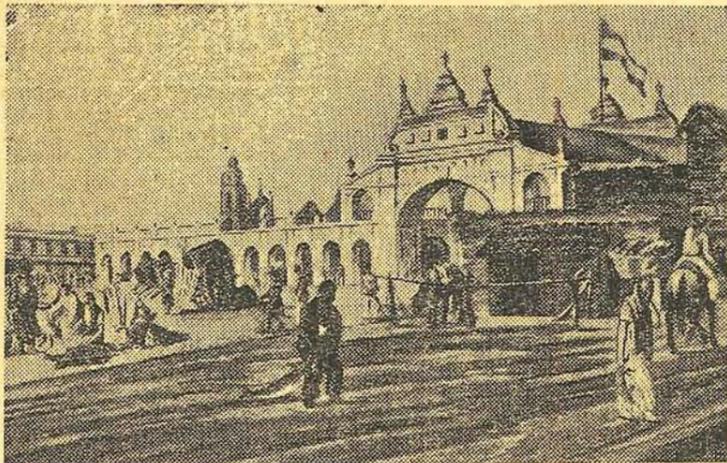
Poca cosa rueda, pues, entonces, en la capital porteña, y lo que rueda suena poco en las polvorosas calles; el caballo es vehículo de uso general; el pueblo semi-campesino (pueblo de una ciudad cuyos suburbios son ya la campaña), no concibe otro para sus andanzas o diligencias; es también el "carruaje" de los médicos, y alguna vez primor de jinetes mundanos; pero esto más frecuentemente sólo en caso de cabalgata a las afueras o de viaje al campo.

ESTREPITO EN LAS ALTURAS

A cambio del estrépito urbano que no conoce sino cuando días de festividad religiosa o patriótica interrumpen la apacibilidad ordinaria de su ambiente con nada piadoso coherterío, recios ecos de bandas de música y vocinglería popular, Buenos Aires goza lo que hoy ya no se percibe: el canto de las campanas, que entonan, contestándose de un campanario a otro en sonoro coloquio las voces con que el estremecido bronce anuncia, recuerda o proclama horas, ceremonias y rezos: animados toques de misa, regulares anuncios de novenas y vísperas, largos lamentos del fúnebre doblar, graves ecos crepusculares del toque de oración, gárrulo repiqueteo festival; todo ese solemne y clamoroso lenguaje de las torres que dilata sobre las ciudades devotas una vibrante atmósfera sonora.

¡Y cómo gritan las campanas en aquel 10 de noviembre de 1819 anunciando la festividad del santo patrono de Buenos Aires, que la muy noble y leal ciudad celebra con una de las más suntuosas funciones de iglesia!

Es un repiqueteo encarnizado, una jubilosidad y a la vez como irritada algarabía de timbres aquí profundos y tonantes, por allí agudamente estrépitosos, que se di-



La vieja Plaza del Mercado de Buenos Aires según una de las acuarelas de E. E. Vidal

EN DIAS DE OTRO SIGLO CUADROS RETROSPECTIVOS DE LA VIDA BONAERENSE

rían encaprichados en dar grita infantil a la evidente rivalidad de las sonoridades mayores, también empeñadas en cubrirse las unas a las otras, contraponiendo con enérgica o impaciente acentuación sus tañidos en estentórea algarabía de bronce. La campanita de la iglesia de San Juan grita desafortunadamente con toda su voz de muchacha de barrio, como golpeándose la boca ante el formidable doón!... doón!... de la torre de Santo Domingo en brega de contrapunto con los clamores de las de San Francisco y San Ignacio (entonces iglesia del Colegio), también muy señoras mías en materia de campanuda rotundez. Del barrio del norte llegaban entretanto, como adelgazadas ondas a difundirse en apartada playa, los tañidos de la Merced en alejada batalla con las de la Catedral, San Miguel y las Catalinas.

DOS TRANSEUNTES

De aquí que porfiando por hacerse oír el uno del otro, hayan llegado a hablar a gritos como chicuelos mal criados, el joven filósofo Juan Crisóstomo Lafinur y su amigo Juan Cruz Varela, en marcha por la vereda de San Ignacio.

Quizá iban tratando todavía de la interpretación dada al discurso de Lafinur en el acto literario celebrado en aquel mismo Colegio de la Unión del Sur a fines de septiembre (discurso que tantos comentarios provocó por atribuírsele sentido materialista); pues el animoso catedrático manotea con vehemencia para reforzar con el ademán las palabras que el estrépito del campaneo atropella y derrota. Y aun llega el punto en que ambos personajes, mirando desgañitados a lo alto al pasar frente a la iglesia, parecen decirse:

— Pero, ¡hágame el favor! ¿Es esto tolerable?

No lo es, no señor, para muchos que ya se sienten capaces de no considerar como sagrado todo cuanto a la iglesia toca, así sea el gato del párroco o las gafas del sacristán.

"El Americano", dando eco impreso a "La crítica hecha en una tertulia", ha sostenido la conveniencia de cortar el abuso de las campanas, con intervención de la policía para reglamentar los toques y repiques que atolondran al vecindario, haciendo resaltar "que las campanas del Colegio son las más incómodas, pues si bien las de Santo Domingo son más sonoras, su badajo es administrado con economía".

Señales de un espíritu nuevo que no disimula ya su emancipación del rutinario sometimiento a lo consagrado por el pensar común y antiguo; emancipación que personifica en ese Lafinur y diseña en otros tales de su misma edad y grupo, como ese Juan Cruz Varela, que va con él, la amenaza de un liberalismo que ha asociado ya a los veintidós años de Lafinur la tacha de herejía intelectualista.

LOS QUE ANDAN POR AHI

Pero, he ahí que la siesta va pronto a uniformar benéficamente discordes estada de ánimo en la callada paz de un unánime recogimiento doméstico.

Hacia el medio día en tiempo en que ya pesa el ambiente con gravitación veraniega, como a menudo en noviembre, iban espaciándose los ruidos y voces de la calle matinal: el tañido desigual de la campana de los aguateros, que también la usaban, pendiente en lo alto de la pipa sobre fuertes ruedas en que se zangoloteaba barro y asoleada el agua para el consumo de los que no tenían aljibe o pozo; los pregones de los vendedores de aceitunas o pasteles; la chillona algarabía de las negras en las puertas de calle, discutiendo o comentando con verbosísima charla la provisión cotidiana de la casa; los gritos guturales de los carreteros a sus bueyes; la tenaz salmodia de los mendigos, que a pie y a caballo se encarnizaban con pertinacia de moscas pegajosas asediando transeúntes y domicilios.

La población que animaba entonces las calles bonaerenses tenía elementos colectivos e individuales que caracterizaban con acentuados rasgos su fisonomía; desde luego la dominante proporción de gente criolla que afirmaba en ella el tipo genuino; gente toda a caballo o en carreta que destacaba en polvorosa atmósfera figuras como la del lechero (y en aquellos alrededores del año 20 la lechera, encaramada en el alto promontorio de tarros y cueros de carnero abandonado por el hombre que la guerra exterior e interior se había llevado), o el repartidor de pan a horcajadas entre sus árganas, formidables tambores de cuero de vaca con todos sus pelos, en cuyo interior saltaba retumbando la mercancía al trote del asendereado matungo; había también mucho negro en vaivén de actividades domésticas o de comercio familiar que la esclavitud atenuada consentía; negros y negras de aquí para allá "haciendo mandados", llevando mensajes, cargando bultos, acompañando niños, vendiendo pasteles, mazamorra o cosas de mimbre. Las lavanderas eran todas negras y las nodrizas por ahí se andaban.

También en el poco nutrido conjunto callejero se destacaban los frailes de distintas órdenes, aunque algunas de ellas estaban bastante desmedradas. En 1819 aconsejaban los papeles públicos que fuese destinado a asilo de mendigos (peste de la ciudad) el convento de la Recoleta, ya que no lo ocupaban entonces sino ocho frailes de la comunidad. Alrededor de cincuenta dominicos y otros tantos mercedarios alojaban los respectivos claustros de estas órdenes; más difundidos en la población, — a su vez más familiarizada también con ellos, — andaban los franciscanos, aparte de la popularidad que ampliaba, por ejemplo, la presencia de un fray Cayetano Rodríguez, o el estrépito de panfletos, discursos y cuestiones con que se hacía sentir como diez el famoso padre Castañeda.

PANORAMA

No gran cosa todo ello como resonancia y movimiento de una ciudad celebrada ya de antiguo como la más atractiva y

animada entre las capitales de la América española.

Pero en los días en que la vamos viendo, esa señora ciudad de Buenos Aires sólo extendía su planta urbana propiamente dicha, a lo largo del río desde la que hoy es calle de Méjico hasta la de Corrientes o poco más, ya que la de Viamonte (que se llamó del Temple), por donde desaguaba el *tercero del norte*, siguió siendo hasta 1830, por lo menos, parte de un suburbio campestre cuyos zanjones rivalizaban en turbia fama de lugares peligrosos con los *huecos* o sitios baldíos enclavados aquí y allá en la ciudad misma: el hueco de Ña Engracia, en la actual plaza Lavalle, el de Cabecitas, en la que luego se llamó "6 de Junio" y hoy Vicente López; el de Monserrat, a que servía de centro la plaza tradicionalmente designada con este nombre, así como el barrio que la envuelve: también fué "hueco de las ánimas" el sitio en que se empezó a construir el Gran Coliseo proyectado en tiempos de Vertiz y al cabo de los años realizado en el antiguo Colón, que luego cedió su emplazamiento frente a la plaza de Mayo al Banco de la Nación.

El *tercero del sur*, a la altura de la calle Méjico, otro de aquellos cauces por donde avanzaba torrentoso sobre la ciudad el raudal que las lluvias empujaban desde las afueras, separaba por ese lado la ciudad de sus orillas a pocas cuadras de la entonces plaza de la Victoria. A la altura de la calle Perú cortaba ese *tercero* un puente, el de los Granados (apellido de la familia a cuya finca accedía ese puente), y desde allí el poblado seguía una línea oblicua hasta la plaza de Monserrat, entonces emplazada en un arrabal menos que sub-urbano, aunque populoso, y más turbulento que populoso; de ahí, la edificación más o menos continua hacia el norte no se extendía por el oeste fuera de la calle Salta. De modo que desde la línea del Fuerte, en la plaza de Mayo, hasta ese límite al frente, el Buenos Aires urbano sólo alcanzaba unas diez cuadras a lo sumo.

Más allá, entre cercos agrestes (los típicos *tunales* de la historia edilicia bonaerense), matorrales de cardos e hinojos, huecos baldíos y una u otra quinta aislada y acosada por aquella silvestre vegetación y por los montes de durazneros, proveedores de leña para la ciudad, agrupaba la población popular diversos suburbios no muy avenidos con el espíritu urbano, que hacia ellos se prolongaba, sin embargo, en intermediarias agrupaciones de familias cuya modestia financiera no excluía una decorosa condición.

La iglesia parroquial de Monserrat, la Concepción, quedaba entonces entre esos *tunales*, en las afueras, que igualmente se interponían, alternando con huertos y descampados, entre el macizo de la ciudad y el Retiro, arrabal de casuchas y ranchos en torno de la abandonada plaza de toros, muy poblado de *orilleros*; pues todo aquello que hacia uno u otro rumbo no era ya la ciudad, era *las orillas*.

Este conjunto reunía poco menos de 60.000 habitantes, que en la perspectiva de nuestra actual visión de las cosas se nos aparecen como puntitos desgranados en el panorama de una población sin densidad, o agazapados bajo las caparzones de robustas tejas que coronaban muchas de sus viviendas; las demás, con línea de azotea; unas y otras, de un solo piso casi todas, como encogidas bajo la majestad del mucho cielo que sobre ellas se dilataba y que es un absorto deslumbramiento de sol en aquella hora en que va acentuándose más silenciosa la ordinaria mansedumbre del ambiente callejero.



Merceditas Lemos Freire llega muy discretamente desde el interior doméstico a la reja de una de las ventanas de su casa; ventana casi al ras de la acera; reja con zocalillo saliente tras de la cual se disimula el gentil contorno de Merceditas sobre el fondo de fresca y callada sombra que los entornados postigos mantienen en la sala de aquella casa.

De pie, sosteniendo apenas entreabierta una de las hojas de la ventana, Merceditas echa fuera unas ágiles miradas en abanico y se queda muy quieta mirando lo que desde allí se alcanza de la perspectiva de la calle.

Diálogo con el "metteur en scene"



*Estampas del bajo
El café
de la puñalada*

Café de la Puñalada,
Siniestro y famoso bar,
Veo tus sombras danzar
Tras de tu puerta cerrada.

En el primer reservado
Mataron al rengo Juan.
(Las manchas de sangre están
Aún en el encerado).

Paulina, la brasileña,
Siempre me esperaba aquí,
Sonreída de rubí
La negra cara risueña.

Demetrio, el mendigo griego,
(Fue médico en su país)
Paseaba su testa gris
Entre las mesas de juego.

Con su cara de pirata,
El propietario, don León,
Por los montes de Aragón
Anduvo a salto de mata.

Carmen, y el negro Manuel,
A quien una noche fría
Se llevó la policía
Y no se supo más de él.

Jenaro, el napolitano,
Benedetta, su mujer:
Parece que fuera ayer
Que los vi entrar de la mano...

Y la cubana Dolores
Con su extraña cicatriz,
Siempre ante un vaso de anís,
Siempre con ramos de flores.

Y la estridente victrola,
Allá, en el techo del bar,
No dejaba de tocar
La eterna danza española.

Hoy la puerta está cerrada,
No se ha de volver a abrir...
¡Qué triste fué tu morir,
Café de la Puñalada!

*Hector Pedro
Blomberg*

S EÑOR, vengo a decirle que efectúo una importante encuesta acerca de los escritores y de los directores de teatros...

— Oh, señor, ¿qué hora es? La una de la mañana. Es la hora en que respiro un poco, tomo un bocado, fumo una pipa, pienso en otra cosa y voy a acostarme. Los escritores quizá tengan tiempo para vagar, pero yo no.

— Nadie comprendería, sin embargo, que usted se negase a informar al público de un gran diario sobre...

— Si yo poseo algún genio, un instinto verdadero o falso, esto deberá verse en lo que hago. Todos los días expongo mi corazón y mi piel en el tablado. Júzgueme usted, si gusta. Pero no me pregunte nada.

— ¿De qué vivirán los periodistas si los profesionales no tienen ya la corteja de exponerles claramente las ideas en que se inspiran?

— Yo no tengo ideas claras No, señor. Avanzo a tientas. Plegue al cielo que mi marcha conduzca a algún fin. Pero si alguno me lo callaría, para no ser acusado de seguir una doctrina o de venerar el orden y la razón Un poco de incoherencia se presta a las críticas, pero no deja de ser agradable. Mientras que la determinación choca, aun cuando se la elogie.

— Vamos, eso ya es algo. Por consiguiente, ¿en usted no hay ningún criterio adoptado, previo?

— ¡Ay, señor! yo soy un hombre de teatro. Mi existencia misma y los medios que tengo para expresarme dependen constantemente del público. Los hombres de teatro (entendiendo, los de mi generación: entre cuarenta y cincuenta años — lo que sería la flor de la edad en una sociedad normal—), me refiero a aquellos que no viven más que para él y que quisieran naturalmente vivir de él, pasan por una situación atroz... Nunca, a lo que imagino, la masa del público ha tenido tantos deseos de que se la divierta. Nunca se ha prestado más a la diversión, a la "evasión", como hoy se dice. Nunca ha estado menos segura sobre la naturaleza y la cualidad de su diversión. Se siente libre de gustar todo porque no se adhiere a nada. Se dice que el público está ávido de novedad. Ello estaría bien si fuera cierto Sin embargo, veo como se encapricha por vulgaridades sin vida, después de haber festejado un momento la originalidad verdadera. Está, sobre todo, ávido de sorpresas y de la diversión infantil que aquellas procuran. Se precipita hacia las nuevas máquinas como hacia nuevos juguetes. El cine-mudo apenas salía de su infancia. Comenzábamos a volver los ojos hacia ese arte nuevo en plena evolución. Pero este arte reniega de sí mismo. Se pone a hablar. Del día a la noche, con arreglo a una consigna venida de New York, como si fuera una orden de bolsa, el público, los actores y los autores se arrojan como forzados sobre ese teatro mecánico que, de improviso, vuelve a los balbuceos. Pienso siempre en ese desecho de fuerza, de frescura, de verdad que quedan en el fondo de las ideas ayer abandonadas por el espíritu. No llamo progreso a lo que el tiempo no maduró. Y me pregunto a qué santo se vocarán los artistas que, como dice Stanislavsky, "sienten el deseo de vivir a la luz de lo que es eterno en arte". Las modas se atropellan. Los apetitos eclipsan el gusto y se devoran unos a otros.

"Se corre a la derecha y se tiene hambre; Se devora a la izquierda y no se siente uno harto; Cada uno devora la carne de su brazo..."

— Le pido perdón por citar a Isaías. Iba a hablar de los "music-halls". En su condición de excitantes de las pasiones trabajadas por el jazz y el alcohol, hacen chorrear sobre sus tabladillos el agua, el fuego, las pedrerías, los millones y los arrojan sobre las casas de mal vivir, sobre sus mujeres desnudas, sus negras delirantes. Y en cambio, nosotros...

— Tanta diversidad produce al menos la emulación. Una impotencia salvaje. El público ya no tiene repugnancias. Y tampoco preferencias. Al menos, ha cesado de sentir las. El público intelectual comparte, en otro plano, los vicios de la multitud. Su frenesí es literario. La belleza no le sacia. Y nosotros, en medio de todo eso, ya retardatarios en nuestro impulso hacia el porvenir, estamos como fatigados dentro de nuestros pequeños

teatros de pobre aspecto, con nuestros precios bajos, nuestro mediano equipo escénico, nuestras reducidas compañías de actores jóvenes escasamente pagados, que permanecieron fieles durante largo tiempo, pero que comienzan a desertar hacia Hollywood o Berlín. Nuestros autores tampoco pueden retenerlos. Abandonan generalmente el teatro del que se sirvieron en el preciso momento en que pueden comenzar a servirle. Por consiguiente, no se sienten más ligados a ellos mismos que a nosotros. Les creo menos ansiosos de liberar su arte que de plegarse a las cambiantes inclinaciones del público, o de dar sacudidas a esta indiferencia que procede de su enervamiento...

— Usted, sin embargo, ha tenido éxitos.

— Algunos.

— Grandes éxitos.

— Si. Siempre que hemos tenido una pieza...

— ¡Ah!, tocamos al tema que me trae aquí. Por consiguiente ¿usted estima, señor "metteur-en-scène", que la obra tiene importancia?

— ¿Plantea usted la cuestión seriamente?

— Todos sus compañeros están en desacuerdo sobre ese punto.

— No lo estarían si todos tuviesen entre sus manos buenas piezas.

— Advierto que no es usted de esos hombres de teatro que creen poder prescindir del poeta.

— Yo no soy completamente idiota, señor... Note también que sería deseable que menos poetas creyesen poder prescindir del teatro.

— Luego quiere usted decir que...

— Digo que los escritores desprecian el teatro. Se quejaron durante mucho tiempo de que estuviese en manos de los mercachifles y de los imbéciles, sin bastante espacio para que el espíritu pudiera respirar allí libremente. Nosotros, desde hace veinte años, al asumir todos los peligros, hemos luchado por reducir al mínimo el mercantilismo y el histrionismo. Lo que se llama nuestro movimiento no tenía más que esta finalidad: ofrecer al poeta un instrumento digno de él, de los espíritus capaces de comprenderle, entusiastas por servirle. Pues bien, digo que los escritores no nos han pagado con la misma moneda. Se abstienen todavía. La mayoría de los que nos han seguido no mostraron, a la larga, ni la amistad, ni el desinterés que esperábamos de ellos, ni ese amor verdadero por la cosa teatral, de que nosotros intentamos contagiarnos. Ni siquiera sé si nos diferencian gran cosa de esos comerciantes con los cuales, por otra parte, no dudamos mucho en trabar relación, el día en que cualquier notoriedad se los ponga por delante. Hay, quizá, actualmente en el teatro un poco más de inteligencia y de cultura que en otro tiempo, pero el promedio de la producción dramática no se ha elevado gran cosa. Los métodos de trabajo y los procedimientos de montaje escénicos son quizá un poco menos vulgares y casi me atrevo a decir que han sabido aproximarse a la verdad y a la poesía. Pero esto sólo nos hace sentir la mezquindad de las obras que se presentan en la escena. El instrumento que hemos intentado formar por medio del estudio y la experiencia funciona en el vacío numerosas veces... Sí, ya sé que nos lo reprochan. Pero no es a nosotros a quien debiera dirigirse la censura. Se reprocha a nuestra inventiva que vaya más lejos de los objetos sobre los que se ejerce. Se denuncian los peligros de una técnica que parece desarrollarse gratuitamente y no tener otra finalidad que ella misma. Esto es lo que se llama una usurpación o la tiranía del "metteur-en-scène". Y ¿qué quiere usted que haga con sus artificios ese pobre encantador abandonado? Se reprocha a sí mismo tener que exponerse personalmente, tener que responder por otro, tener que pasar por creador y maestro allí donde no desearía más que obedecer a Próspero. Pues bien sabe que un "metteur-en-scène" que poseyese un gran genio no sería nunca más que un autor fracasado...

— Mientras que un autor logrado podría prescindir del "metteur-en-scène".

— Ah, señor mío, le ruego que me encuentre a ese autor..., que nos traiga una pieza compuesta con mano de

obrero, que nos la lea, y que leyéndola nos la aclare, que muestre a cada uno de nosotros su papel y los medios de darle vida, que dibuje ante nuestros ojos el traje de los personajes, que nos imponga a todos una armonía, de la que él solo, y nadie más, pueda sentir la unidad en su corazón, que nos enseñe, en suma, algo nuevo y vivo... Encuéntreme ese maestro de la escena que consienta en vivir con nosotros la vida de nuestro oficio y le serviríamos de rodillas.

— Ignoro si existe un poeta semejante...

— Yo tampoco, pues no le he visto nunca. No conozco en el proscenio más que pretenciosos llenos de rutina o niños, pobres niños llenos de ignorancia y de debilidades. Debido a ello existe el oficio de "metteur-en-scène". Aunque sea obtuso, pienso que hace menos mal a las obras dramáticas que el que les harían los mismos autores. Estos simulaban su impotencia práctica declarando, en unión de algunos refinados, que una pieza sólo se libra de la deformación en el libro y que las grandes obras teatrales son hechas para ser leídas y no para ser representadas. Esto es una mentira. La función del verdadero "metteur-en-scène" consiste en revelar el verdadero rostro de las obras maestras. Esto sucede algunas veces. Entonces la interpretación de los actores se transforma en una fuente de inspiración para el poeta. Ni Jules Romains, ni Giraudoux, para no citar más que éstos, pienso que me refutarían. Ciertamente es que Fedra o Berenice se arriesgan gravemente en la escena y, cuando se montan, sólo sirven para probar los fracasos. Pero los grandes trágicos prueban que un teatro es el pedestal natural de los grandes personajes. La misma acción de los antiguos griegos no peligraría si Goethe estuviera en el proscenio. Se ha dicho repetidamente lo que el autor Moliere debe a Moliere el comediante. ¿Negará usted lo que Chejov debe a Stanislavsky?

— ¿Y Gogol a Meyerhold, o Racine a Tairoff?

— Conozco esa disputa. No nos concierne más que de lejos. No somos rusos y tampoco aun bolcheviques. Nuestra nación conservadora produce actualmente pocas obras maestras, pero todavía sabe lo que son. Cuando tengo ante mí a Sófocles, a Shakespeare, a Moliere, a Racine o, simplemente, a un autor que conoce el oficio de escribir para el teatro, no siento inquietud alguna. Tales géneros me ponen en mi lugar. Dan órdenes. Yo obedezco. Estoy en mi papel. No puedo evadirme. El poderío del poeta disciplina al intérprete. Pero ante un autor mediocre, débil, incompetente, que no ejerce sobre él ningún influjo, el actor, el "metteur-en-scène" se escapan, se fugan, según la tendencia de sus dotes personales. Sus interpretaciones divagan y deliran. Sus procedimientos atraviesan, deshacen la trama de la obra. Es preciso que una obra se nos resista o nos domine. En otro caso, no es más que un imprudente llamamiento a fuerzas dramáticas que no satisfacen, que no lleva dentro, pero que nosotros, comediantes, sí llevamos dentro, prontas a desencadenarse.

— En resumidas cuentas, usted busca en el virtuosismo de la interpretación una embriaguez que le niega el texto.

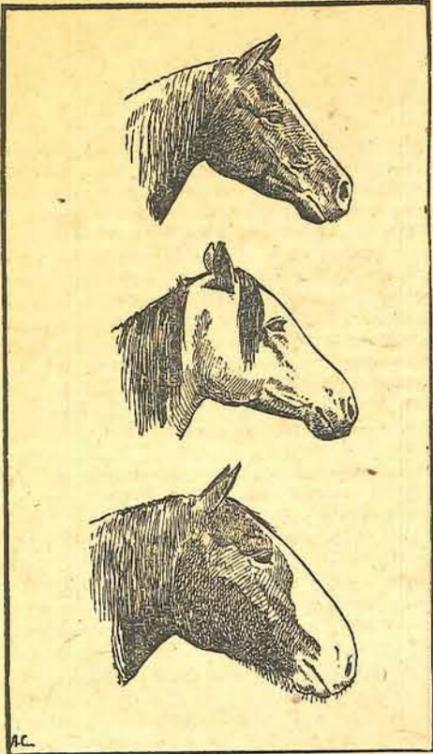
— Lo que se llama virtuosismo me parece provenir más bien de una ventaja que las pretensiones del intérprete se enorgullecen de tomar bajo la afirmación del autor... Pero cierto es que nosotros buscamos una embriaguez y que las tradiciones más rudimentarias del tablado pueden procurárnosla magníficamente: esa actitud, este guiño de ojos, tal pirueta bien realizada, ese movimiento feliz, aquella entrada sorprendente, en suma, todas las vibraciones de nuestro arte, todos los gestos del comediante viven en una acción. Y también es cierto que estamos inclinados a sentir más verdad viva, más sincera inspiración y hasta más valor artístico en las invenciones de la escena que en ciertas literaturas. Estoy de acuerdo en que puede haber en ello un peligro. Pero nada podemos hacer contra él. Si queremos que el histrionismo no vuelva a dominar a aquellos que hacen una profesión de odiarlo, que se nos imponga la autoridad del poeta, del creador dramático completo, que se nos devuelva la alegría de sentirnos inferiores a él.

Jacques Copeau

(PARIS, LA NACION)
PARIS, enero de 1931.

PARA LA HISTORIA DEL CABALLO CRIOLLO
LA CABEZA ACARNERADA

POR
ANGEL CABRERA



Los tres perfiles fundamentales, como característicos de tres razas diferentes. Arriba, recto (árabe); en medio, ondeado (berberisco de Marruecos), y abajo acarnerado (raza shire). Las tres figuras han sido copiadas de fotografías

TODOS los autores que vienen ocupándose del caballo criollo argentino, parecen estar acordes en reconocer en esta preciosa raza, por lo que se refiere a la conformación de la cabeza, dos tipos muy diferentes: uno de perfil recto, y otro en el que la cara ofrece un perfil convexo, es decir más o menos acarnerado. Generalmente, calificase al primero de "tipo asiático" llamando "tipo africano" al segundo, por admitirse que estas distintas modalidades morfológicas representan un resultado, o mejor diríamos un recuerdo, de la influencia de la raza árabe y de la raza berberisca, respectivamente, en el caballo español, antecesor del criollo. Esto se dice y se repite en libros y en artículos, teniendo casi la categoría de postulado en la hipología nacional, y sin embargo, una investigación algo minuciosa sobre el asunto revela que ni aquellas denominaciones, de evidente abolengo sansonian, ni la interpretación que para justificarlas se da al fenómeno atávico, tienen el menor fundamento científico.

Comenzando con el perfil recto, es muy dudoso que los criollos que presentan este carácter lo hayan heredado del caballo árabe. Conste que me cuento entre los que sostienen que la raza criolla desciende directamente del caballo español no del caballo español tal como lo conocemos en nuestros días, sino del que existió en el siglo XVI y primera mitad del XVII. Hay pruebas incontestables, que no son ahora del caso, para demostrar que no pudo ser otro el origen de nuestro criollo, pero lo que me parece muy difícil de probar, es que el antiguo caballo español tuviera sangre árabe en sus venas. Como se habla siempre de una invasión árabe y de una España árabe, se admite como artículo de fe que los árabes llevaron sus caballos a la Península Ibérica, sin tener en cuenta que la dominación árabe apenas merece llamarse así más que por la religión y la cultura del dominador. Racial y militarmente, fué una dominación berberisca. La primera invasión musulmana puede considerarse como árabe porque figuraron en ella dirigentes árabes y porque la Tingitania, de donde procedía, era entonces una dependencia del Califato de Damasco como lo fué España misma durante los cuarenta y cinco años siguientes; pero el ejército de ocupación era casi totalmente africano, y africana era su caballería. Como ha dicho muy bien Cunningham Graham en un artículo que hace seis años reprodujo LA NACION, aunque había estrecha vinculación política entre Córdoba y Damasco, estaba Damasco demasiado distante y era el viaje demasiado difícil para que los musulmanes que hicieron de Córdoba su metrópoli pensasen en llevar desde allí caballos, cuando los tenían más a mano y en abundancia en Berbería. Después, las oleadas invasoras que el Islam volcó sucesivamente en España — almoravides, almohades, benimerines — fueron todas de pura raza berberisca, y en su mayor parte de la agrupación étnica zenatia, o zenete, y berberiscos como ellas fueron sus caballos.

No afirmo esto último por mera deducción histórica. Consultense los cronicos y de-

más literatura de la España medioeval — pongamos desde el siglo XI al XVI. — y se verá cómo no se hace ni una sola vez mención del caballo árabe, en tanto que a cada paso se habla de caballos "zinetes" o "ginetes", como se habla también de monturas, de lanzas y de espadas "zinetas" o "ginetas", y de un estilo de cabalgar "a la gineta". Ginete, de donde proceden las palabras modernas jinete y jineteo, era entonces en España sinónimo de berberisco, y más especialmente de berberisco radicado en la Península, y el caballo español de origen berberisco se hizo célebre en el mundo entero bajo ese mismo nombre de "caballo ginete". Lo del caballo español con sangre árabe, se ha dicho en los tiempos modernos, por aquello de que se suele llamar árabe a todo lo que se relaciona con el mundo musulmán, pero no hay ningún argumento serio que autorice a seguir diciéndolo.

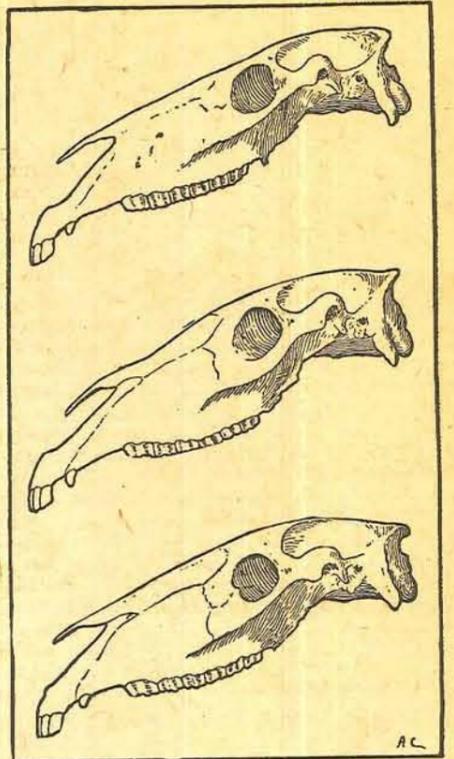
Ahora bien, si es poco probable que el perfil recto en el criollo sea de abolengo árabe, más difícil aun, por no decir imposible, es que sea de origen berberisco la cabeza acarnerada que poseen muchos ejemplares de la misma raza, por la sencilla razón de que no se puede heredar una cosa de quien no la tiene. En efecto, contra lo que con mucha frecuencia se afirma, el caballo berberisco no es un caballo de perfil acarnerado; por lo menos, no es ésta la conformación típica de la raza. Evidentemente, los autores que se la atribuyen sólo conocen el caballo africano por lecturas, y aun sospecho que por lecturas de malas traducciones del francés. Lo que nosotros entendemos por cabeza acarnerada, esto es, la que ofrece un gálibo convexo continuo desde la frente hasta el hocico, en francés se llama "tête busquée", o "tête de vieille", si la convexidad es muy pronunciada, y en cambio, se denomina en el mismo idioma "tête moutonnée", literalmente cabeza acarnerada, a la que tiene el perfil convexo en la frente, después ligeramente cóncavo o deprimido, y otra vez convexo en el hocico. Este contorno ondeado, que cuando acompaña a una cabeza relativamente corta constituye lo que en la Argentina y Chile llamamos "cabeza fiata", es el verdadero perfil característico del caballo berberisco. Los hipólogos franceses, que por su larga experiencia en Argelia y en Túnez son los que mejor conocen la raza "barbe", como ellos dicen, constantemente la describen como un caballo de cabeza "moutonnée", es decir, fiata u ondeada, pero los traductores, desconociendo el significado técnico de este adjetivo, o guiándose por diccionarios cuyos autores no están muy al tanto de la terminología hipológica, lo interpretan literalmente y convierten al berberisco en un caballo de cabeza acarnerada, con lo que se difunde un error de no escasa importancia zootécnica.

No quiere decir esto que no haya en el norte de Africa algunos caballos de tipo acarnerado, pero son casos muy raros, tan raros casi como en la raza árabe, en la que también, alguna que otra vez, se da el perfil enteramente convexo, conocido como "cara de cabra" entre los autores árabes, que con muy buen sentido lo consideran un feo defecto. El profesor Aureggio, que es quien más detenidamente ha estudiado los caballos africanos, dice que en Argelia existen caballos de cabeza recta, de cabeza fiata (moutonnée) y de cabeza acarnerada (busquée), pero que estos últimos son mucho más raros que los otros. Por mi parte, he tenido oportunidad de ver, en cuatro expediciones a Marruecos, algunos centenares de caballos berberiscos, incluyendo gran parte de la hacienda yeguariza de los M'talza, tribu eminentemente jinete, y las caballos de la guardia jalifiana de Tetuán, de varios escuadrones de "regulares" al ser-

vicio de España y de unas cuantas "mías" de la ya disuelta policía indígena. La mayoría de estos animales ofrecían el perfil típico ondeado, o fiato, y también había bastantes, aunque muchos menos, de tipo rectilíneo, pero los ejemplares acarnerados no llegaban a una docena. Conservo fotografías o dibujos de cerca de cincuenta de aquellos caballos, no de tipos seleccionados, sino de aquellos que el azar me ofrecía con la comodidad necesaria para obtener el documento gráfico, y sólo uno de ellos es muy levemente acarnerado. Creo, pues, tener suficientes motivos para resistirme a admitir la opinión que considera el perfil totalmente convexo como una resultante de la influencia de la sangre berberisca.

Se ha dicho algunas veces que el antiguo caballo africano, el caballo nómada, era de tipo cefálico convexilíneo, y que el predominio del perfil ondeado y la frecuencia del perfil recto entre los berberiscos actuales se deben a la introducción de sangre árabe en el norte de Africa. De ser esto cierto, por ahí sí que podría venirle a nuestro criollo la ascendencia árabe, si quiera fuese algo remota. La dificultad está en que, cuando se examina con calma esta cuestión, la tal influencia asiática en la raza berberisca resulta un tanto problemática. En su primer intento de invasión de la Berbería, veintisiete años después de Mahoma, los árabes llevarían seguramente numerosa caballería, por más que para estas largas expediciones preferían, y siguen prefiriendo, el camello; pero no puede creerse que en aquella incursión, verdadera "razia" (malón, que diríamos aquí), rápida, sangrienta y rechazada en poco tiempo, hubiese oportunidad para un cruzamiento entre el yeguarizo del invasor y el del invadido. Veinte años más tarde, mejor organizados y bajo el mando de Okba Ben Nafia, vuelven los árabes al Magreb y consiguen llegar hasta el Atlántico e imponer el Islam en el país pero aun entonces, su caballería es demasiado poco numerosa para que pueda contribuir a modificar la inmensa población equina indígena. El historiador Abu Obeid el Bekri, al ocuparse de aquella campaña, pinta a los árabes, no llevando caballos a Berbería, sino, por el contrario, sacando de allí todos los que podían conseguir como botín de guerra o como tributo de los pueblos sometidos, y habla con admiración del enorme número de yeguarizos que había en el país, así como de sus condiciones de vigor y ligereza. Por otra parte, los hipólogos orientales de la Edad Media nos dicen que, antes de que adoptasen el uso de la armadura pesada, los árabes empleaban en la guerra yeguas y caballos castrados. Si alguna de las primeras se mezcló en Africa con los caballos indígenas, la influencia de tal cruzamiento, dada la desproporción numérica, lógicamente hubo de perderse como una gota de agua se pierde en un gran lago.

El único aporte algo importante de sangre árabe que el caballo africano pudo recibir antes de los tiempos modernos, lo recibiría, en todo caso, cuando la gran invasión hiliánica, que antropológicamente y culturalmente arabizó buena parte de Berbería. Esta invasión, ocurrida en el siglo XI, cuando hacía ya trescientos años que el caballo berberisco estaba difundido en España, fué en realidad una gran inmigración de carácter pacífico: tribus enteras, pastores de ovejas y de camellos, que llegaban desde el Heyaz con todos sus bienes. Fueron estas gentes las que introdujeron en Berbería el camello de carga y la oveja de cabeza negra. Tal vez llevaron también caballos, pero hay pruebas fehacientes de que, si los llevaron, la presencia de estos equinos árabes en el norte de Africa no influyó gran cosa en la raza que ya había allí. Se han encontrado en la



Cráneos de caballos criollos puros presentando los tres tipos de perfil fundamentales. Arriba, recto (del esqueleto de un padrillo en el Museo de La Plata); en medio, fiato u ondeado (de una fotografía tomada por el profesor Bossi), y abajo, acarnerado (del célebre padrillo Callvucurá)

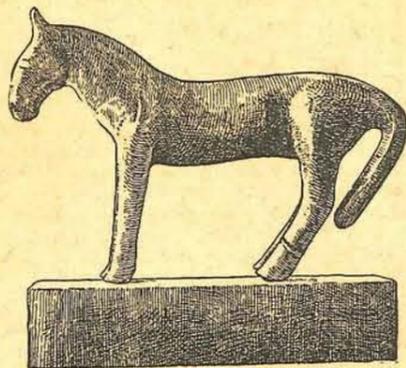
Cirenaica antiguos vasos, muy anteriores a la Era Cristiana, en los que hay pintadas figuras de jinetes libios, y los caballos que montan estos jinetes tienen la cabeza como el berberisco actual, recta, o ligeramente fiata, no acarnerada. Además — y esto ya no es historia ni arqueología, sino zootecnia pura — todo entendido en caballos sabe que la raza árabe presenta dos rasgos altamente característicos, que transmite a la mayoría de sus descendientes en los cruzamientos: el hocico cuadrado, debido a la amplitud de los ollares, y la grupa horizontal, con la cola alta y como despegada, "en trompa". El zootécnico Diffloth, cuyas sabias conferencias se han escuchado hace poco en Buenos Aires, dice que el primer influjo de sangre árabe en cualquier núcleo de otra raza horizontaliza la grupa y rectifica la posición de la cola. Pues bien, todos los caballos berberiscos, sin excepción, tienen la grupa en declive y la cola baja, y su hocico es siempre convexo, aun en los casos en que el resto del perfil es recto. Los indicios típicos de la influencia árabe, en una palabra, no aparecen por ningún lado.

El lector sabrá perdonarme tan larga disquisición. Dados los prejuicios que existen acerca del origen del antiguo caballo español, y por tanto de su descendiente el criollo, no era necesario menos para poder demostrar: primero, que no hay ningún fundamento sólido para seguir sosteniendo que el caballo árabe ha figurado entre los antecesores de la raza criolla; segundo, que el perfil recto y el perfil fiato no suponen necesariamente, en esta raza, un abolengo árabe, desde el momento que ambos tipos son los que normalmente se encuentran en el caballo berberisco; y tercero, que es muy difícil que los criollos de cabeza acarnerada la hayan heredado del berberisco, en el que tal conformación es sumamente rara.

Y aquí viene lo más interesante del asunto. Si este tipo facial enteramente convexo, tan frecuente en los pingos argentinos, no les viene de su lejano antepasado africano, ¿de dónde ha salido?

Para explicar el origen de ciertos pelajes que se ven en el criollo, se ha dicho que los españoles trajeron al Plata caballos nórdicos, convexilíneos, ya fuesen dinamarqueses o frisones. De ser cierta esta teoría, por ahí podría haber llegado también la cabeza acarnerada; lo malo es que no pasa de ser una teoría, muy respetable, sin duda, pero algo difícil de demostrar. Por suerte, esta hipótesis es perfectamente innecesaria si se tiene en cuenta que el caballo español del siglo XVI, antecesor del sudamericano, aunque tenía mucho de berberisco, no podía ser berberisco puro, sino un producto de repetidos cruzamientos de esta raza africana con la colectividad equina que había en España en la época de las invasiones musulmanas. Sin duda de ningún género, en esa colectividad habían de figurar numerosos animales del tipo nórdico importado por suevos, alanos y vándalos. Pero hay algo más. Mucho antes de la invasión de los bárbaros, ya existían en España caballos de perfil convexo bien marcado. En los famosos mosaicos de Itálica se puede ver claramente representado este tipo, y se ha encontrado en Despeña-

(Continúa en la pág. 28)



Pequeño bronce ibérico del siglo IV a. de C., encontrada en Despeñaperros, representando un caballo de tipo acarnerado

LA MUSICA EN PARIS

La Opera Rusa de los Campos Eliseos — cuyo espléndido esfuerzo ya señalamos el año pasado — acaba de efectuar la reapertura de su segunda temporada en condiciones particularmente brillantes. Ya es sabido que esta empresa se debe al extraordinario espíritu de proselitismo que anima a la colonia de rusos refugiados en París. Donde quiera que los emigrados de la Santa Rusia se encuentran reunidos en un punto del vasto mundo, vense nacer inmediatamente orquestas, asociaciones corales, "ballets" y teatros líricos. En París los rusos refugiados son tan numerosos, que ha sido fácil reunir todos los elementos de una compañía admirable y, en particular, cuadros de coristas de calidad excepcional. La naturaleza ha dotado a los rusos con voces particularmente hermosas y emocionantes. Los hombres, sobre todo, poseen notas graves de belleza incomparable.

Con una solidaridad que nos asombra, todos estos extranjeros, sin distinción de clases ni situaciones de fortuna, han asociado sus esfuerzos para crear en pleno París una temporada teatral que recuerda por su esplendor las hermosas representaciones de los teatros de Moscú y de San Petersburgo. Se ha visto a grandes damas, a princesas auténticas, a damas de honor de la Corte, pasar la noche en compañía de sus sirvientas de ayer, cosiendo y pintando los trajes y las decoraciones de las óperas que iban a representar sus camaradas. Sería difícil describir el esfuerzo que realizó el año pasado esta compañía. Dejará el recuerdo más emocionado a cuantos fueron testigos de ella.

El resultado, por lo demás, fué espléndido. Le debemos las admirables representaciones del "Príncipe Igor", de "Sadko", de "Kitéje" y de la "Kowantchina", dadas en una atmósfera de entusiasmo, de fervor y de fe que no conocen los teatros corrientes.

Este año, el primer espectáculo fué una reposición del "Príncipe Igor", con el concurso de Chaliapin en el papel del príncipe Galitsky. La sala estuvo repleta y en el curso de la fiesta los artistas ofrecieron a su ilustre camarada un homenaje público, saludándole en la escena con palabras de bienvenida, a las cuales respondió el célebre cantante en términos muy agradecidos y cordiales. Chaliapin había dado el año último en París algunos recitales de canto, que desilusionaron a sus más fervientes admiradores. Pero en el teatro ha recobrado toda la nobleza de su porte y todo el poderío de su órgano vocal. Continúa dominando la escena con incomparable autoridad. Hay en él algo tan profundamente humano y a la vez tan soberano, que es el intérprete ideal de las grandes figuras históricas o legendarias. Su voz no ha perdido un ápice de su extraordinario vigor. Su éxito fué considerable.

Como siempre, los coros fueron notabilísimos por su vigor y su inteligencia. En esta compañía rusa el último figurante despliega tanta conciencia artística y tanto celo como el más grande solista. Todos dan el máximo de su esfuerzo. Entre bastidores, antes de levantarse el telón, pasan los popes y bendicen a los coristas arrodillados. Para estas buenas gentes la interpretación de una obra maestra nacional es un acto de carácter casi religioso. Se comprende evidentemente que en estas condiciones una representación lírica se transforma en un acto de fe de un esplendor incomparable. Las representaciones de la Opera Rusa en París constituyen uno de los más hermosos espectáculos que sea dado contemplar actualmente en nuestra capital. Conviene desearles un triunfo completo y un éxito duradero.

Señalemos igualmente la visita que nos han hecho dos asociaciones corales de Bruselas, que venían a interpretar en los conciertos Colonne el Oratorio de Pierné intitulado "San Francisco de Asís". Esta obra considerable, que rara vez se ejecuta entre nosotros, porque exige masas corales demasiado imponentes, fué interpretada por nuestros vecinos con un cuidado y un respeto emocionantes. Se admiraron la finura y variedad de matices obtenidos por estos cantantes perfectamente disciplinados. Las voces de los niños, en particular, tenían una transparencia y una pureza deliciosas. La obra así presentada fué muy aplaudida, y Gabriel Pierné no olvidará esa magnífica interpretación que debe a la generosidad artística de dos asociaciones corales extranjeras, las cuales otorgaron a la traducción de su pensamiento una conciencia y una devoción que superan todo elogio.

Entre las audiciones que nos han sido ofrecidas esta semana, hay que subrayar en los conciertos Pasdeloup una "Sinfonía breve" de D. E. Inghelbrecht, uno de los directores de esa simpática asociación. Esta obra se presenta bajo la forma de tres cuadros de inspiración muy diferente. El autor ha cometido quizá una falta mezclando un tanto arbitrariamente géneros tan diferentes como el de la sinfonía pura y el poema sinfónico de programa. En caso semejante hay que escoger y no hacer incursiones tan imprudentes en técnicas tan opuestas. En efecto, el primer movimiento, dedicado a la madre del autor, está construido sobre un tema cuyas notas forman un anagrama sentimental. Eso está muy bien, pero decepciona un poco ver que el segundo movimiento ha sido inspirado por una frase de la "Vida de Jesús", de Renan, y que nos conduce bruscamente a Galilea. ¿Y no es también un nuevo choque entrar, durante la tercera parte, en un cuadro de juegos infantiles donde interviene la silueta maternal del condeño? Evidentemente, si esos cuadros hubieran sido tratados como música descriptiva, no quedaría

ninguna incertidumbre en el espíritu del oyente, pero no es éste el caso. D. E. Inghelbrecht ha tratado su obra con un sentido de música pura, sin sacrificar nada a la anécdota o a la armonía imitativa. De suerte que el oyente queda un poco desconcertado porque trata sin cesar, bajo la fe de los títulos, de comprobar en su imaginación visiones demasiado precisas que no contiene el texto.

En realidad, el autor ha cedido un tanto imprudentemente al ejemplo de Debussy, quien al final de sus "Preludios" de piano proponía, como una indicación discreta y lejana, una imagen que pudiese orientar el espíritu del ejecutante. Debido a ello, por otra parte, había puesto el título al final del trozo y entre paréntesis "La fille aux cheveux de lin...", "La cathédrale engloutie...", "Bruyeres...", "Ce qu'a vu le vent de l'Ouest". Pero la situación es un poco diferente.

La "Sinfonía" de Inghelbrecht está escrita con rara habilidad, y abunda en detalles orquestales sumamente ingeniosos. La primera parte se desenvuelve en una atmósfera de intimidad encantadora. La segunda posee un color nostálgico muy seductor. Y en la tercera, donde se utilizan, con habilidad e ingenio infinitos, instrumentos de batería tomados del jazz, se superponen dos pequeños temas familiares en dos tonalidades diferentes con una desenvoltura singularmente divertida. Es la primera vez que la politonalidad ha sido empleada con tanto tino y habilidad.

Esta obra está escrita para orquesta de cámara, fórmula que Walter Straram defiende desde hace varios años con mucha inteligencia en algunos de sus conciertos. Hemos terminado por creer después de Wagner que era imposible hacer buena música sin emplear por lo menos cuatro cornamusas, cuatro trompetas y tres trombones. Inghelbrecht ha escrito para una orquesta que sólo posee un instrumentista por timbre. El mismo compositor más de una vez ha reaccionado contra la costumbre absurda adquirida por nuestros directores de orquesta de ejecutar las Sinfonías de Mozart con tipos instrumentales demasiado macizos. Restituyendo a ciertas obras clásicas el exacto volumen sonoro que tenían al nacer se les hace un servicio inapreciable.

Hemos recibido la visita anual de Franz von Hosslin, el director de orquesta de Bayreuth, quien desde su presentación en París obtuvo un éxito muy vivo. Acaba de dar en la Orquesta Sinfónica de París una serie de programas de un interés bastante mediano, pero en los cuales ha afirmado una vez más su maestría técnica y en particular esa delicadeza matizada que, incluso en las partituras wagnerianas, hace triunfar un ideal de claridad, de lógica y de dominio, cualidades que denuncian en él al alemán del Sur, ya próximo a la latinidad.

Otra visita que tuvimos fué la de la Coral de Instituciones de Praga. Esta agrupación de artistas de buena voluntad es notable por su homogeneidad, su disciplina y su cultura musical. Las voces son muy bellas. Las sopranos tienen en particular una especie de timbre angélico y seráfico, de pureza arrebatadora. Pero lo que ha llamado más vivamente la atención de nuestro público ha sido el esplendor de las voces de las contraltos, que forman en este conjunto una base de solidez, blandura y delicadeza excepcionales. Nunca se han oído bajos femeninos tan suntuosos.

Las institutrices de Praga, dirigidas por M. Metod Vymetal, nos han hecho oír obras checas muy pintorescas, pero estos artistas han tenido también la elegancia de colaborar en la ejecución de obras francesas. Interpretaron el "Cántico de Pascua", de Honegger, y las "Sirenas", de Debussy. En esta última obra, tan difícil y siempre tan mal ejecutada, encontraron el medio de realizar algunos "pianissimo" agudos que constituyen un alarde. El éxito fué muy grande, y por nuestra parte deseamos el pronto retorno de esa asociación.

La Opera Cómica ha repuesto con nueva montura escénica el encantador ballet de Debussy intitulado "La boîte à joujoux". Ya se sabe que esta fantasía, cuya parte plástica había sido confiada al célebre dibujante de juguetes André Hellé, creó una verdadera moda teatral de las muñecas, de los soldados de plomo, de las arcas de Noé y de los divertimientos de marionetas de toda especie. En el cinematógrafo y en el music-hall se ha explotado a fondo esa que Debussy no fué extraño a esa boga, puesto que ya en 1913 dió un impulso en su favor.

"La boîte à joujoux" acaba de ser repuesta en la Opera Cómica, con el concurso del nuevo maestro de ballet de la casa, el gran bailarín Robert Quinault. Ha modificado completamente las tradiciones coreográficas de la versión anterior. Ha puesto en escena la batalla de los soldados y de los polichinelas y la deliciosa pastoral con un número de detalles ingeniosos que obtuvieron el mayor éxito.

La interpretación resultó, por lo demás, excelente y fué aplaudida de modo especial la deliciosa Mariette de Rauwera, que una vez más ha triunfado con su gracia y su perfecto virtuosismo.

Nocturno

Era ésa una comarca con figuras ya de olvido;
Y en la noche más sin nadie
El silencio me celaba como espía agazapado.
Y vagaba yo con pasos más oscuros que los índices del viento.
Un no sé ya qué de cosas desgarradas y sin nombre
Serpeaba hacia la cueva de mi miedo.
O porfiaban los sollozos por colgarse del cuello.
O abrazaba mis rodillas un afán de humillación y de oración.
¿Y por qué remordimiento?
¿En qué valle era del ¡ay! y del suspiro?
¿Es que había ya bebido de la fuente
Que destierra de este mundo y desmemoria?
Y temblaba en el crucero, sin seguir, mi corazón;
Qué avezado sin embargo a lo nocturno!

Fué entonces cuando supe que la noche
Era la Fatalidad arrodillada y con la cabellera suelta.

¿Y qué voz y no de labios y sin ruido fué aquélla?
¿Quién lo dijo sin palabras de esta vida?
Fué alguno de esos pájaros de espanto
Que guardaban las orillas de la soledad, acaso.
Llegó a mí con lo monstruoso de la sencillez total:
La criatura que yo había dicho eterna
No era ya entre los días de los hombres.

Y la sombra también se hizo palidez al entenderlo.
¿No era un ídolo de barro, pues, la muerte?
Y más lóbrega la boca que la sangre que se cuaja;
Erizado de un tropel de gritos mudos,
Con la hambrienta torcedura de las piras
Quise alzar mis manos de alma hacia el destino,
¡El tirano a quien jamás faltó acción!
Cuando al fin toda la sombra se volcó sobre mi rostro como un llanto
Y mi lívida locura se fué en sangre.

Eras tú, la criatura casi eterna,
Que querías que el amor fuera el crescendo sin final de nuestras almas;
La inspirada
Que la llave de mis sueños escondías en tus manos;
Tú, tan mía,
Que mis penas muchas veces rebalsaron en tus ojos;
Tú, tan mía,
Como si mi corazón te hubiera, ¡oh mía!
Inventado en su momento más radiante.

Y mis carnes en harapos de tinieblas me envolvieron
Y hasta el borde de la nada fué mi alma,
Ay la triste, descarriada en un horror casi corpóreo.

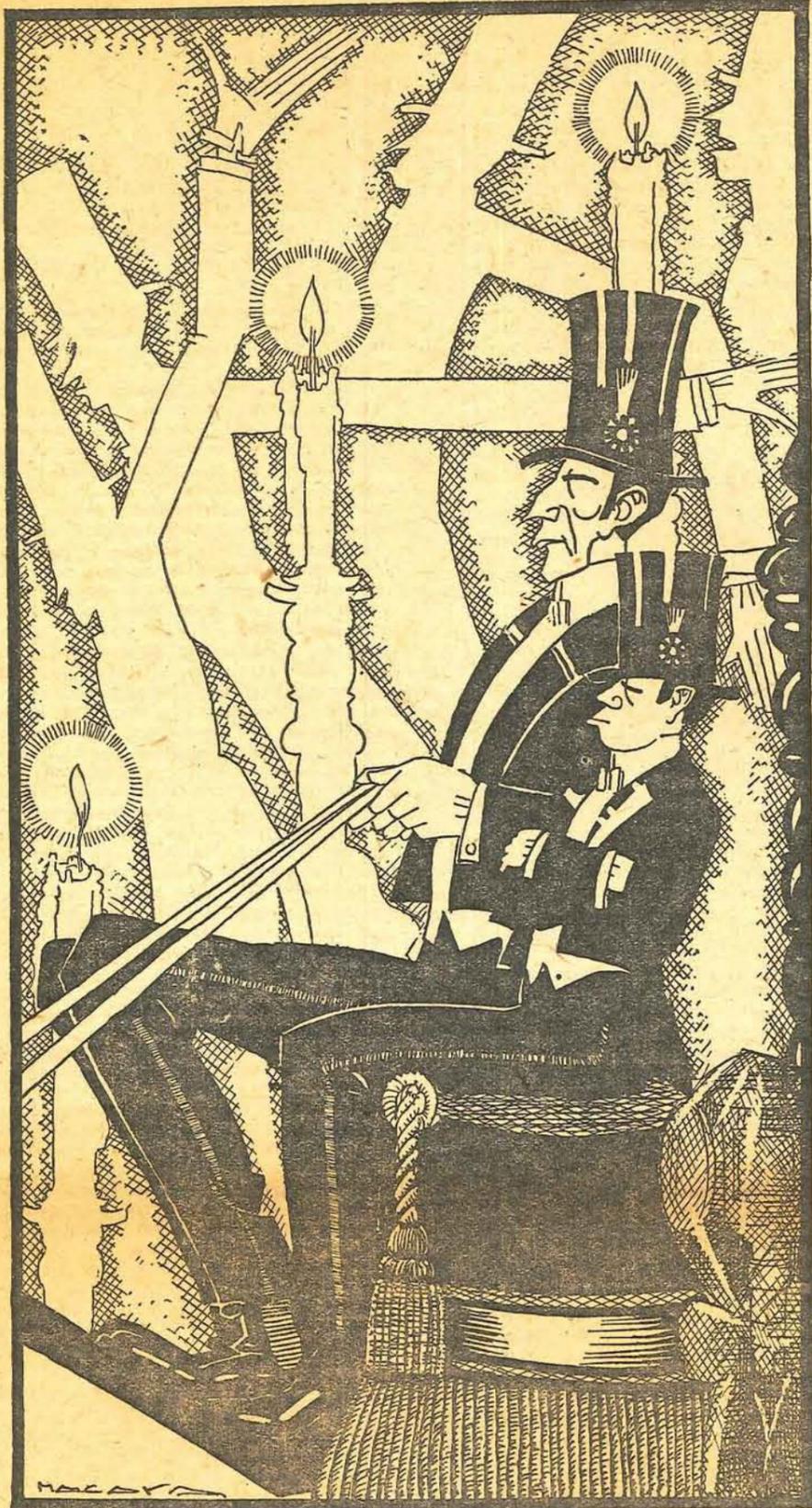
Más ya era en la ribera de mis párpados.
Con el alba, la pureza que dispone la salud de nuestro día.
Y tú entraste, silenciosa y luminosa en tu mirada.
Con tus grandes alas blancas
De la incógnita de las resurrecciones
Y ya estuve yo contigo.
Dónde? Lejos? En el más allá de luz que hay en tus ojos.

Luis Franco

(Para LA NACION) París, febrero de 1931

EMILE VUILLERMOZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El frac de morir

Ilustración de
Luis Macaya

el grito de un niño. Un triángulo de pared húmeda y un pasamanos de resistencia falseada limitaban la escalera crujiente. Noche a noche, mientras subía sus escalones, creía ver, más allá del foco de luz turbia que alumbraba sobre el descansillo, el gesto burlón del señor Mitjans.

— ¡Bah!

La segunda puerta tenía un giro silencioso. Pero apenas abierta, una correntada de aire frío salía del corredor de la casa y golpeaba en el rostro. Traía un fuerte color a moho.

El pasadizo era largo y oscuro. A la izquierda aparecían, desdibujados, los rectángulos de las puertas, siempre cerradas. ¿Quién vivía detrás de ellas? Nunca pude saberlo.

La escalera de hierro del altillo esperaba en el fondo. Arriba se abría la última puerta.

¿Qué extraño eco respondía a mis pasos, mientras cruzaba aquel medido espacio de pesadilla?

Hace dos días, al salir, me encontré de golpe con los adornos de la muerte. Una empresa de carruajes negros se trasladaba a la planta baja de la casa. Algunos mozos de cuerda y los peones del negocio de pompas sacaban de los camiones de transporte "vitreaux" pintados de recuerdo y de viaje. Me detuve. Cuatro columnas y una cuidada pila de paños festoneados de plata recorrieron el breve espacio, entre la acera y la puerta. Les siguió un gran candelabro con los brazos en alto.

— ¡Cuidado con rozar los féretros! — Gritó alguien desde adentro.

— ¡Con cuidado! — Repitió la voz ronca del cargador. — ¡No ven? Han doblado la manija del cajón...

Las fachadas limpias de la arteria mandaban reflejos blancos sobre todos los volúmenes. Sólo aquel retazo ocupado por los adornos de la muerte permanecía distinto, y de tan negro, luminoso.

— ¡Y estas ropas? ¡Puf! ¡Qué olor a bencina! ¡Qué tiene que ver la bencina con todo esto?

— Son los trajes de Graves, el elegante de la empresa. Tiene uno para cada categoría de entierro. ¿Ven este frac? No lo ha usado nunca, pero tiene la manía de limpiarlo todos los días con bencina. Dice que así lo preserva de usarlo en el acompañamiento de un muerto vulgar. Se lo pondrá cuando le toque conducir a un suicida... ¡Eh! ¡Cuidado! ¡Están rayando el "vitreau"!

Ya estaba lejos de aquel espectáculo de sombras y aun sentía su presencia. Allí permanecía la presión socarrona y violenta del cargador que sostenía en alto, en el índice doblado, la percha donde lucía su tiesura desinflada el frac de Graves. En la cuidada pila los paños festoneados de plata se separaban y se abrían cubriendo de noche el frente de la casa...

— ¡Cuidado con rozar los féretros!

Esa noche traté de ser yo mismo, de refugiarme en mí mismo. ¿Dón-

de hacerlo sino en mí mismo? Primero había pensado en un bar. ¿En qué bar? De todos los bares sale uno seguido de recuerdos. Luego pensé en un cinema. ¿Y el bosque de sombras? No. Había que evitar la presencia de las sombras. Cuando me dije esto, me pareció que los patios de butacas de todos los cinemas eran interiores de féretros, desde cuya medida estancia los ojos de la muerte contemplaban, a través del cristal de la tapa, las escenas de próximas muertes del mundo de los vivos.

Como puede verse, pensaba y soñaba en cosas absurdas, como sólo puede hacerlo quien ha visto el traslado de una empresa de carruajes negros en la planta baja de una casa.

Decidido a refugiarme en mí mismo, se asomó a mi espíritu, más absurda y más próxima, la imagen del viaje final. Fue cuando volvió a mi recuerdo la figura recortada del frac de morir de Graves, el elegante de las pompas. ¿Cómo sería Graves? El frac de la percha lo hacía alto, seco, huesudo. Resultaría imponente en el pescante negro, al lado del lacayo. Al bajar la caja...

Tarde ya, volví a casa.

Las dos vidrieras lucían su vestidura formal. Una inscripción de letras doradas explicaba la iluminación de traspasos sobre el mostrador oscuro y las macetas de plantas semimarchitas.

Aquí se mudaron

CARCE, TOLIN & Cía. Lda.

Carruajes

Al cruzar la puerta me cercó un fuerte olor a cirios recién apagados.

— ¡Eh! ¡Cuidado! ¡Están rayando el "vitreau"!

Caminé entre sombras. La escalera de hierro del altillo esperaba en el fondo. Arriba se abría la última puerta.

Todo, absolutamente todo, es extraño. Pero yo puedo afirmar ahora que he visto de cerca, la razón de ser del frac de Graves. ¿Cómo explicarlo? Explicar la certidumbre de una muerte no es nada fácil. He dicho una muerte. Debí decir una pre muerte. Así aconteció:

Primero vi un rostro, el rostro burlón del señor Mitjans. Me pareció verlo en sueños. Luego, del interior del frac de desinflada tiesura, vi surgir el rostro de Graves y hasta sentí un penetrante olor a bencina. Desaparecieron. Hubiese dado un grito frío, cortante, como el de una máquina absurda lanzada en carrera contra la noche. Pero algo desconocido se me ahogó en la garganta. Desde un punto lejano, avanzaron de nuevo las opacas figuras. Llenaron con sus gestos el reducido espacio del altillo.

Al comienzo, las sombras se

— ¿Qué número dijo? — me pregunta el señor Mitjans sacando su minúscula libreta de apuntes.

— Tres veintiocho.

— ¡Ah! Muy mal... Muy mal...

— Y agrega sonriendo, mientras dibuja pulcramente los signos:

— ¡Tres veintiocho!

$$3 + 2 + 8 = 13$$

— ¡Trece! ¡Cambie de casa! Y a propósito...

— Y a propósito — ha dicho nuevamente el señor Mitjans guardando la sonrisa oscura y medida detrás de los anteojos — lamento muchísimo la muerte de su padre.

Para el tráfico brillante y continuo de la calle, mi casa, tres veintiocho, es un absurdo volumen de pasado. La fachada, planta baja y primer piso, es chata, sombría.

Ahora que me acuerdo de Mitjans, el señor Mitjans, pienso cómo, sumando $3 + 2 + 8 = 13$, veo levantarse apenas, con un temor humilde, su frente terroso, casi perdido entre los flamantes ensayos del cemento.

De mañana y de tarde, cuando

Por Alberto
Pinetta

el oro envía hombres y máquinas sobre la amplitud helada de la arteria, se abren y se cierran, con giros precisos, las puertas vidrieras de mil fachadas blancas. Hay, además, otras no menos limpias frente al día, cuyos portales abiertos dejan entrever, más allá del hall íntimo, el juego negro de las cuerdas de ascenso: piso I, piso II, piso III... Todas ellas traducen el valor seguro de los signos del cambio.

Sólo mi casa — tres veintiocho — permanece lejana, con el frente olvidado. Esto último lo vi mejor después que el señor Mitjans, entre serio y sonriente, me advirtió el desagradable destino de la cifra. Y hasta me pareció que a lo largo de sus paredes caía una finísima llovizna cenicienta.

La puerta era pesada y enorme. Al abrirse, los goznes daban un chirrido penetrante y agudo, como

OXFORD Y CAMBRIDGE

LONDRES, enero de 1931

movieron confusamente, como si un impulso de remolino las hiciera girar sobre sí mismas, en una danza parsimoniosa y grotesca. Después de una brusca transición, el movimiento ya no fué tan ridículo. Las figuras adquirieron dominio, como si el viento que entró jugando con ellas se hubiese acurrucado en los rincones. Luego fueron alargando brazos ondulantes como tentáculos. Brazos de seda, manos de seda, finísimos dedos de seda.

Otras sombras — las de los mozos de cuerda y las de los peones de la casa de carruajes negros — copiaban la danza en las paredes, agitando tímidamente sus perfiles nebulosos.

Poco a poco, y con el asombro de aquel que asiste por primera vez al espectáculo de un amanecer, vi cómo la luz extendía su clara música de color a través de los cristales, animando de día las inverosímiles imágenes. Y ya no fueron más de gas de noche. Aquella música de horizontes limpios transformaba los objetos, dejándolos llovidos de un polvo de plata reluciente. El extraviado retazo de viento que estaba oculto en su quietud, aquel que entró jugando con las turbias figuras de la noche, avanzó soplando sobre las cosas un aliento de selva de cemento, de ríos de asfalto saturados de un asfixiante gas de máquinas.

Fué cuando las sombras se apartaron dejando avanzar a modo de un silencioso telón escenográfico, la arquitectura dormida de una calle sin voces ni trajín.

La claridad que había entrado en la pieza comenzó a marcharse. Como un retazo de niebla se alejó entre las casas, llamó desde el fondo a las otras sombras que esperaban con miedo contra los muros. Contestaron estirando los brazos ondulantes como tentáculos... Brazos de seda, manos de seda, finísimos dedos de seda. Luego se alejaron arrastrando una pesada atmósfera de palabras de recuerdo...

— ¡Y estas ropas? ¡Puf! ¡Qué olor a bencina! ¡Qué tiene que ver la bencina con todo esto?

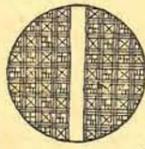
●●●

Al abrirse, hoy tiene una voz dulce la puerta pesada y enorme. ¡Ah! Debo decir que la casa de pompas tenía como siempre sus luces amarillentas y turbias sobre el mostrador y las macetas de plantas semimarchitas. Crucé el espacio de su frente y no me desagradó la inscripción ni el perfume pastoso de cirios recién apagados que escapaba de adentro.

Además, debo repetir que la puerta no corta hoy mi silencio con su habitual chirrido. Mucho menos el silencio del pasillo y el de la escalera cercada por el triángulo de pared húmeda y el pasamanos de resistencia falseada.

Subo los escalones y el señor Mitjans me aguarda en lo alto, más allá del foco de luz semiperdida, con su sonrisa de siempre... La segunda puerta, antes silenciosa, grita ahora al abrirse. ¡Qué haces, Graves, escondido en la sombra? Te veo... ¿Es que quieres engañarme? Ven, acompáñame por el pasadizo largo y obscuro... No repares en las puertas cerradas... ¿Qué te importa quién vive detrás de ellas?

— ¡Eh! ¡Cuidado! ¡No ven? Han doblado la manija del cajón... Arriba se abre la última puerta.



OXFORD y Cambridge, las universidades principales y más antiguas de Inglaterra, se encuentran vinculadas a la vida pública de la nación en una forma que no existe en las universidades de otros países. La Sorbona, en Francia, y Padua y Bolonia, en Italia, son más viejas que cualquiera de los establecimientos ingleses; pero, sin embargo, a pesar de que su contribución a los conocimientos y a la educación son de una importancia suprema, no puede decirse que ejercen más que una influencia muy indirecta sobre la vida nacional. Si se hace el reparo de que la importancia preponderante de Oxford y de Cambridge existe sólo en las mentes de sus propios alumnos, es necesario advertir que el profesor Dibelius, de Berlín, en su obra tan admirablemente escrita y documentada sobre Inglaterra, se vió obligado a dedicar un capítulo entero a las dos universidades mencionadas, en un libro en el que la brevedad constituía evidentemente una necesidad imperativa.

Ambas universidades tienen sus orígenes en fundaciones monásticas de la Edad Media, y se han desarrollado a la par, muy similares en cuanto a sus aspectos exteriores, pero con diferencias considerables en cuanto a su fuero interno, diferencias citadas hoy como clásicas. Las dos universidades son sedes de conocimientos clásicos, pero mientras Oxford ha encontrado inspiraciones en las enseñanzas de Platón, Cambridge las busca en las de Aristóteles. La una goza de fama de inculcar abstracciones metafísicas; la otra precisión matemática. Sir Isaac Newton estudió en Cambridge, y fué en un jardín de ella donde observó la caída de la manzana y dió al mundo la teoría de la gravedad. Desde Newton, generaciones matemáticas se han graduado en Cambridge, convertido así en un centro de ciencias y de matemáticas. Oxford es el asiento por excelencia de los estudios del latín y de griego, y debido a su devoción a los valores abstractos más bien que a los prácticos, fué llamada en una ocasión por un escéptico "el hogar de las causas perdidas".

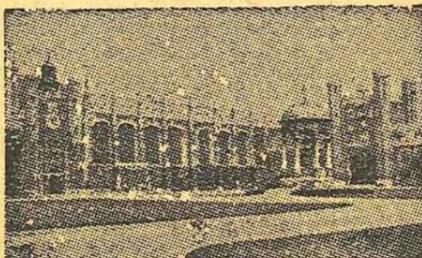
La rivalidad amistosa y al mismo tiempo las diferencias tradicionales entre ambas casas de estudios se han significado también en otras formas. Durante la guerra civil del siglo XVII Oxford mantuvo una lealtad inquebrantable a la causa de los Estuardos y se prestó con sumo agrado a fundir una buena parte de sus magníficos servicios de mesa, de plata maciza, con el objeto de convertirlos en dinero para su rey. Cambridge, por otra parte, apoyó la causa del Parlamento y de Cromwell.

En la actualidad, las ciudades mismas tienen mucho de común; pero, sin embargo, son muy diferentes. Ambas están situadas a unos 100 kilómetros de Londres, y ambas a orillas de ríos, a pesar de que el admirador más ferviente de Cambridge debe admitir que el Cam no puede compararse con el Támesis señorial; por otra parte, las dos ciudades son los centros de población más importantes de sus condados respectivos.

Oxford es la ciudad más grande de las dos, y, en estos días, tiene otros títulos que hacer valer, además de su universidad. Situada en un valle entre colinas de escasa altura, regada por el Támesis y su afluente el Cherwell, se extiende hacia el Norte en la forma de un distrito residencial bastante grande. Hacia el Este y el Sur se desarrollan rápidamente barrios industriales. La fábrica de automóviles Morris ha dado fama a Oxford en el mundo automovilístico. Existe también una fábrica de dulces igualmente famosa. Las calles principales de Oxford son amplias, como lo atestigua la High Street, a cuyos costados se levantan los edificios universitarios. La calle de St. Aldate, el mercado de grano y Broad Street, son todos amplios y espaciosos.

Cambridge tiene el aspecto, las proporciones y el encanto de una vieja población inglesa de condado, la capital de un distrito puramente agrícola. Las calles son angostas y concurridas, y verdaderas avalanchas de bicicletas, manejadas por estudiantes de ambos sexos, que en Oxford marchan a toda velocidad, entran y salen, en una forma igualmente peligrosa, entre el tráfico congestionado. Los edificios universitarios,

Trinity College, en Cambridge



vistos del exterior, no se presentan en una forma tan ventajosa como en Oxford, pero en ambas ciudades sus atractivos principales deben ser buscados y no son visibles al que pasa. El visitante debe pasar por los hermosos portales hasta llegar a los patios, que son conocidos en Oxford como "cuadrángulos". Aquí hallará extensiones del mejor césped del mundo, rodeados de edificios de exquisita piedra gris o de ladrillo antiguo. En Cambridge existen extensiones de césped y jardines detrás de muchos de los edificios universitarios, que llegan hasta las márgenes del río Cam, y que constituyen el orgullo de la universidad.

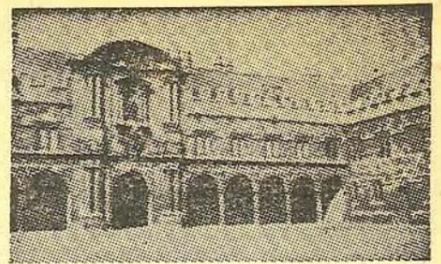
Sin querer establecer distinciones odiosas, existen muy pocos espectáculos en Inglaterra que puedan igualar al King's College, con su magnífica capilla y sus vitrales.

En Oxford, los edificios universitarios están más separados, y a pesar de no ser menos hermosos, nada tienen que se parezca a las extensiones de césped de Cambridge, los famosos "backs", y con la excepción del colegio de Magdalena, bajo cuyas paredes corre el río Cherwell, se mantienen a una distancia discreta del río.

El aspecto social de la vida universitaria en el verano se ve mejor desde a bordo de un "punt", un bote de fondo plano, que en Oxford es propulsado desde la popa y en Cambridge desde la proa, pues las universidades mantienen sus diferencias hasta en puntos tan pequeños como este. Las regatas de mayo, efectuadas en Cambridge, cuando los diversos colegios luchan por la primacía en el río, constituyen el gran acontecimiento social del año. Oxford, por su parte, tiene un festival semejante, conocido como "la semana de los ocho", que se realiza casi simultáneamente. En estas ocasiones, en los intervalos entre las carreras, el río presenta un espectáculo sumamente animado de alegres sombrillas, "blazers" de colores y toilettes exquisitas. En las restantes ocasiones, los ríos Cherwell y Cam son lugares menos animados, pero muy agradables. El Támesis en Oxford queda reservado a la tarea muy seria que implica la práctica del remo, y no es un río para pasear. Sin embargo, todavía se ven figuras encantadoras en trajes de verano, puesto que en cada universidad se encuentran algunos centenares de estudiantes del sexo débil. Aquí se observa también una diferencia de principios, y algo así como una paradoja. Oxford, menos moderna en su punto de vista académico, concede a los estudiantes femeninos todos los privilegios del título académico, mientras que Cambridge, a pesar de dispensar sus conocimientos sin distinción de sexos, todavía rehusa conferir el honor de la graduación a hombres y mujeres, indistintamente.

Los métodos educativos de ambas universidades son muy similares. Los estudiantes inician sus estudios a los diez y ocho o diez y nueve años, y los prosiguen durante tres o cuatro años. Tienen amplio campo para elegir. Pueden estudiar los clásicos, matemáticas, historia moderna, ciencias, economía, lenguas vivas, o cualquier materia digna de la atención de un profesorado propio. La especialización es relativamente general. En Cambridge, el curso completo se divide en dos partes, a los fines del examen. En Oxford, existe un examen preliminar al par del primer año, mientras que el examen final, en el cual debe el estudiante dejar constancia de todo lo que ha aprendido, y de cuyo resultado depende toda su reputación académica, se realiza dos años más tarde.

El sistema de los tutores constituye un factor importante en ambas universidades. Cada estudiante tiene su tutor, por lo general un estudiante superior de su propio colegio, quien es responsable de sus estudios. Cada semana, o dos veces por semana, el estudiante presenta a su tutor una composición o un ensayo sobre un punto de la materia que estudia. Encienden sus pipas, el más joven lee, el tutor hace comentarios y se discute la materia en forma completamente amistosa. Parece que el fumar en pipa constituye una parte importante de la labor tutorial. Stephen Leacock, el escritor humorista canadiense, profesor de la universidad de McGill, dijo una vez que los tutores de Oxford y Cambridge enseñan a sus alumnos echándose humo. En cada facultad se dan varias conferencias diarias, pero no tienen la importancia de las que se dictan en otras universidades. Algunos profesores cuentan con la aceptación, puesto que suministran al estudiante buenos materiales para tomar apuntes, que le ahorran tiempo. Otros, menos



St. John's College, en Oxford

prácticos, o que dan sus conferencias con algún desgano, encuentran que su auditorio se limita a un puñado de estudiantes femeninos.

El estudiante disfruta de amplia libertad. Puede trabajar mucho o poco, como le viene en gana, pero si peca demasiado por lo último, corre el riesgo de ser despedido. Tiene oportunidades para practicar toda clase de sports, tomar parte en las representaciones teatrales de las diversas sociedades dramáticas de la universidad, o dedicarse a las bellas artes. Existen, naturalmente, restricciones que se encuentran anotadas en latín en los libros de estatutos de la universidad. Una de ellas, la cual no se presta mucha atención, informa al estudiante "in statu papillari" que "Statutum est... quod scholares herba Nicotiana sive Tobacco abstineant".

El estudiante puede ausentarse de la universidad por la noche sin permiso, y debe encontrarse en su alojamiento antes de la media noche. En Cambridge, pasa el primer año en pensiones autorizadas en la ciudad, y el resto de su vida universitaria en la residencia del colegio a que pertenece. En Oxford se observa un procedimiento a la inversa.

Quizá el rasgo más esencial de Oxford y de Cambridge, sin embargo, y el que denota la mayor diferencia con las otras universidades, consiste en la diversidad de la vida universitaria. Cada universidad, en realidad, se compone de un grupo de colegios, cuyos alumnos están divididos en "seniors" y "juniors". Los "seniors" son los titulados "fellows", o becados, designados tales por razón de sus distinciones académicas con el objeto de proseguir más a fondo sus investigaciones académicas y a la vez de hacer las veces de tutores y conferencistas para los "juniors", o estudiantes en general. Cada colegio constituye hasta cierto punto una entidad autónoma, regida por un "fellow" elegido por sus colegas, y tiene costumbres y tradiciones diferentes; se observa un mayor sentimiento corporativo en la vida de estos colegios que en la universitaria. La universidad posee, naturalmente, su cuerpo directivo central, y los exámenes constituyen una cuestión universitaria y no de colegio.

El estudiante no está restringido a su colegio ya sea en su vida social o en sus actividades deportivas. Tendrá, probablemente, muchas amistades en otros colegios, y, por lo general, pertenecerá a uno de los diversos clubs o sociedades universitarias, tales como la Unión, la Sociedad de Debates o la Sociedad Dramática, mientras que el atleta siempre desea tener el honor de ser elegido para representar no solamente a su colegio, sino también a su universidad. Para el extranjero o para el conocedor de las otras universidades provinciales inglesas todo esto es muy confuso. "¿Cuál es la universidad?" — preguntará, esperando verla alojada en un solo gran edificio. "Todo esto", se le contestará pues los 21 colegios de Oxford y los 19 de Cambridge forman esas dos universidades. Se ha dicho que la universidad es la gracia interior y espiritual de la cual los colegios constituyen la forma exterior y visible.

Oxford y Cambridge, a pesar de conservar muchas de sus características medievales y aristocráticas, los "fellows" todavía llevan traje de etiqueta debajo de sus mantas cuando cenan en el "hall", y beben un oporto de los más añejos con una ceremonia que no ha variado desde los días de Isaac Newton. Se han adaptado espléndidamente a los días más democráticos de la post-guerra. Los hombres de Oxford y de Cambridge no solamente están en condiciones de ocupar sus puestos dignamente como religiosos, abogados o funcionarios públicos, sino también en el mundo de los negocios, la política y el periodismo.

Muchas personas sostienen que aun en el mundo de los negocios, la preparación que proporciona un curso universitario, al contribuir a la formación de un criterio claro y a una manera fácil de expresión, es de más valor que todas las ventajas aparentes derivadas de un período equivalente de estudios técnicos.

L. A. MEREDITH

DE LA VIDA DE UN FUTURO GRAN MONARCA

POR

W. y L. TOWNSEND

MAY una causa que contará siempre con el interés inmediato del príncipe de Gales y que siempre hallará eco en él. Por muy ocupado, por muy fatigado que esté a causa de sus diversos compromisos, por poco conveniente que le resulte personalmente, el príncipe prestará siempre cordial apoyo a toda iniciativa o empresa que beneficie a los ex combatientes y alivie su suerte.

Si no se hubiese producido la Gran Guerra, el príncipe de Gales no hubiera conquistado nunca la popularidad mundial de que goza actualmente. Su actuación en Francia le dió un conocimiento de la humanidad y de la naturaleza del hombre que sólo hubiera adquirido en el transcurso de muchos años, de haber seguido el camino ordinario de los príncipes.

El príncipe ha sido desde el Armisticio el campeón de la causa de los que sufrieron las consecuencias de la guerra. Ha llegado a dedicar parte de sus rentas a ayudar a los que fueron sus compañeros en Francia, y, como presidente de la Legión Británica, ha hecho más que cualquier otra persona por los ex combatientes.

Esta declaración parecerá quizá absoluta, pero dejaremos que los hechos hablen por sí mismos para confirmarla, ya que excedería de los límites de este volumen hacer la crónica de todas las actividades desarrolladas por el príncipe en beneficio de los que regresaron "del otro lado" al "país que conviene a los héroes".

Un día, durante una fiesta deportiva de la Legión Británica en el estadio de Wembley, los vencedores de la carrera para ciegos fueron conducidos donde el príncipe de Gales debía entregarles los premios. De pronto, S. A. R. interrumpió una conversación con el extinto conde Haig y, para llegar más pronto a la arena, saltó por encima de una barrera y marchó rápidamente al encuentro de los héroes ciegos, a fin de evitarles la dificultad de subir a tientas la escalera que conducía a su palco. Luego, estrechándoles amistosamente la mano y con cordiales palabras, les entregó los premios en medio de las aclamaciones de los millares de espectadores que apreciaron la caballerosa acción del príncipe.

En Birmingham, durante una de sus visitas a esa ciudad, el príncipe notó que un ex combatiente condecorado con varias medallas y a quien faltaba una pierna, era empujado por la muchedumbre que se había aglomerado para ver pasar a S. A. R. En el preciso momento en que el automóvil del príncipe pasaba frente al ex combatiente, se le cayeron a éste las muletas, al ser empujado por el público, y el hombre hubiera caído a no ser por la salvadora ayuda de un brazo — el del príncipe — que se tendió desde el automóvil abierto. "Téngase bien, compañero! — exclamó S. A. R., sonriendo —, y ayudó al ex combatiente a mantener su equilibrio hasta que le recogieron las muletas y se las entregaron.

Habiendo prestado servicio él mismo, el príncipe de Gales siente el mayor cariño por todos los que pertenecen o han pertenecido a las fuerzas británicas.

Posiblemente por haber entrado cuando muchacho en la Armada, siguiendo los trámites usuales, S. A. R. prefiere los servicios marítimos, la Armada y la Marina Mercante. Por eso, tuvo la mayor satisfacción personal cuando fué nombrado capitán de la Marina Mercante y de las Flotillas Pesqueras. Más tarde fué designado socio honorario de la Asociación del Servicio de la Marina



Mercante, organización de los capitanes de marina, con sede en Liverpool. Esta sociedad ha sido creada con el objeto de mejorar la vida de los oficiales a bordo. El capitán Fortay, su presidente, declaró en la reunión anual de la misma, después de la admisión del príncipe, que esperaba que la Junta Marítima Nacional señalaría debidamente la circunstancia de que el príncipe de Gales asumía el mando por primera vez, mejorando las condiciones de los oficiales. "Estoy seguro — dijo — de que ningún armador británico querría que Su Alteza Real se hiciera a la mar en un buque con dos turnos de guardia".

Al ingresar en esas sociedades y asociarse a varios cuerpos y gremios, ha logrado el príncipe alguna vez realizar en una hora las mejoras y reformas que se trató durante años de llevar a efecto. La popularidad del príncipe es tal que ninguno de los cuerpos a los cuales está vinculado permitiría, ni por un momento, que sucediera o existiera en su administración la menor cosa censurable.

El príncipe está siempre a sus anchas con los marinos. Cuando prendió del pecho del timonel Spurgeon, de Lowestoft, la medalla al valor, en el Central Hall, West-

minster, en marzo de 1928, el marinero expresó el deseo de que el príncipe fuera a Lowestoft.

— Lo haría con el mayor gusto — replicó el príncipe.

— Hay algunas damas muy bonitas en Lowestoft, señor; estoy seguro de que le gustarían a V. A. — agregó el marinero.

Este argumento persuasivo causó mucha gracia a S. A. R. Se echó a reír de buena gana y prometió que haría lo posible por ir a Lowestoft. La cosa tenía tanta gracia que el príncipe la refirió al Embajador de Francia, que estaba a su lado, y el diplomático compartió su hilaridad.

Todas las palabras que pronuncia el príncipe en público son leídas con vivo interés por miles de personas, tanto en el país como en el extranjero, y desde que se ha popularizado la radiotelefonía, cuando el príncipe pronuncia un discurso, se halla en contacto más directo con los habitantes del Imperio. Las palabras que dijo en el banquete anual de la Compañía de Capitanes Mercantes fueron oídas perfectamente en la Ciudad del Cabo y reproducidas íntegramente por los diarios de esa ciudad, al otro día.

No cabe duda de que los inven-

EL PRINCIPE DE LOS EX COMBATIENTES

tos modernos y las facilidades de viaje que caracterizan a esta época han permitido que el príncipe sea conocido en una gran parte del mundo. Ultimamente se ha dedicado a efectuar vuelos con el objeto de multiplicarse todo lo posible.

— ¡Me dedico a volar a una edad avanzada! — observó antes de realizar su primer vuelo.

Una vez más, algunas personas bien intencionadas preguntaron si realmente era muy conveniente que el príncipe de Gales se entregara a frecuentes vuelos en aeroplano, pero el deseo de S. A. R. tuvo muchos partidarios. Explicaron que si bien los peligros del vuelo, no muy grandes, existen siempre hasta cierto punto, como el príncipe irá acompañado por un piloto competente y empleará los mejores aparatos, las probabilidades de accidente quedarán reducidas a un mínimo.

Cuando el príncipe prepara una visita a las regiones industriales, está completamente ocupado durante muchos días antes de iniciar la jira. No hace nada a medias. Si proyecta pasar un día en Hull, por ejemplo, se refresca la memoria con gran parte de lo que se ha escrito sobre la ciudad y sus industrias, y revisa las ediciones recientes de la prensa local para enterarse de los progresos y de las aspiraciones de la población. También busca algún detalle de interés histórico que pueda servirle en sus discursos (es muy aficionado a la historia) y a menudo prepara personalmente esos discursos. Pero, en general, sus visitas son tan diversas y frecuentes que no le sería posible redactar personalmente una respuesta para cada discurso de bienvenida. En tales casos, su secretario escribe un borrador que el príncipe lee y corrige cuidadosamente, indicando las alteraciones, enmiendas o adiciones que considera necesarias. A menudo aprende de memoria el discurso íntegro.

Antes de iniciar una visita a las ciudades de provincia consulta con su séquito respecto de la ropa que más conviene vestir. Así, por ejemplo, a una población agrícola del norte, llega en traje de saco de fantasía, mientras que en una ciudad importante del norte aparecerá con una elegante galera y un terno de color sobrio, y a menudo con sobretodo gris. Como en todo lo demás, el príncipe es metódico en la cuestión de la ropa que elige personalmente — cosa que quizás no se sepa corrientemente —, dando instrucciones en cuanto a la forma de cuidarla. Los londinenses lo ven principalmente de sombrero de copa, ligeramente ladeado, y jaqué. Pero lo que le sienta mejor, sin duda alguna, a S. A. R. es el uniforme: El príncipe posee probablemente el guardarropa más grande del mundo. Mas ello se debe a sus obligaciones de príncipe y es probable que si pudiera seguir sus propias inclinaciones poseería sólo la cantidad y variedad de ropa que tiene habitualmente un joven inglés amante de los sports.

Siempre ocurren durante sus jiras incidentes no previstos en los programas oficiales. Demuestran la cálida simpatía y el sincero interés del príncipe por los hombres, sus hermanos, e ilustran vívidamente el aspecto humano de su carácter.

Durante una visita a Leeds, el príncipe se sintió tan afectado por la situación de muchos de los pacientes del Hospital General, que envió a una enfermera a buscar a su automóvil unos ramos de rosas que le habían sido ofrecidos poco antes. El mismo tomó las flores y fué depositándolas sobre las camas blancas. Cuando no tuvo más, hizo retirar las rosas de los floreros que adornaban su automóvil y las distribuyó también.

Otra pequeña escena significativa ocurrió en el andén de la estación de Doncaster. El alcal-

de y numerosos dignatarios civiles esperaban a Su Alteza Real que iba a descender del tren. En la puerta de su coche Pullman, el príncipe vaciló y volvió ansiosamente la vista hacia el interior del compartimiento. Se oyó un breve ladrido y un gruñido de placer, y un fox-terrier agitó la cola al volver a ver a su real amo.

— Hágame el favor de ocuparse de Cora — dijo el príncipe al guarda, mientras bajaba gravemente al andén para saludar a los representantes de Doncaster.

Durante su jira por el oeste de Inglaterra, el príncipe, sentado sobre un fardo de paja, bajó por una pendiente pronunciada en aerocarril. El encargado de la vagoneta la conducía a poca velocidad, preocupado de su seguridad, pero el príncipe se impacientó.

— ¡Más rápido! ¡más rápido! — le gritó — y poco después se precipitaba a una velocidad enorme por la pendiente de 45 grados. El príncipe gozó mucho de esa emoción.

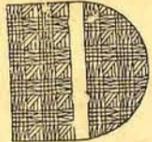
Durante la misma jira fué cubierto de rosas y en algunos pueblos, estaba alfombrado de flores el camino que debía recorrer. En una aldea llamada Sticklefall, una muchacha trató de arrojar un ramo de rosas a su automóvil. Pero no las dirigió bien y las rosas cayeron al suelo. El príncipe detuvo inmediatamente su coche, mientras la joven recogía las flores, y luego las aceptó personalmente.

La timidez que se atribuye al príncipe es en el fondo un mito: El rey Eduardo, que fué quizá el monarca más despreocupado de la historia, y cuyo "savoir-faire" era célebre en las capitales de Europa, no estaba inmunizado contra perplejidades incidentales y "mauvais quarts d'heure". Realmente se exagera mucho al hablar de la timidez del príncipe de Gales. Reconocemos que a veces el príncipe maneja la corbata para corregir un pliegue imaginario, reconocemos que en ocasiones parece un tanto incómodo y confuso y hace gestos rápidos y nerviosos; pero esto no es exclusivo de la gente tímida: En realidad, las circunstancias en que vive el príncipe, día tras día, no son precisamente las que convienen para engendrar el tranquilo equilibrio tan posible y apreciado en los apacibles días de la era Victoriana. La mayoría de los jóvenes actuales se intimidan ante espectáculos y ovaciones acompañados de circunstancias emotivas.

Es perfectamente cierto, en cambio, que el príncipe es nervioso: ¿Quién no lo sería en su situación? Pero ello no significa en modo alguno que sufra de los nervios o requiera cuidados médicos temporales o permanentes. Su naturaleza está en tensión y se inclina fácilmente, cuando no se trata de asuntos de Estado, a la tristeza o a la alegría. A esto se agrega el hecho de que vive constantemente a alta presión, de que su carácter es activo y que se impacienta por las demoras de cualquier especie. Esta es siempre una característica de los temperamentos impulsivos y generosos. Además, el príncipe fuma en pipa. Es singular que las costumbres más nimias tengan efectos tan significativos. Es un hecho comprobado que los fumadores de cigarrillos son fácilmente nerviosos e irritables, de concentración inestable e irregulares en el cumplimiento de sus deberes: Un ejemplo de esto es el ex kronprinz de Alemania que fumaba unos cien cigarrillos por día. Pero el hecho de que el príncipe de Gales prefiera la pipa es, para muchos psicólogos, indicio suficiente de que detrás de su nerviosidad superficial hay un equilibrio constante, deliberado y sin oscilaciones.

Hay un tema del cual lo menos que puede decirse sería que es muy delicado, pero que divierte siempre muchísimo al príncipe, si bien al principio le molestaba: Nos refe-

LA TECNICA Y LA INSPIRACION EN AJEDREZ



DIFÍCIL es determinar exactamente qué es el ajedrez, o mejor dicho, en qué categoría de actividades podría clasificarse al difícil juego. Los hombres de sport le han jerarquizado en distintas ocasiones en jerarquía para ser calificado de tal. Ellos han reducido el sport solamente a las manifestaciones físicas, y en tal carácter les causa gracia que el ajedrez pueda alternar con la lucha greco-romana o con el atletismo.

No es esta la ocasión de entablar polémica sobre la exactitud de esta caprichosa forma de interpretar la palabra sport. En tren de sutilezas, podríamos afirmar que el ajedrez, más que ningún otro juego, tiene derecho a ser considerado sport, de acuerdo al estricto significado de la palabra, pero no es esto lo que hoy queremos tratar.

Lo que interesa ahora es desvirtuar la impresión totalmente errónea de los legos en la materia, que afirman que el ajedrez es exclusivamente una cuestión de memoria y lo califican de ciencia exacta, siguiendo la definición de Leibnitz.

En realidad, el ajedrez no es ni arte ni ciencia en la pura acepción de la palabra. Es sencillamente un deporte intelectual, que por sus características se aproxima muchísimo a todas las bellas artes. En ajedrez triunfa siempre el mejor inspirado. Nunca ha sido ni será exclusivamente una cuestión de estudio, de técnica. La experiencia nos ha mostrado una serie de jugadores que conociendo profundamente la teoría del juego, que dominando en toda su amplitud la "ciencia" de los finales y los planteos, pierden por falta de inspiración.

Indudablemente, el ajedrecista que enriquezca el acervo de su intuición con el estudio inteligente de la técnica, ha de destacarse netamente. En esto los ajedrecistas se parecen a los virtuosos del piano, pero al igual que ellos, corren el riesgo de ser arrastrados por la fría expresión de la técnica y perder en alma, en colorido, lo que pudieran ganar en pureza de ejecución.

La mayoría de los grandes ajedrecistas han sido más inspirados que técnicos. Los creadores de variantes, las enciclopedias vivientes del tipo de Tarrasch, Kmoch, Becker, Tartakower, Grünfeld y tantos otros, han debido ceder paso siempre a los maestros de mayor talento, de mayor capacidad creadora.

Historiar el desenvolvimiento del ajedrez para probar lo manifestado es tarea excesivamente larga para encuadrarla dentro de un artículo de esta índole, pero a grandes rasgos podremos señalar una serie de nombres de campeones mundiales que, despreciando la técnica, rehusando aceptar como exactas las "matemáticas" afirmaciones de los maestros de laboratorio, han logrado mantener durante mucho tiempo situaciones de privilegio en la historia del ajedrez.

El más grande luchador del ajedrez de todas las épocas, el Dr. Emanuel Lasker, fué campeón mundial durante 27 años, a pesar de actuar paralelamente al Dr. Tarrasch, el más pro-

fundo teórico que tuvo el ajedrez clásico. Capablanca se mantuvo como campeón mundial a pesar de su desprecio por la técnica y la literatura ajedrecística, frente a una serie de técnicos irreprochables que lo aventajaban en conocimientos y sobre todo en memoria, ya que la del ex campeón mundial es sencillamente desastrosa.

El actual campeón del mundo, Dr. Alejandro Alekhine, es quizá el único de los campeones mundiales que es un técnico perfecto, pero debe establecerse que el maestro eslavo es ante todo un creador de variantes, un fundador de teorías estratégicas y el leader de la escuela ecléctica, que se extiende como un sabio puente de plata entre las teorías rutinarias de los clásicos estilizados de la época de Tarrasch, y los neosensibles de las características exageradas de Nimzowitsch.

Una prueba irrecusable de que el ajedrez es por sobre todas las cosas un arte, la da la serie de fenómenos de precocidad que registra la historia del juego. No podría concebirse en otra forma que un adolescente que nunca hubiera abierto un libro, pudiera vencer fácilmente a maestros consumados (el caso de Capablanca frente a Marshall en 1909) que dominan los relativos secretos de la técnica del juego y a quienes la experiencia ha enriquecido con observaciones sutiles y aparentemente imposibles de equilibrar con la intuición pura.

Hay indudablemente en el transcurso de las partidas de ajedrez situaciones distintas en absoluto por sus características y en ellas sí cabe establecer distinciones especiales. Los planteos, en su mayor parte, y ciertos finales, son exclusivamente cuestión de técnica, de habilidad casi mecánica para conducirlos. En cambio, hay multitud de finales artísticos, en los que la lógica sufre un serio revés y se triunfa merced solamente a la inspiración aguzada al extremo.

En el transcurso de las partidas se observa con enorme claridad la distinta característica de ciertas posiciones. La combinación estratégica, el plan general, es la concepción artística de una posición; la maniobra táctica, el detalle de ejecución—a menudo lo más difícil—es el aspecto científico del juego. La primera abisma por su profundidad, por lo audaz e ilógico a veces de su concepción; lo segundo asombra por la exactitud de sus detalles, por

la pureza del engranaje de las jugadas que se suceden.

El plan, la maniobra estratégica es lo abstracto en la partida y no siempre el que mejor lo concibe, el que más rápidamente lo esboza, sabe conducir los detalles tácticos con la técnica necesaria para vencer. Hay maestros, como fué Réti y como antes también lo fué Breyer, poseedores de un talento notable para el juego, que en los detalles de ejecución de los planes extraordinarios que concebían cometían yerros en los que otros jugadores de menor valía potencial no habrían jamás incurrido.

Entramos en el terreno de lo paradójico y en este sentido el ajedrez ofrece multitud de situaciones aparentemente absurdas. Alekhine afirma, como ya en alguna otra ocasión he dicho, que Spielmann—sin duda uno de los primeros diez maestros de la época—no entiende nada de ajedrez, y si en el caso de Spielmann no estoy en condiciones de corroborar la afirmación de Alekhine, en nuestro medio más pequeño puedo afirmar que existen muchos jugadores de primera fuerza, algunos excepcionales, que no tienen la menor noción de técnica ajedrecística y que, en cambio, los hay de segunda y tercera categoría, que tienen un sentido mucho más exacto de lo que es el juego.

Tales ajedrecistas de primera categoría no comprenden de problemas estratégicos, de escuelas clásicas o de tendencias hipermodernas, pero puestos frente al tablero, realizan jugadas buenas y se imponen sobre los más conocedores. Esto podría demostrarse con la mayor claridad lo ridículo que resulta pretender hacer del ajedrez un juego matemático y afirmar que el gran maestro sólo prueba tener una capacidad de memoria fuera de lo común.

EJEMPLOS CARACTERÍSTICOS

En el transcurso de este artículo hemos afirmado que hay posiciones que sugieren cosas distintas y que si en algunas la técnica domina, en otras la inspiración juega un papel preponderante. En efecto, el ajedrez es una fuente de sensaciones que sólo el iniciado alcanza a experimentar y que justifican su extraordinario poder absorbente, su peligroso encanto. Los dos finales que a continuación insertamos pintan dos situaciones distintas

para el ajedrecista desde el punto de vista emocional.
Autor: Polerio-1590 — (AQUI FINAL No. 1)—

El final que hemos insertado es uno de los más antiguos que se conocen. Se le atribuye a Polerio (inventor de un gambito y autor de un tratado), que actuó en Italia y se destacó netamente hace aproximadamente 350 años. Fué compuesto en 1590. En él no se desarrolla ninguna idea artística. Es sólo una cuestión técnica. Para resolverlo debe seguirse una regla geométrica de los jaques perpetuos en zigzag, para luego rematar la maniobra mediante una elegante jugada de rey.

Veamos: 1, P4T, P4T; 2, P5T, P3T; 3, P6T, P7T; 4, P7T, P8T (D); 5, P8T (D) -|-
Los dos adversarios han coronado una dama y las negras aun antes, pero al entrar con jaque, las blancas obligan a las negras a mover el rey defendiendo siempre la dama, y esta exigencia de la posición sugiere a las blancas la maniobra matemática para ganar.

5, ... R1C; 6, D1T+, R2C (si R2T; 7, D5R+, y luego, mediante jaques en la diagonal si el rey insiste en no ir a 2C, se arrincona a este rápidamente, y se le lleva a la misma posición que en la otra variante que detallamos); 7, DC7+, R3T!; 8, D6T+, R2C; 9, D5C+, R3T; 10, D5T+, R2C; 11, D4C+, R2T; 12, R2A, y el mate es inevitable.

Como se ha observado, en esto no hay nada de arte. Hay simplemente una sucesión de detalles técnicos de interés. Observaremos ahora otro final y de inmediato el experto recibirá una sensación artística de alta tensión.

Autor: Conde de Villeneuve.— (AQUI FINAL No. 2)—

La idea de este final es indudablemente coronar el peón torre, y lo primero que haría un jugador inexperto es avanzar P7T, pero contra esto las negras procederían mediante el bonito procedimiento de A4D, entregándolo, para evitar la entrada del peón, y contra RxA, entonces P7T, entrando igualmente a dama un tiempo después, pero con jaque, y luego de haber logrado una posición geoméricamente ganadora, al colocar al rey y la dama en una misma diagonal.

Debe buscarse la maniobra previa, y es realmente hermosa el procedimiento del Conde de Villeneuve. Veamos: 1, C4C! (primera jugada inesperada y antirrutinaria. Su objeto es poner el rey negro bajo los fuegos de un eventual jaque del alfil), RxC; 2, P7TR, A4D; 3, RxA, P7TD; 4, A1D+ (ahora se comienza a vislumbrar la genial idea del compositor), R6C; 5, A3AD!! (obsérvese un nuevo sacrificio, que trueca la aparente derrota por la amenaza de P8T (D)+, en una brillante y artística victoria), RxA; 6, P8TR (D), P8TD (D); 7, R (se mueve) +, seguido de DxD, etc. Y ahora una subvariante puramente técnica. Si 6, ... R7AD; 7, D2TR+, R8CD; 8, D1CR, R7CD; 9, D2AR+, R8CD; 10, D1R+, R7CD; 11, D4CD+, R1AD; 12, D3TD, R8C; 13, D6C+, R1T; 14, D7A y mate a la siguiente.

Diagrama N.º 2

Juegan las blancas y ganan

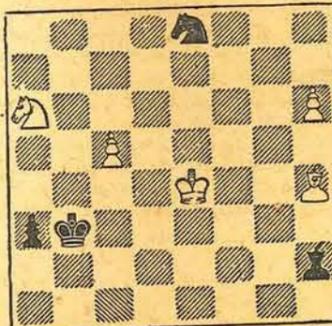
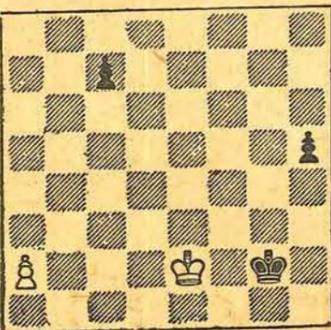
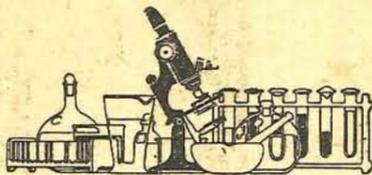


Diagrama N.º 1
Juegan las blancas y ganan



ROBERTO GRAU

LA CIENCIA HOMICIDA O "LA PAZ POR EL MIEDO"



En estos últimos tiempos se ha efectuado una muy curiosa experiencia científica en Alemania, en los alrededores de la ciudad de Riesa, que se encuentra entre Leipzig y Dresde. Ha sido narrada por automovilistas checo-eslovacos que fueron, simultáneamente, testigos y víctimas de ésta. En una carretera, y sin causa visible, su coche fué súbitamente detenido, la magneto inmovilizada y la corriente eléctrica cortada. Advirtieron con estupor que no eran las únicas víctimas de este extraño accidente: delante y detrás de ellos numerosos automóviles sufrían igualmente una "panne". Apareció un policía sajón y les dió la explicación del fenómeno: era que en un sector de cuatro kilómetros a la redonda los ingenieros oficiales realizaban un experimento científico por medio de rayos electromagnéticos. Una vez terminado, los viajeros quedarían libres para continuar su camino, cosa que sucedió exactamente al cabo de una escasa media hora.

Interrogado acerca de este prodigioso descubrimiento el ministro de la Reichswehr, no lo desmintió en modo alguno; se limitó sencillamente a declarar que los ensayos en cuestión no habían sido hechos en el lugar mencionado por los automovilistas.

Se solicitó su opinión sobre este descubrimiento a M. Painlevé, ex ministro de Guerra francés y abio distinguido. Painlevé respondió de manera harto escéptica. Le pareció posible que haya podido descubrirse radiaciones que actuando sobre un pequeño aparato, un cerebro-motor sumamente delicado y sutil adaptado a la magneto, puedan paralizar ésta. Pero encuentra absolutamente improbable en el estado actual de la ciencia, que una magneto no preparada para recibir esta influencia pueda ser impresionada por las ondas hertzianas. Agregó:

No creo una palabra de ese experimento. No tendría, por otra parte, interés práctico alguno. Los aviones, los automóviles no podrán ser detenidos. Si nosotros dirigimos a distancia los aviones, es porque éstos hallanse provistos de comandos destinados a amplificar el fenómeno de las ondas recibidas. El aparato debe estar preparado, repito, a fin de que la energía infinitesimal transmitida sea suficientemente amplificada para obrar sobre la magneto.

Nos parece que M. Painlevé duda bastante de las posibilidades de la ciencia que un día torna hacedero aquello que la víspera parecía imposible. ¿Ha olvidado, por ventura, las singulares experiencias hechas en 1924, ante un contralor científico, por un ingeniero inglés, Mr. Grindell Mathews, con ayuda de un "rayo ardiente" que a una distancia de veinte metros le permitió fulminar una rata, matar las plantas, hacer estallar pólvora y cartuchos, incendiar toda clase de materias combustibles, encender lámparas incandescentes, mechas de lámparas de aceite, e incluso detener el funcionamiento de las magnetos de aeroplanos o de automóviles?

¿Por qué, entonces, no podría producirse a cuatro kilómetros, y aun a más, lo que puede producirse a veinte metros? Ello es, por todo, una cuestión de aparato, de potencia... y de ingenio.

Hay una cosa cierta: y es que fué mal explicada, hace una media docena de años, la serie de "pannes" súbitas que obligaron a numerosos aeroplanos franceses que volaban sobre Alemania, a aterrizar en el ducado de Baden, en Baviera, en Wurtemberg y en otros estados vecinos, aproximadamente siempre en el mismo sector.

No es propio de un espíritu científico dudar de las posibilidades de la ciencia que se supera siempre a sí misma. Entre los millares de inteligencias que tienden al mismo fin ¿qué hay de asombroso en que una de ellas lo alcance algún día? ¿Por qué no habría de descubrirse en Alemania, país de alta cultura y de obstinados investigadores, lo que se cree haber descubierto ya en Francia? En febrero del año pasado, por ejemplo, los diarios nos hicieron saber que un cierto número de oficiales superiores delegados por el ministro de Guerra francés, asistieron en Montpellier a las extraordinarias experiencias originadas por los descubrimientos del capitán Fulgrand, del segundo regimiento de ingenieros.

Se trataba de ver funcionar aparatos que, a distancia, sin el auxilio de ningún hilo, y hasta sin utilizar la T.S.H., hacían estallar minas y provocaban incendios que estos mismos aparatos podían extinguir.

Los ensayos ejecutados en el polígono del segundo regimiento de ingenieros dieron resultados que despertaron la admiración de los presentes.

Si se duda de las experiencias de Riesa, no hay que tomar tampoco en cuenta las experiencias de Montpellier, del "rayo ardiente" de Grindell Mathews.

Recuerdo que durante la gran guerra, a comienzos del año 1918, mientras que la "Bertha" regaba cotidianamente París con sus obuses, los augures de la ciencia oficial declararon absolutamente imposible que un cañón pudiera disparar con un alcance de ciento cincuenta kilómetros.

Fué necesario, empero, rendirse a la evidencia y los ingenieros franceses se consagraron inmediatamente al trabajo para ver de encontrar la respuesta.

Al terminar el año 1918, un teniente de artillería, ingeniero de minas, presentaba al Ministerio de la Guerra los planos de un cañón que debía permitir disparar a una distancia "cuatro o cinco veces mayor" que la alcanzada por el gran cañón alemán. En 1920 el Gobierno francés hizo efectuar ensayos, los cuales fueron declarados tan satisfactorios que el Gobierno compró en el acto la patente al inventor.

Se reconoció que la velocidad del proyectil lanzado por el nuevo cañón había aumentado en más de un 50 por ciento. Además, el procedimiento del teniente de artillería podía aplicarse a todos los calibres, del cañón-revólver a las ametralladoras. Sabemos de buena fuente que, desde esta época, fueron introducidas numerosas modificaciones en tal sentido en el material de armamento francés.

Es evidente que si Francia, en caso de nuevas hostilidades, utiliza un cañón que pueda lanzar proyectiles a seiscientos kilómetros, pondrá en un grave aprieto al nuevo cañón eléctrico que Alemania, por lo que se dice, ha inventado, capaz de lanzar proyectiles de seis toneladas a una distancia de doscientos kilómetros.

No hay que alzarse de hombros ante la posibilidad de semejantes maquinarias. Como ha escrito el mariscal Foch: "La aplicación intensiva de la electricidad, de la química y de otras ciencias al arte de la guerra ha hecho surgir bruscamente nuevos factores, cuya importancia y cuyo peligro para la paz del mundo se acrecentarán con el tiempo".

Mediante obuses lanzados por cañones, o bombas arrojadas desde aeroplanos, ciudades enteras podrán ser destruidas en pocos instantes. Estos proyectiles contendrían explosivos incendiarios de una potencia inconcebible o bien gases, venenos, bacilos.

Es posible tener una idea de las catástrofes que podría originar una nueva guerra recordando sencillamente los efectos del "accidente" ocurrido el 21 de mayo de 1928, en la fábrica de productos químicos del doctor Stolzeberg, situada en el barrio industrial de Hamburgo. Esta fábrica producía sobre todo, fósforo, gas nocivo como pocos.

Cuando sucedió el accidente surgió una enorme nube de fósforo en la fábrica, e impulsada por un viento favorable, dirigióse hacia el agua. Cinco jóvenes que pescaban en la ribera, fueron alcanzados por los gases, perdieron el conocimiento, cayeron al agua y se ahogaron. En el islote de Wilhelmsthanburg, hacia donde el viento empujó la nube, el pánico fué enorme. Los jóvenes que participaban de una fiesta intentaron huir en un barco a motor, pero siete de ellos sufrieron graves daños. Los bomberos y el servicio de seguridad dedicáronse rápidamente a organizar los auxilios. Provistos de poderosas mangueras de agua intentaron en vano romper la nube; tampoco la lluvia obtuvo mejor resultado.

Dos días después del accidente, a 18 kilómetros de la ciudad fué alcanzado un grupo de excursionistas por los restos de la nube y algunos de ellos cayeron inanimados; se salvaron sólo gracias a la presencia de ánimo de sus camaradas que les transportaron en brazos, huyendo de la dirección del viento. En el hospital de Hamburgo fueron recogidos once muertos y ciento ochenta personas en estado más o menos grave.

La policía, el servicio de sanidad y la Reichswehr estuvieron bastante tiempo movilizados, pues los efectos de los gases continuaron manifestándose durante varios días.

Millares de gallinas, de pájaros y de palomas murieron; hubo que destruir una gran cantidad de artículos alimenticios. La población, aterrorizada, abandonó sus casas y se refugió en los edificios públicos, lejos de la zona infestada. Si el viento, en lugar de impulsar la nube hacia el agua, la hubiera impulsado

hacia la ciudad, la catástrofe habría adquirido proporciones espantosas...

Es decir, una ciudad de más de un millón de habitantes, como Hamburgo, hubiera podido desaparecer en pocas horas.

En cuanto a los explosivos, basta con elegir entre el trinitrotoluoil, el terroral y la termita, que son los últimos descubiertos.

La termita es una pólvora compuesta de aluminio, magnesio y óxido de hierro, que facilita, al arder, hasta tres mil grados de calor y que funde a su paso todo, incluso las armaduras de hierro.

Sólo cinco gramos de este explosivo, según las experiencias del doctor de Waltoff, bastarían para hacer volar el Chrysler Building, que es el más alto rascacielos de Nueva York.

Unase a esto las proyecciones de ácido cianhídrico, vulgarmente llamado "ácido prúsico", u óxido de carbono líquido, y podrá juzgarse del resultado.

En suma, se estima que bastaría una decena de aviones para aniquilar en pocos minutos la mayor ciudad del mundo, llámese Londres, París, Nueva York o Berlín.

La maldad del hombre no tiene otro límite que el de su genio.

Y no se diga que tales abominaciones no llegarán a pertenecer algún día al dominio de las realidades. Algunos espíritus las encaran con sangre fría, incluso las desean. Así el escritor alemán Ernst Junger que en su reciente obra "Tempestades de acero" escribe fríamente las siguientes líneas sobre el conflicto futuro: "Está en marcha una época de una brutalidad tal que no podemos imaginar; es más, ya estamos hundidos en ella. En presencia del hecho, todas las discusiones se desvanecen en humo. La invitación a la acción, ola de cresta rojo sangre, pasará sobre la nueva Europa y arrasará todo a su paso: discursos huecos y estériles, que nos fatigan, mercachifles, literatos y débiles. Pues la paz no está junto al débil, sino al lado de la espada".

Hace más de ochenta años celebrábase en París, en julio de 1849, una asamblea de buenas gentes que se llamaba el "Congreso de la Paz". Fué nombrado presidente Víctor Hugo. Dirigiéndose a los representantes pacíficos de ambos mundos, el gran poeta pronunció estas palabras entre los aplausos frenéticos de la asamblea:

"Llegará un día en que las armas se os caerán de las manos. Llegará un día en que la guerra parecerá tan absurda y será tan imposible entre París y Londres, entre San Petersburgo y Berlín, entre Viena y Turquía como sería imposible y parecería absurda hoy entre Rouen y Amiens, entre Boston y Filadelfia. Llegará un día en que vosotras, Francia, Rusia, Italia, Inglaterra, Alemania, sin perder vuestras cualidades diferenciales y vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una realidad superior, llegando a constituir la fraternidad europea... Llegará un día en que se verá a estos dos grupos inmensos, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa tenderse la mano por encima de los mares y combinar juntas, para extraer de ello el bienestar de todos, estas dos fuerzas infinitas; la fraternidad de los hombres y el poder de Dios".

"Llegará un día"... Han pasado más de ochenta años desde que Víctor Hugo formulaba esa profecía y he aquí que su realización, empero los loables esfuerzos de la Sociedad de las Naciones, nos parece, si no improbable, al menos bastante alejada todavía.

Resulta ¡ay! temible que antes que con la persuasión nos sea necesario contar con el miedo para que la humanidad se tranquilice un poco. Por ello debemos alentar a los inventores de las más nefastas maquinarias, de los proyectiles más monstruosos, de los gases y de los venenos más espantosos. Las guerras no cesarán por el advenimiento de una civilización mayor, sino por la necesidad de conservación de la especie humana. ¡La paz por el miedo!

Otro gran poeta, que se llamaba Lord Byron, encaró bajo esta forma paradójica una realidad que quizá se imponga mañana: "La paz reinará en el mundo el día en que todo hombre tenga en la palma de su mano algo con que hacerlo saltar".

Los poetas tienen siempre razón. Pero Lord Byron no impide que Víctor Hugo tenga la suya. Esperemos, con toda nuestra alma, que la profecía de este último sea la que se realice algún día por el más alto honor y el mayor bien de la humanidad.

• GEORGES MAUREVERT •

(Para LA NACION) PARIS, enero de 1931



DIBUJO DE REYNALDO LUZA

LA SILUETA QUE ESPERAMOS

POR LA MARQUESA DE SAN CARLOS

PARECE probable que la nueva moda no nos impondrá un cambio de la silueta actual.

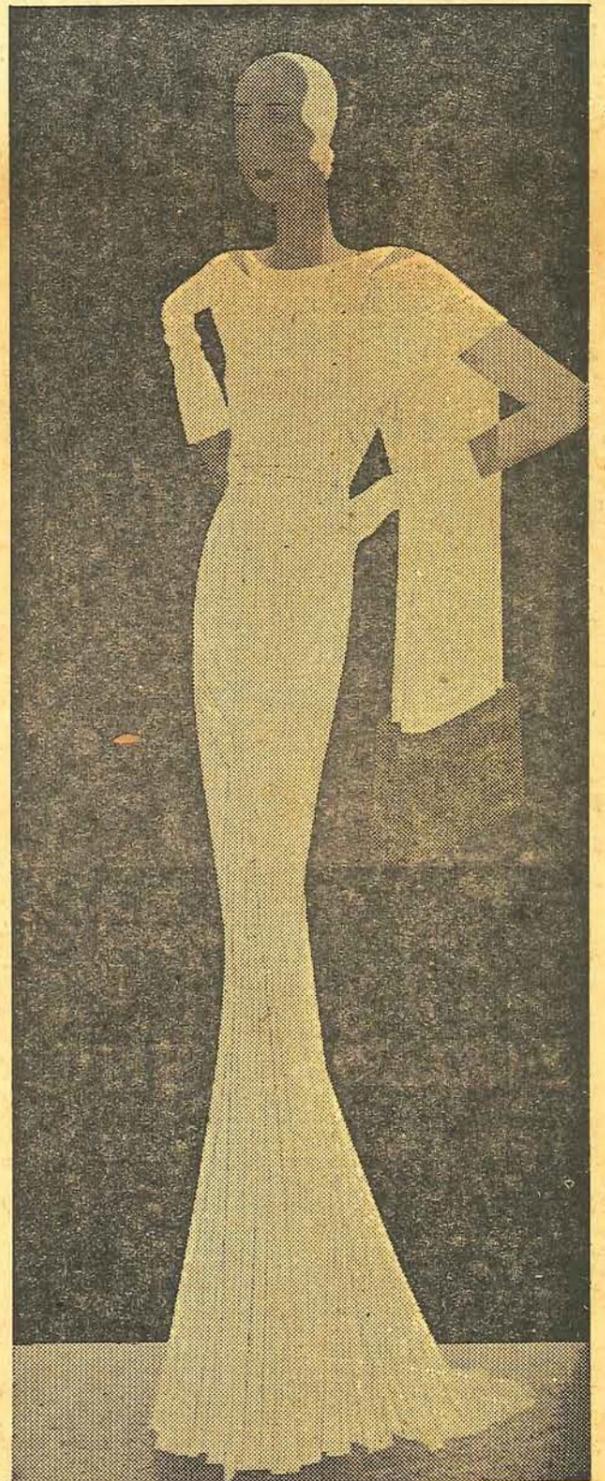
Una suposición inspira al mismo tiempo el sentimiento de duda y la duda debería existir cuando expresamos una opinión anticipada... Las preguntas con relación a la moda futura son tantas y tan frecuentes, que sin darnos cuenta caemos ya en la tentación de hacer uso de las informaciones más o menos exactas, que hemos recogido en espera de una nueva moda que se intitulará Primavera de 1931.

Colores, variedad de tipos, distintas combinaciones de abrigos, son la nota más importante y la que deberemos estudiar al seleccionar las nuevas "toilettes" de noche.

Esta es la primera vez después de mucho tiempo — podría decirse de años — que los conjuntos de un color se ven seriamente atacados por la aparición sensacional de combinaciones que forman extrañas armonías tal como el azul turquesa con rojo obscuro, el verde pálido con violeta y en ciertas ocasiones tres colores

Este traje de noche de JANE REGNY es en "crepé satin" blanco para las noches frescas de verano, dispone al mismo tiempo de un chal que remata con unas franjas de marta. Este traje, a pesar de su corte complicado pero inteligente, conserva sin embargo su simplicidad de líneas en el conjunto

El mismo traje visto de frente es tan interesante como el dibujo tomado de atrás. Termina en una pequeña cola "plissé" como la del frente y los costados



uniendo el beige con rojo y azul marino claro. El blanco, rosa, turquesa, verde pálido, son los colores que más en boga tienen últimamente en París y para contrastar con ellos, algunas mujeres llevan de noche el azul marino y a veces marrón, en particular cuando el vestido es de encaje o de muselina, y si es para un uso de "demitoilette". París opina que el chic de una "toilette" existe en la armonía entre el vestido, abrigo y accesorios. En lugares tan conocidos y frecuentados como la Opera, Ciro's los viernes de gala, Monseigneur después del teatro, se han notado muchos vestidos blancos con guantes largos y joyas de color turquesa; vestidos negros con zapatos, abrigo y pañuelo colorados de tono fuerte. Una señora de cierta edad se destacaba llevando un vestido de encaje gris con guantes y abrigo violeta y no lejos de ella, una linda joven morena luciendo un vestido rosa y adornándose con turquesas. Es frecuente el uso de abrigos de color guarnecidos de zorro negro para ser llevados sobre vestidos negros; también se han visto algunos vestidos blancos acompañados de abrigos y guantes negros. Estos ejemplos dan una idea de lo que es posible, cuando todo contribuye a la armonía del conjunto.

Otra cosa sumamente importante es la variedad de tipos de "toilette" que la "parisienne" declara necesitar según si es para ir al teatro, a una comida íntima o si por lo contrario la ocasión exige el vestido muy escotado. En París decimos el número de gran "toilette" o de pequeña "toilette" y así clasifica la mujer su ropero, que encierra los vestidos que convienen para cada ocasión. Los vestidos denominados "petite toilette" son generalmente de color sobrio, de corte sencillo, sin mangas pero poco escotados y a veces llevando una chaquetita pequeña del mismo tejido que el vestido. El uso de este tipo de "toilette" pertenece a un gran número de ocasiones, tanto para el teatro como para asistir a comidas íntimas. Existe también otra categoría o manera de vestirse, cuyo origen lo instituyó el "negligé", pero poco a poco se ha transformado y hoy es el pijama que las mujeres usan, y que muchas han adoptado para recibir en sus propias casas, mientras que en verano su uso es general y se extiende cada día.

Repito lo que ya hemos dicho con relación a las siluetas de noviembre y diciembre, pero la variedad de los escotes en los vestidos de noche ha aumentado extraordinariamente y merece especial atención. De Vionnet vemos vestidos muy altos delante que vienen en punta a enroscarse al cuello para dejar en desnudo la espalda y los hombros. Otra variedad son los escotes de los modelos de Patou que evocan los arneses más lindos y Augusta Bernard ha continuado adornando sus escotes con guirnaldas de florecitas.

Una de las últimas tendencias la marcan los cuerpos ajustados y una reacción contra las faldas demasiado largas; todo esto parece indicar que la nueva moda será la afirmación de la actual y aunque acaso más ligeros, porque el verano requiere más ligereza, los modelos conservarán sin embargo las mismas proporciones; el talle bien en su sitio, la falda redonda y amplia.

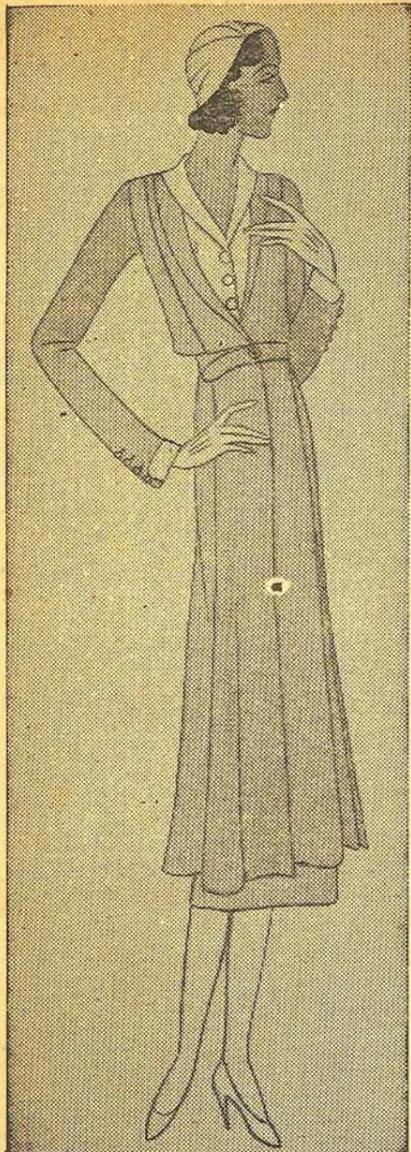
Antes de poder enseñar los modelos de las nuevas colecciones, les enviamos ya estos dibujos de Patou, O'Rossen, Jane Régný y Creed creados para la Costa Azul y que por consiguiente, son los últimos que tal vez nos han revelado un aspecto de la moda futura...

La lencería de estos últimos meses raramente es de linón de hilo, sino de crespón de raso en color, de vuela, muselina de seda; nada de telas. Las camisas y pantalones se reducen más y más, van guarnecidas de calados a mano, con incrustaciones o encajes; pero como el lavado se hace problemático, a menos de hacerlo en casa, la mayoría de las mujeres no quieren sacrificar riquezas. Pero el cambio merece atención, dado que los nuevos tipos de prendas son maravillas de elegancia y delicadeza. Las incrustaciones sobre ciertas camisas de muselina de seda negra, producen por la noche gran efecto con el mejor vestido negro. Por otra parte, las guarniciones de muselina de seda rosa incrustadas de encaje negro se han hecho muy corrientes. Algunas mujeres jóvenes llevan camisas de noche en forma de vestido "Directoire", lo que es una gran elegancia colocando sobre estas camisas una bata abierta por delante, que deje ver su forma adecuada. La bata puede ser de raso, forrada de lana para las friolentas.

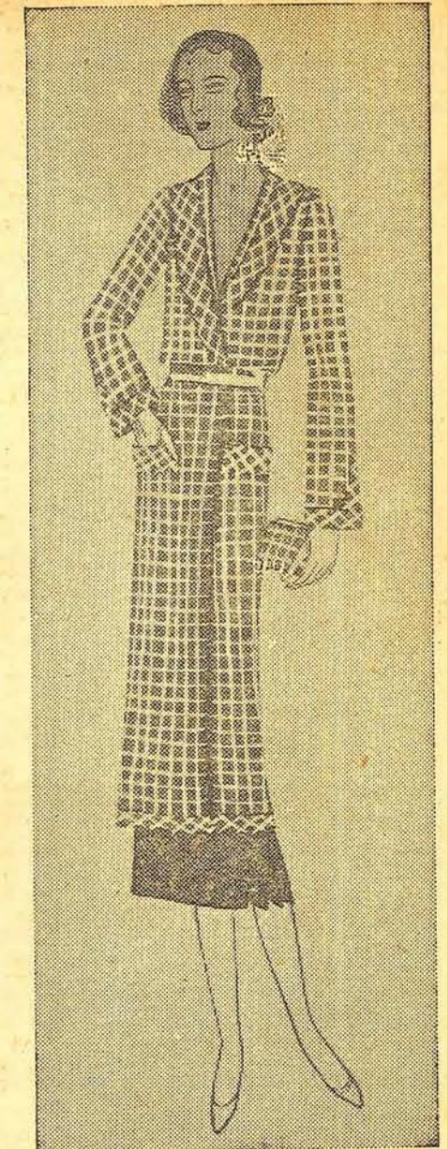
(Para LA NACION) PARIS. enero 1931

PATOU exhibe este modelo de primavera en una tela liviana azul, blusa en "crêpe georgette" blanco

Traje sastre encantador en "crêpe de Chine" rosa "broché", para niña, de CHEZ PATOU



Modelo muy chic de O'ROSSEN en lana liviana beige, con chaleco en piqué blanco



O'ROSSEN ofrece en su última colección este traje estilo sastre en azul y blanco

Traje estilo sastre en "Tweed" negro y blanco con blusa en "crêpe de Chine" blanco. Modelo de JANE REGNY

Conjunto para viaje en angola negro "pointillé" blanco, de la casa CREED; pañuelo en "surah" amarillo y negro

LAS MIL Y UNA AVENTURAS

CAPITULO XV

(PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)



El primer viaje dentro de mi país me desposó con la Selva; el primer viaje fuera de mi país me fraternizó con el mar. Entre el Mar y la Selva se repartieron mi vida y engendraron mi Arte. No en vano, en la vida tropical que por todos los poros de mi Arte parece transpirar, lo que no es frondosidad es ola, por lo mismo que la selva llega hasta la orilla del mar.

El mar de mi niñez fué despertando en mi espíritu, con la visión de sus horizontes abiertos, el interés por la aventura, el deseo del viaje, el afán por lo desconocido. Cuando rasgué sus cristales por primera vez con rumbo al extranjero, sentí despertar con la mayor amplitud la conciencia de mí mismo. La selva había caracterizado mi personalidad; el mar la completaba.

El primer canto de mi "Odisea" podría ser, en verdad, un himno al Grande Océano.

Así, en tanto que mi nave avanzaba hacia el Norte, mi fantasía remontaba los siglos pretéritos, en que este mar abuelo permaneció sumido en el misterio, lamiendo las costas maravillosas de Ofir, de Cipango y de Catay, después de haber sepultado en sus profundidades la fábula de la Lemuria con sus cíclopes de siete metros...

En proporción con la trascendencia del pasado mítico del Grande Océano, se ofrece a mi fantasía el futuro de las cosas que voy recorriendo, hasta que se me presenta, como remache de la corriente submarina de Humboldt—responsable de la aridez del litoral peruano—la bahía de Payta, magnífica y acogedora, dentro de una herradura con capacidad bastante para la fraternal cita de todas las escuadras del mundo y con ondas de acariciadora voluptuosidad que, letárgicamente, alcanzan a deshacerse en las playas en un casi imperceptible pincelazo de espumas.

La bahía de Payta señala el camino de Asia, como con un índice, con la Punta Fariña, que es el extremo occidental del Continente. Abiertos los canales de Panamá y Nicaragua y acaso los cinco caminos más que Humboldt señalara para comunicar el Atlántico con el Pacífico, la intensificación que, en los tiempos venideros, ha de tener la navegación del Asia, podrá hacer de Payta la última escala continental, acudiendo, así, al faro

que se levante en la Punta Fariña las naves de vapor como acudían los veleros de la Antigüedad a la atracción del Faro de Alejandría.

Las tierras que se desdoblaron desde Payta, a mi vista, tienen que hacerme la impresión de Egipto, ya que se les parecen hasta en la periodicidad de las lluvias, determinante del cultivo de los algodones más preciados del mundo.

Pienso en el ferrocarril que partiendo de Payta atraviesa el Marañón antes del Pongo de Manseriche para ir a coger la gran red del Amazonas en cualquier punto navegable por buques hasta de nueve pies de calado.

Payta asume las proporciones, así, del nudo que ata las vías interoceánicas del Istmo Centro-Americano con la vía fluvial que es, sin duda, la aorta del Continente.

No hay que olvidar, en este punto, que los ingenieros tienen la obligación de hacer realidad el sueño de los poetas.

Muy de madrugada recibo, al día siguiente, la impresión que me dan, por primera vez contemplados por mí, los espasmos de la selva y el mar. La isla de Puná se me antoja como el canastillo de bodas, florido y exuberante, puesto por una hada madrina en la boca del Guayas, que arrastra el temblor de sus escamas por entre dos cortinajes de frondosidades de seda.

Después del calor seco de los arenales de Payta, que hace pensar en Egipto, el calor húmedo de las selvas del Guayas me hace pensar en el Ganges.

La impresión del mar que llenó toda mi niñez y la impresión de la selva que caracterizó mi juventud, hicieronme una sola en mi edad viril, completando a la vez el fondo psíquico de mi Arte, tanto como el de mi vida.

Esta conjunción de impresiones realizase, precisamente, en la línea ecuatorial que, de este modo, por lo que a mi Arte y a mi vida se refiere, divide por mitad también mi espíritu.

Nada más pintoresco que el espectáculo que ofrece a mis ojos el primer viaje fluvial que hago, entrando a Guayaquil.

Por entre el encarrujamiento con que las frondas se alargan a ambos lados del río, éste asume en mi fantasía actitudes de leyenda, en que Guayaquil sugiere el encantamiento de una Princesa enredada en la cola de un dragón...

Se abre Guayaquil paso por entre la espesura para mirarse con el millón de ojos de sus ventanas abiertas por el ardor del trópico, en los espejos fugitivos con que parece que el río quisiera escamotear su imagen temblorosa... Hay en tal ciudad bordada en la orilla de un río cierto sentido provisional de vida, como si la sintiese correr presurosa a la manera de las aguas que la acarician. La voluptuosidad con que me: su imagen en la hama del río le hace vivir una vida de languidez y ensueño. Su arquitectura es frágil, graciosa, femenina, como labrada toda ella en madera, por no poder serlo en humo, dando una ilusión de castillos en el agua que se levantan como con el empeño de convertirse en castillos en el aire.

No sé yo del faquirismo que se extasia en la contemplación del buen río sagrado, pero sí sé de la noche ecuatorial que

Estatua de don José Joaquín de Olmedo en Guayaquil

EL PRIMER CANTO DE MI ODISEA

POR

JOSE SANTOS CHOCANO

cuajada de estrellas suele partirse por mitad para hacer dos ojos...

Toda la ciudad baila con pies ligeros a lo largo del río en una danza religiosa en que las palmeras ponen en su mano el cetro de un abanico.

Cuando salto a tierra, al recorrer las calles, tengo una sensación aérea, fácil, fugitiva y pareceme que el suelo resbala bajo mis pies en una ficción escurridiza, en que voy caminando como se camina en sueños.

Los entonces jóvenes poetas Gallegos del Campo—altos valores intelectuales de su generación—me pasean por su ciudad. Ese es el mármol de Olmedo; ése es el bronce de Rocafuerte. El gran poeta de la gesta boliviana se vale de mi espíritu para enviarle un saludo al gran ecuatoriano que fuera primer representante diplomático de Méjico en Europa, continentalizando su ciudadanía de manera ejemplar para toda nuestra América.

La estatua de Sucre despierta en mis amigos el deseo de llevarme a conocer a la sobrina del prócer, que es una proverbial varona, en cuya docta mano la lira luce tanto como la espada en la de su glorioso antepasado.

Dolores Sucre me habla de su compatriota y noble amigo mío Numa Pompilio Llona.

Evocada por la insigne mujer, se aviva en mis recuerdos la figura del gran poeta ecuatoriano, que a su vez es como un prócer de las letras.

La noche en que le conocí en Lima acababa él de llegar de Guayaquil. En Guayaquil, su nombre pronunciado por labios de poetisa cobra virtud mágica, y me parece verlo en Lima. La espuma de sus canas se arremolina en el gesto, mientras que él me lee, con ritmo solemne, uno de sus grandes poemas. Rodéanle su esposa—la poetisa limeña Lastenia La Riva—y los numerosos hijos, que lo revisten de una apariencia patriarcal.

La lectura que me hace es de una de sus obras máximas: "Una noche de dolor en las montañas". Sabido es que su otra obra máxima es la "Odisea del Alma". Ambos poemas son de tono mayor, de ritmo grave, de emoción ritual. Recitábalos él con voz cavernosa de sacerdote oficiante. Hay en esos poemas de molde homérico-pindárico la musculatura atlética que han dado en llamar "ampulosidad" los atiplados "poetisos" de hoy...

Es natural que resulte "ampulosa" la figura del león para los ojos de la codorniz.

León de mármol se me antojaba el anciano y robusto poeta, en cuya boca los versos ponían su panal de miel. "Una noche de dolor en las montañas" hace pensar en el amargo elixir de la filosofía de Leopardi, vaciado en las ánfo-

ras bronceas de las octavas reales del Tasso.

Cuando salgo de mi visita a Dolores Sucre, mi espíritu está en Lima, en donde Numa Pompilio Llona entonces vive, después de haber traído de Roma la "Columna del 2 de Mayo", en donde aparecen unidas a perpetuidad por la escultura las figuras simbólicas del Ecuador, del Perú, de Chile y de Bolivia.

En mi charla con los hermanos Gallegos del Campo por las calles de Guayaquil, tras del nombre de Numa Pompilio Llona fluye en mis recuerdos el de Nicolás Augusto González. Este poeta también guayaquileño, cruza por entre los años centrales de mi adolescencia en el coro que sigue a Manuel González Prada.

En tal generación, Nicolás Augusto González desempeña, en Lima, un papel semejante al que desempeñara Numa Pompilio Llona en la generación de Don Ricardo Palma.

Poeta brillante, periodista dinámico, espíritu múltiple, Nicolás Augusto González paseó su vida aventurera, con gesto mosqueteril, por gran número de países de América; y dejó despararrada su labor, que generosamente prodigara, con el gesto de un Rey que vaciara sus graneros en dádiva permanente a sus súbditos, que en el caso del ilustre apolonida ecuatoriano éranlo sus lectores.

Si Don Numa Pompilio fué como padre mío en la primera mitad de mi adolescencia lírica, Nicolás Augusto fué en la segunda mitad mi hermano mayor: ambos poetas ecuatorianos tuvieron gran contacto con mi espíritu; y los recuerdos de ambos se hacen uno solo que se prolonga en un sentido de cariño familiar.

Estos dos poetas que, nacidos en el Ecuador, vivieron buen tiempo en el Perú, sin desasirse del sentimiento patrio, alentaron amor por el país en que siempre se les tuvo en condición de propios ciudadanos.

En el espíritu de ambos poetas se había resuelto el problema limítrofe entre el Perú y el Ecuador, borrando las fronteras, que es como en el mío se resolverían todos los problemas semejantes entre pueblos que, a pesar suyo, están unidos y aun confundidos en la Naturaleza y en la Historia.

Nunca me he explicado las disputas de tierras, que enconan las pasiones en nuestros pueblos incipientes.

El problema territorial propio es de Europa, en donde la proporción de 60 y aun del doble de pobladores por kilómetro cuadrado, hace de cada palmo del suelo nacional una necesidad de vida. El problema de la América tropical, en vez de ser de territorio, tiene que ser de población.

La afirmación de Alberdi, en que parece ser que se hubiese vaciado toda la inmigración que ha hecho la Argentina, tiene un valor de permanente actualidad — y lo tendrá por mucho tiempo — para todos nuestros países tropicales, en donde ya no "gobernar", solamente, sino "existir", propiamente, es "poblar". Hay que substituir la disputa por la cooperación: el Ecuador y el Perú tienen el deber de contemplar el destino común de sus pueblos desde la altura de los siglos venideros. Basta para ello pensar en lo que ambos pueblos llegarán a ser, aun

Monumento al Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre

contra sus mismos propósitos, dentro de siquiera cien años.

La región amazónica es, precisamente, una refundición con que la Naturaleza prepara el camino de la Historia. De la misma manera que las más diversas aguas bajan de las alturas del Ecuador y del Perú a confundirse en la gran vía fluvial del Amazonas, los pueblos mismos, cediendo, sin darse cuenta, a las leyes de la gravitación histórica, se refundirán también en esa vasta zona, a que concurren tantos otros países, para preparar lo que Humboldt dijo que será "cuna de una nueva Humanidad".

Mientras que así discurro, la imaginación de los hermanos Gallegos del Campo mide con rieles de ferrocarril la distancia de Guayaquil a Quito, que era entonces una necesidad vivamente sentida.

—Vías de comunicación, antes que nada: la población es formada por ellas. Un ferrocarril puebla un desierto. La función crea el órgano. La idea del ferrocarril de Guayaquil a Quito domina a Eloy Alfaro como había dominado a García Moreno.

Estos dos nombres, con ser antagonicos, parecen completarse. Son ellos como los dos rieles — perpetuamente distanciados — sobre los que se desliza la locomotora de una misma voluntad, arrastrando los carros cargados de un progreso vital. Las ideologías más contrarias se ponen al servicio de la necesidad de nuestros pueblos. El buen gobernante que sabe filosofar, sabe también que "primero es vivir"...

Finaliza su primer período presidencial Eloy Alfaro.

He aquí el tipo de caudillo tropical, macizo de carácter, aureolado de ensueños.

La ley atávica ha recogido el bronce en que estaban fundidos los conquistadores, los piratas, los encomenderos, los inquisidores, los negreros, todos los hombres de presa de la América roja; y después de depurarlo en el crisol de la Independencia, le ha insuflado el espíritu de los próceres, para troquelar la personalidad complicada de los grandes caudillos.

Eloy Alfaro vive fantasías que parecen arrancadas a los cuentos de "Las Mil y una Noches": lo mismo se sumerge en las aguas con el cuchillo luminoso apretado en los dientes, para rasgar el vientre del tiburón que lo amenaza, como se remonta en los aires, cabalgando, quiétescamente, sobre los seis o siete metros de envigadura del cóndor de los Andes.

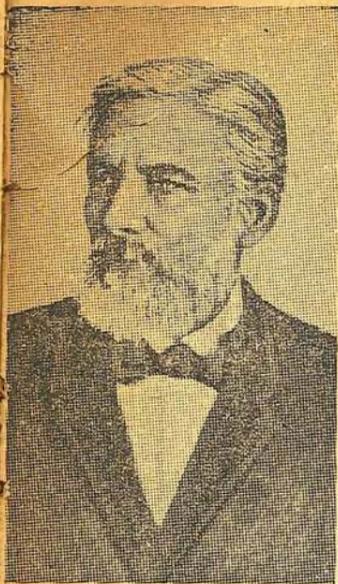
Gran señor de las proezas,



EL PRINCIPE JORGE

Por PATRICIO D. MURPHY

(Para LA NACION) LONDRES, enero de 1931



Numa Pompilio Llona

no me interesa tanto en su actitud presidencial cuanto en su bello gesto.

Pequeño, desgarbado, nada elegante, él sacrifica las formas al fondo de su espíritu, en que se ve nadar el resplandor de la belleza.

Tal el héroe engendrado por el pensador, tal la espada descendiente de la pluma maestra de las "Catilinarias".

El alma de Eloy Alfaro es para mí tan bella como cualquiera de las páginas escritas por Don Juan Montalvo.

Antes de reembarcarme, los hermanos Gallegos del Campo me hacen conocer la casa en que hubo de celebrarse la famosa entrevista de Bolívar y San Martín.

La última impresión que recojo, así, de Guayaquil, me la da la Historia, haciéndome contemplar, desde la altura de cien años, la conjunción de dos espíritus que completan el de toda la América.

No en vano tal entrevista hubo de realizarse en la precisa línea ecuatorial, en que se ensancha el mundo; y bajo la rotación de las doce aspas del Zodíaco.

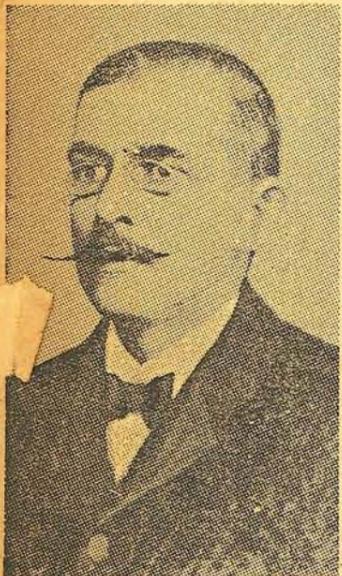
¡Sólo el misterio sabe lo que hablaron!

A juzgar por lo que después vino, el Ande dialogó con la Pampa. El espíritu de Bolívar era imponente y dominador como el Ande; el espíritu de San Martín era generosamente abierto, como la Pampa!

Por eso, en tal entrevista, Bolívar es todo él Resolución y San Martín es todo él Abnegación.

Cuando mi nave desanda el río, para seguir en el mar, con rumbo al norte, la noche me hace sospechar a Bolívar desnudando su espada en un relámpago y a San Martín alejándose con el signo redentor de la Cruz del Sur levantado en la diestra...

Nicolás Augusto González



JORGE Eduardo Alejandro Edmundo; Caballero de la Orden de la Jarretera;

Gran Cordón de la Orden de Victoria; Teniente de la Real Marina de Guerra.

Tal es el nombre y algunos de los títulos del más joven de los miembros de la Casa de Windsor. Nació el 20 de diciembre de 1902. Es un simpático y elegante muchacho; el mejor mozo de los varones reales de Inglaterra. De una timidez atrayente y seductora, no aparenta tener más de 20 años, a pesar de que acaba de cumplir 28. Tiene los ojos azules del padre, y, aparte de ser más alto, es, entre sus hijos, quien más se parece al Rey. La semejanza es notable si se compara una fotografía del monarca cuando joven con una del príncipe Jorge, en la actualidad.

Si su nerviosidad lo inhibe para ser francachón y conversador según la tradicional manera de los marinos, tiene todo el deseo de divertirse que distingue al oficial de marina cuando está "de franco" en tierra.

Adquirió gran popularidad entre los oficiales y tripulantes de los buques en que estuvo destacado, y se asegura que jamás trató de eludir los servicios que, a su turno, le correspondían, simplemente porque se trataba de un hijo del Rey (lo que hubiera sido inexcusable) ni tampoco debido a una razón más admisible, como la de su salud delicada.

Esta fué la que le obligó a abandonar su carrera de oficial de la Armada. Sufre de mareo, debilidad que no debe avergonzar ni a un marino profesional. Muchos distinguidos almirantes nunca gozaron de completa invulnerabilidad en este sentido. Su padre, el Rey, oficial de la Armada y yachtsman entusiasta, tampoco es buen marino en este sentido. En el caso del príncipe Jorge, la causa consiste en una debilidad constitucional de los órganos digestivos. El príncipe de Gales ama la comida sencilla, porque no da mayor importancia a la reputación de ser "gourmet". A menudo en su club se contenta con un fiambre y un whisky con soda. Jorge se cifié a los menús sencillos porque está obligado a hacerlo. Cuando las tareas y las diversiones del día han pasado, al príncipe de Gales le agrada sobre todo una merienda muy modesta: queso, café y un coñac añejo, seguidos de un buen cigarro; y no tiene que pedir disculpas ni alterar el menú de su casa cuando está presente su hermano Jorge, cuya delicada digestión lo restringe en su selección de



EL PRINCIPE JORGE DE INGLATERRA

platos y en la cantidad que come.

Es la primera visita que Jorge hace a la América del Sur, pero ya ha visto mucho mundo. No sólo lo ha visto en ocasiones de visitas oficiales y semi-oficiales; lo ha recorrido también como miembro de la marina de guerra británica, como oficial subalterno y como hombre que toma y aprovecha las oportunidades echando a un lado las prerrogativas de su rango real. No ha podido gozar de las ventajas que su hermano mayor ha derivado de sus viajes a casi todas partes del mundo y de su trato con gente de todas clases, porque durante muchos años estuvo sometido a la atmósfera y actuación restringidas que ofrece la marina de guerra en aguas británicas y en la China.

En la marina era conocido por "P. G." (sus iniciales en inglés); pero sus amigos íntimos le llaman "Bebe". Así lo llama siempre el príncipe de Gales, para quien es el hermano favorito. Son buenos compañeros y más que hermanos, amigos, desde que Jorge regresó de la China y se retiró de la Armada. Frecuentemente andan juntos, ya sea en las canchas de golf, como en los aeródromos y en las recepciones y bailes. Pueden hablar de aviación pues ambos son pilotos y los dos hicieron su aprendizaje en el mismo aparato; hablan de motores, de automovilismo y de velocidades; ambos son buenos conductores y les gusta manejar sus autos; pero Jorge es mucho mejor volante.

Como bailarín Jorge también es muy superior. Es el mejor bailarín entre los miembros de la familia real y hace dos años ganó un

curso de baile en Cannes, al sur de Francia. Naturalmente, no reveló su identidad y el jurado ignoraba la presencia del augusto competidor. Sus aptitudes para el baile se deben a que es de temperamento más calmado y de buena estatura, y porque, — gracias a sus habilidades musicales y a su amor por la música, — tiene más el sentido del compás y del ritmo. El baile para el príncipe de Gales es una diversión y para Jorge es... bailar.

El Príncipe de Gales toca bien el tambor de jazz y el ukelele. Jorge, aunque no muy amante de la música clásica, tiene inclinaciones más serias en sus gustos musicales y es un pianista bastante discreto. Muchas veces en tertulias entre amigos, toca de oído las piezas populares del momento y selecciones de las operetas en boga. Tiene una excelente memoria.

Jorge es un gran admirador del "ballet" ruso. Noche tras noche ocupaba una butaca en la primera fila de platea durante las exhibiciones de "ballet" de Diaghileff. Probablemente, también la policromía de género artístico lo atraía. El departamento que Jorge ocupa en el palacio de Buckingham está decorado con una combinación de colores de tonos vívidos y zarazas "chillonas" cubren los sillones. Amante del arte pictórico, también, tiene una buena colección de acuarelas. Es un asiduo "habitué" del cinematógrafo. Entre los artistas del teatro inglés, cuenta con muchos amigos.

A este simpático Príncipe no le gusta hacer discursos; pero, llegado el momento ineludible, puede pronunciar uno bueno. Tiene una

linda voz y una sonrisa muy atrayente. Siempre está bien informado respecto a los tópicos de actualidad, pues lee con avidez muchos diarios. Uno de sus hábitos es el baño turco una vez por semana, y en el cuarto "enfriador", es fácil verlo con varios diarios, fumando un cigarrillo. Habla y discute sobre cualquier tema y su modestia natural le impide hacerlo con floreos y circunloquios innecesarios.

Los dos hermanos, que pronto serán huéspedes de la República Argentina, son dos personalidades interesantes y activas en el mundo, su estirpe y cuna aparte. Podrían, por el hecho de haber nacido hijos de Rey, y, por lo tanto, llevado una vida y actividad demarcadas y restringidas a un surco determinado, limitar su acción al convencionalismo, obrar con entera corrección y hacer lo que sus consejeros indicaren, culpando luego a éstos por cualquier error. Pero, no. Están vivos y viven. Les gustan las aventuras. Tienen coraje y detestan las demostraciones.

Hace poco tiempo Jorge sufrió una caída durante una cacería de zorro y, como consecuencia, la luxación de una clavícula. El Príncipe de Gales, que participaba en la misma cacería, frenó su cabalgadura y se dirigió al hermano para preguntarle si podía levantarse por sí solo. "Si, yo estoy bien, vete y continúa con la corrida", dijo Jorge, pálido y visiblemente dolorido. El hermano mayor, que sabe por experiencia propia lo que son fracturas de huesos en cacerías, agregó: "cuídate" y partió al galope. La cacería de zorro es un deporte que no admite delicadezas. Hay que tomar los golpes sin lloriqueos. Hubiera sido poco apropiado que el Príncipe de Gales demostrara demasiada inquietud por su hermano y regresara con él, porque hubiera significado, probablemente, la suspensión de la cacería. A Jorge, bajo un anestésico, lo atendía un médico unas horas después; y, felizmente, el pequeño accidente no alteró en un ápice el programa ya trazado para la visita de los Príncipes a la República Argentina.

El cutis grasoso

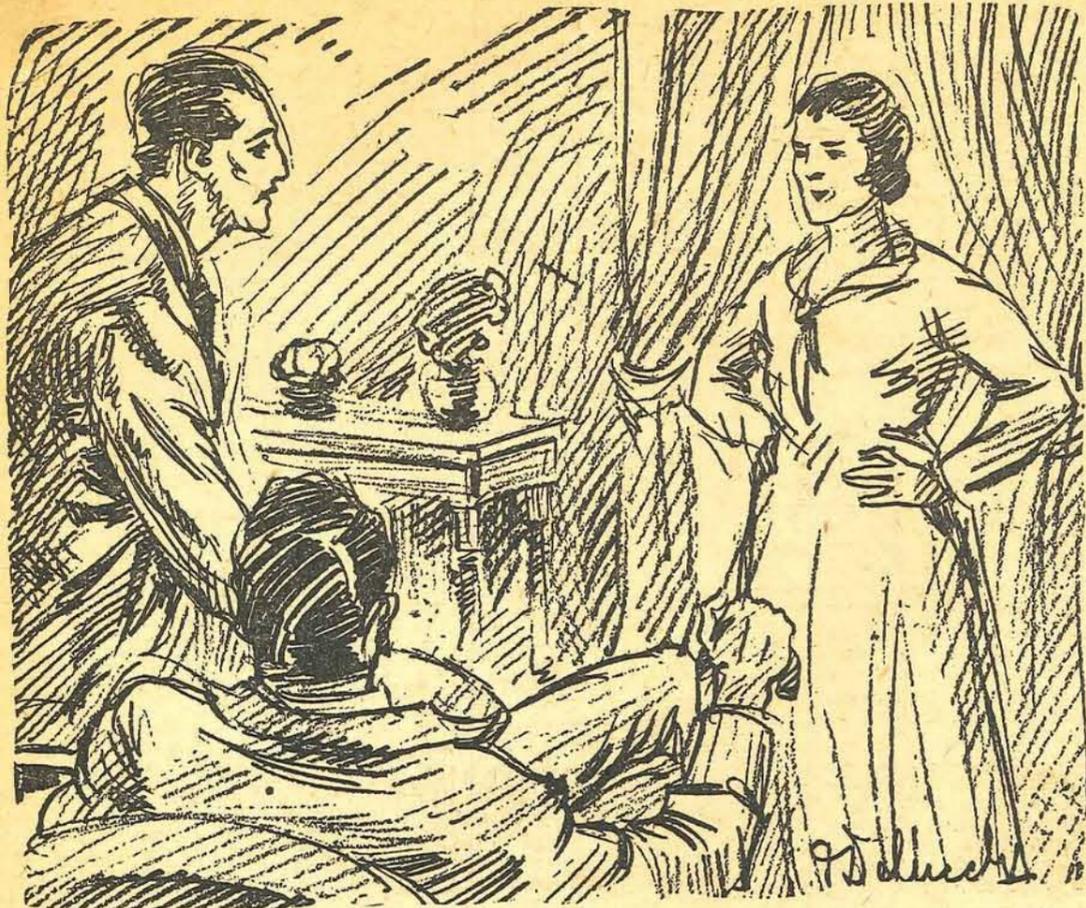
Las señoras que lo poseen están más favorecidas que las que tienen la epidermis seca, pues es más resistente y las tan temidas arrugas de la vejez siempre llegan más tarde. La Crema Vasenol, que suministra a la piel sus elementos nutritivos, no debe confundirse con las anunciadas cremas exentas de grasa que no son otra cosa que sustancias jabonosas que aunque ablandan el cutis, no lo conservan, aprestando por esta causa su envejecimiento. Si quiere cuidar su rostro de un modo natural y científico, use siempre la Crema Vasenol.



COMIDA FRACASADA

Dibujos de GEO McMANUS





El misterioso crimen del escarabajo

Por S. S. Van Dine

Ilustración de Pedro Delucchi

Buenas tardes, Dingle — dijo Vance sentándose en el borde de la mesa

so a abandonar el comedor, llevándose consigo a Dingle, pero Markham les detuvo con un ademán.

—Tráigame usted una vasija pequeña de cualquier clase, Brush—ordenó—. Quiero recoger de ese aparato los restos del café.

—No quedan restos de ningún café—dijo, agresiva, la cocinera—. Limpié el cacharro ese a las diez de la mañana.

—Dios sea loado por ello —suspiró Vance—. Si hubiese usted conseguido el café para que lo analizaran, se hallaría más lejos de la verdad que nunca.

Y con esta observación extraña, encendió un cigarrillo y se puso a contemplar una de las figuras egipcias que adornaban la pared.

(Viernes 13 de julio; 1.15 tarde).

Minutos después el ayuda de cámara nos sirvió el té.

—Es Taiwan legítimo, señor —anunció orgullosamente a Vance — y no he puesto manteca en las tostadas.

—Tiene usted una rara intuición, Brush — elogió Vance—. ¿Y qué hay de la señora y Mr. Salveter? No han almorzado tampoco.

—Me pidieron té hace un rato. No desean nada más.

—¿Y el doctor Bliss?

—No me llamó todavía, señor, pero no me extraña, porque suele quedarse muchos días sin almorzar.

Al cabo de unos diez minutos Vance requirió de nuevo a Brush, que se hallaba en la cocina.

—¿Quiere usted decir a Hani que venga?

El ayuda de cámara pestañeó repetidamente.

—Muy bien, señor.

Se inclinó, rígido, y marchó a cumplir la orden.

—Hay un par de extremos —explicó Vance a Markham— que debemos poner cuanto antes en claro, y tal vez Hani pueda ilustrarnos sobre ellos. Le repito a usted que el asesinato de Kyle se me antoja el detalle menos diabólico de todo este complot. Confío muchísimo en lo que habremos de saber de labios de Salveter y la señora Bliss, y por eso me interesa acumular de antemano todas las municiones posibles.

—Pues yo digo — intervino Heath — que aquí ha sido quitado de en medio un ciudadano, y que si consiguiera echar el guante al autor, no pasaría ni siquiera una sola noche en vela devanándose los sesos acerca de complots.

—Qué lamentablemente enérgico es usted, comisario... — se dolió Vance sorbiendo su té—. Echar el guante al asesino es muy sencillo. Pero aunque le tuviera usted ahora mismo en su poder, la investigación de la verdad no adelantaría con ello absolutamente nada. Antes de veinticuatro horas se vería usted obligado a pedirle toda clase de disculpas.

—Como no se las pidiera usted... — exclamó con sarcasmo Heath—. Dígame al oído quién es el tipo que se llevó por delante a Kyle, y le ofreceré a usted una pequeña demostración de interrogatorio de esas que no cuentan luego los diarios.

—Si arrestase usted ahora al asesino — afirmó calmosa-

mente Vance — los diarios contarían muchas cosas, y todas en perjuicio de ustedes dos. Estoy protegiéndolos contra su propia impetuosidad equivocada.

Heath murmuró algo entre dientes, pero Markham miró a Vance con gran seriedad.

—Empiezo a pensar como usted — confesó—. Los elementos de este caso se presentan en terrible confusión.

Se oyeron en aquel punto pasos tranquilos, mesurados, y Hani apareció en el umbral. Sereno e imperturbable como de costumbre, no dió la menor muestra de extrañeza al ver que nos habíamos apoderado del comedor.

—Pase, y siéntese, Hani—le invitó Vance con amabilidad casi excesiva.

El egipcio se adelantó hacia nosotros, pero no se sentó.

—Prefiero permanecer de pie, "effendi".

—Postura más confortadora, desde luego, en las ocasiones de amargura... — comentó Vance.

Hani inclinó levemente la cabeza y no respondió. Su aplomo, típicamente oriental, era formidable.

—Nos ha dicho Mr. Scarlett —empezó Vance sin alzar los ojos del suelo — que la señora Bliss figura en condiciones excelentes en el testamento de Mr. Kyle. La información, según Mr. Scarlett, procede de usted.

—¿No es acaso natural—preguntó Hani con voz suave—que Mr. Kyle se preocupara de su hija adoptiva?

—¿Le refirió a usted que lo había hecho?

—Sí. Confiaba siempre en mí, porque sabía que yo quería a Meryt-Amen como un padre.

—¿Cuándo fué ello?

—Hace varios años... en Egipto.

—¿Y quién más conocía la última voluntad de Mr. Kyle, Hani?

—Tengo entendido que todas las personas de esta casa. Mr. Kyle me lo refirió en presencia del doctor Bliss y yo, naturalmente, hablé de ello a Meryt-Amen.

—¿Lo sabía también Mr. Salveter?

—Yo mismo se lo dije.

Había en el acento una curiosa entonación que no pude interpretar de momento.

—Y se lo dijo usted asimismo a Mr. Scarlett. — Vance miró tranquilamente al egipcio. — No es usted lo que podríamos llamar el depositario ideal de un secreto...

—No estimé que el asunto constituía un secreto — repuso Hani.

—Indudablemente que no.

Vance se levantó y se dirigió perezosamente hacia el samovar.

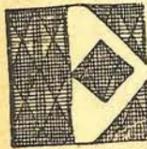
—¿Sabe usted por casualidad si Mr. Salveter habría de beneficiarse también de la generosidad de Mr. Kyle?

—No puedo afirmarlo a ciencia cierta — contestó Hani clavados obstinadamente los ojos en la pared del frente — pero, por ciertas observaciones que Mr. Kyle dejaba escapar de cuando en cuando, creo que sí.

(Continuará).

Un legado testamentario importante

CAPITULO XX



El comedorcito ocupaba casi todo el frente de la casa, pero no era muy ancho: escasamente dos metros y medio.

Las ventanas daban a la acera de la calle y estaban encristaladas con vidrios opacos y ocultos, además, por pesadas cortinas. Decorado exóticamente, en estilo egipcio, el comedorcito tenía en el centro una larga mesa muy estrecha, pintada e incrustada a lo Nuevo Imperio, no desemejante en el fondo al estilo de los muebles y efectos barrocos hallados en la tumba de Tutankhamon.

En un extremo de la mesa aparecía la cafetera, de metal bruñido, con su lamparilla debajo. Vance la examinó sin revelar extraordinario interés, lo cual me llenó de perplejidad. Se asomó al cuarto de servicio, situado entre el comedor y la cocina, y permaneció allí un buen rato mirando al estrecho pasillo que conducía desde la escalera del fondo al frente de la casa.

—Resultaba sencillísimo para cualquiera introducirse aquí sin ser visto—observó—. Advierto que la puerta de la cocina se encuentra detrás de la caja de la escalera.

—Exacto, señor—se apresuró a afirmar Brush.

Vance fingió no darse cuenta de esta vehemencia.

—¿Y dice usted que llevó el desayuno al doctor unos cinco minutos después de haber subido la señora Bliss y Mr. Salveter? ¿Y qué hizo usted luego, Brush?

—Fuí a la sala a limpiar, señor.

—Es cierto, es cierto... Ya nos lo contó usted — respondió Vance pasando la mano una y otra vez sobre la talla del respaldo de una silla—. Y si mal no recuerdo, afirmó usted también que la señora Bliss se marchó poco después de las nueve. ¿La vió usted salir?

—Sí, señor. Entró en la sala y me dijo que iba de compras y que lo pusiera así en conocimiento del doctor Bliss si preguntaba por ella.

—¿Tiene usted la seguridad de que abandonó la casa?

Brush abrió mucho los ojos. La pregunta pareció dejarle estupefacto.

—Seguridad completa, señor —afirmó con grave énfasis—.

Yo mismo le abrí la puerta principal. Se encaminó como hacia la Cuarta Avenida.

—¿Y Mr. Salveter?

—Bajó quince o veinte minutos después y se marchó también.

—¿No le dijo a usted nada?

—Se limitó a anunciarme que regresaría a la hora del almuerzo, señor.

Vance suspiró hondamente y miró el reloj.

—El almuerzo... Les doy a ustedes mi palabra de honor de que estoy famélico—se volvió, doliente, a Markham—. Son cerca de las tres y llevo cinco horas con un té y unos bollitos... ¿Es que tiene uno que morir de hambre sencillamente porque ha sido cometido un crimen absurdo?

—Puedo servir a los señores...—empezó Brush, y Vance le interrumpió en seco: —Excelente idea. Té y unas tostadas nos valdrán de tentempié. Pero hablemos antes con Dingle.

Brush se inclinó y marchó a la cocina. Volvió a los pocos momentos en compañía de una corpulenta y plácida mujer de alrededor de cincuenta años de edad.

—Aquí está Dingle, señor —anunció el ayuda de cámara—. Me tomé la libertad de informarle de la muerte de Mr. Kyle.

Dingle nos miró estólidamente y esperó el interrogatorio, apoyadas las manos en las generosas caderas.

—Buenas tardes, Dingle—dijo Vance sentándose en el borde de la mesa—. Como Brush le ha referido a usted, ha ocurrido en esta casa un serio accidente...

—¿Un accidente? — respondió la mujer meneando la cabeza—. Tal vez lo sea... De cualquier modo, a mí no me pilla de susto. Lo que me extraña es que no haya ocurrido algo hace ya mucho tiempo...

—Al principio creí que fuese Brush, pero en aquel preciso instante salió él del vestíbulo del fondo y me preguntó que cómo iban las tostadas. Y entonces me di cuenta de que tenía que tratarse de otra persona.

—¿Y qué se le ocurrió a usted pensar?

—No se me ocurrió pensar nada.

Vance hizo un brusco gesto y se volvió hacia Brush.

—Tomaremos el té cuando usted quiera.

de acuerdo con lo que es natural...—meneó de nuevo la cabeza con aire escéptico—. Por mi parte, tengo una sobrina muy linda que quiere casarse con un hombre de cincuenta años, y una tarde la agarré por mi cuenta y la dije...

—Estoy seguro de que le dió usted un puñado de excelentes consejos, Dingle—la interrumpió Vance—, pero nos interesaría más escuchar su opinión personal acerca de la familia Bliss.

—Pues ya la ha escuchado usted.

La cocinera enclavijó las mandíbulas con un "¡clic!" que nos hizo comprender en el acto que no habría medio de sacarle una palabra más del cuerpo.

—Muy bien, muy bien... —respondió Vance sin dar importancia a su negativa—. Pero quisieramos preguntarle a usted otra cosa, que no le comprometerá en lo mínimo. ¿Oyó usted andar a alguien aquí en esta habitación hoy por la mañana después de haber salido la señora Bliss y Mr. Salveter, esto es, mientras preparaba usted las tostadas para el desayuno del doctor?

Dingle guardó silencio unos segundos.

—Tal vez sí y tal vez no—contestó al fin—. No presté atención. ¿Quién iba a estar andando por aquí?

—No tengo la menor idea—sonrió Vance amablemente—. Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar.

—¿Sí, eh?

Dingle clavó la mirada en la cafetera y añadió, con una malevolencia patente que no puede explicarme a la sazón:

—Puesto que usted me pregunta, le diré que creo haber oído a alguien servir una taza de café.

—¿Quién pensó usted que podría ser?

—Al principio creí que fuese Brush, pero en aquel preciso instante salió él del vestíbulo del fondo y me preguntó que cómo iban las tostadas. Y entonces me di cuenta de que tenía que tratarse de otra persona.

—¿Y qué se le ocurrió a usted pensar?

—No se me ocurrió pensar nada.

Vance hizo un brusco gesto y se volvió hacia Brush.

—Tomaremos el té cuando usted quiera.

—Ahora mismo, señor.

Dió media vuelta y se dispuso

BRIDGE — CONTRATO AMERICANO
DECLARACIONES INICIALES
DE "DOS" DE UN PALO



Tres instructores del Parque Aéreo de Heston. (De izquierda a derecha) Capitán V. H. Baker (instructor en jefe), Evelyn H. Newman y Geoffrey Mahoney

COMO OBTUVE MI DIPLOMA
DE PILOTO-AVIADOR
(CONCLUSION)

Por LADY DRUMMOND-HAY

(Para LA NACION) LONDRES, enero de 1931

LUEGO me dijo por teléfono que empuñase la "barra", que la moviese hacia atrás, hacia delante y hacia los costados. Completamente sobresaltada, la moví con rudeza. No estaba bien así.

—Manéjela como si fuera dinamita frágil y delicada— me dijo mi profesor en un crescendo de explicación, ruego y mandato, al darme cuenta de que yo me aferraba tenazmente a ella, convencida de que era mi tabla de salvación; pero como el símil de la dinamita no era nada tranquilizador, la solté finalmente. Ante mi asombro y mi alegría sin límites, nada ocurrió de alarmante. El aeroplano no perdió su equilibrio; pero siguió volando con cierta fluctuación.

—Alce la proa— me ordenó la voz del maestro desde adelante.

Recelosa, con la imagen de la dinamita impresa en mi subconsciente, ni más ni menos que la infeliz Reina María llevaba grabada en su corazón la palabra "Calais", moví la barra con dos dedos.

—¡Muy bien!—dijo una voz con vibrante tono yanqui de aprobación.

Alentada por el buen éxito de mi primer ensayo, advertí que podía hacer todas las maniobras con el más leve toque, y así llegó el momento de manejar los contralores del timón. ¡Qué alegría temerosa me inundó cuando paré el motor y viré por primera vez! No me sentí muy bien; mejor diría que me sentí tan mal como si todo el horizonte creciese y se hinchase en dirección mía. En seguida el aparato se enderezó milagrosamente, sin duda por obra de Moulton. Seguí volando tan ufana como Dédalo antes de estrellarse contra el suelo. Ya era capaz de parar la máquina y virar de nuevo, y cada vez disminuía ante mis ojos la hinchazón de la tierra. Respetuosamente empujé la barra y presioné energicamente el timón con el pie. No cayó dando más volteos Dédalo. Comprendí que había trocado el aeroplano en un tremendo Jaggernaut, al verlo precipitarse a tierra, rumbo a la infensa gente de abajo; y me pareció que el Fledgling llenaba todo el cielo, cubría con su sombra el mundo y amenazaba

a millares de seres humanos. Me invadió un sentimiento de piedad hacia esas gentes, a quienes pensé que iba a aplastar a miles, como moscas; pero, ¡oh milagro!, el aeroplano enderezóse, sin duda otra vez por obra de Moulton, se deslizó suavemente y se posó en tierra como ave que vuelve a su nido.

—Y bien, ¿cómo se siente? —fué la primera pregunta de mi maestro, mientras me ayudaba a despojarme de mis avíos.

Yo me sentía perfectamente; pero, ¿qué había sido de aquellas gentes de abajo, a quienes de seguro di un terrible susto: paseantes despreocupados en sus coches, madres y nenos, inocentes niños en sus juegos? Miré con ojos graves al joven sonriente.

—Muy bien, gracias—balbucí—; pero estoy muy inquieta por las gentes que vi desde arriba. He debido darles un buen susto.

Sea como fuere, pasó un buen rato antes de que la tierra, perdiendo su reciente concavidad, recobrase su convexidad, antes de que desapareciese el sentimiento de piedad que me inspiró la distraída y pacífica humanidad, a la que amenazara yo con mis revoloteos sobre sus cabezas, y para que me convenciese de que mis alas crecerían un día hasta elevarme por encima del vuelo del pingüino.

A poco, exigencias periodísticas me obligaron a dirigirme a Londres, en donde, a las cuarenta y ocho horas de llegada, había encontrado ya nueva escuela de aviación y nuevo maestro de vuelo.

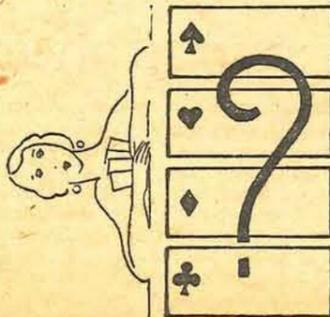
Cuando un grupo de más de treinta aviadores civiles de Heston Air Park visitó Friedrichshafen el domingo de Pascua de este año, Gordon Selfridge (hijo), que formaba parte de aquél, me presentó a Mr. Nigel Norman y a Mr. Alan Munz, propietarios del Heston Air Club, quienes me hablaron muy bien del capitán V. H. Baker, principal maestro del club y uno de los más famosos pilotos-instructores de Inglaterra. Decidida a continuar mi aprendizaje en Heston Air Park, considerándola como ideal escuela de aviación para mí, trabé relación con el capitán V. H. Baker, que desde entonces me dió la impresión de un "pájaro" más que de un aviador. Fué una elección afortu-

TRATANDO la declaración en Auction, he sostenido que una inicial de "dos" tenía caracteres ejecutivos, equívale a decir que indicaba al compañero la conveniencia de jugar la mano con ese triunfo y aspiraciones a ganar el "game". El jugador que abre el remate con una declaración de "dos" le dice al compañero que tiene gran abundancia de triunfos, que no le exige ayuda normal de ellos y que con ayuda de fuerzas laterales podrá cumplir ampliamente su obligación.

En Contrato, la declaración de "dos" de un palo menor (diamante o trébol) exige una composición de calidad y cantidad eximias como, por ejemplo:

A-K-Q-X-X-X

La declaración de "dos" de un palo mayor tiene los caracteres ejecutivos a que me referí anteriormente. Para aumentar esta declaración, el com-



pañero no necesita ayuda normal en triunfos (3), pero sí fuerzas laterales importantes. Con menos fuerzas que las exigidas para aumentar a "dos" una declaración inicial de "uno" puede aumentar a "tres" una declaración original de "dos". Es claro que aumentada a "tres" la declaración original de "dos", el declarante inicial para rematar "cuatro" debe poseer una mano que justifique ampliamente su primera declaración, la cual debe haber sido hecha con un mínimo de seis triunfos.

Expongo algunos ejemplos típicos de manos que justifican una declaración original de "dos" en un palo mayor. Ellas deben demostrar la posibilidad de hacer siete bazas sin ayuda del compañero con el palo elegido triunfo.

(1)

Piques: A-K-10-X-X-X
Corazones: X-X-X
Diamantes: —
Tréboles: K-Q-J-X

Hay autores que sostienen que la declaración inicial de "dos" de un palo mayor debe anunciar siempre la posesión del As del palo elegido, y que la de "tres" en las mismas condiciones niega ese As, poseyendo ésta los caracteres de la declaración prohibitiva empleada en Auction. Estos son sistemas convencionales que pueden tener su importancia para los remates del "slam". Entretanto, yo creo que el valor numérico de la declaración en Contrato debe graduarse de acuerdo a las fuerzas y ambiciones que se poseen.

Remate de manos bicolors

La mano más difícil para declarar el Contrato es la compuesta por dos palos largos y más o menos fuertes.

nada. A la sazón ignoraba yo que entre la multitud de distinguidos discípulos del capitán Baker figuraban el Príncipe de Gales, el príncipe Jorge y que él había sido el primer maestro

En Auction es reglamentario declarar el palo de más valor primero y el de menor después. Este método puede aplicarse jugando Contrato.

Sin embargo, hay un inconveniente. En Contrato la mano formada por dos palos justifica frecuentemente la declaración inicial de más de "uno", y se corre entonces el riesgo de que el compañero se pronuncie con un aumento "saltante" de miras al "game". Entonces resulta casi imposible mostrar el segundo palo (tal

que no tendrá aceptación por las razones que expondré.

Empleando esta convención, la declaración inicial de "dos diamantes" quiere decir que el declarante convencionalista posee una mano fuerte compuesta por los dos palos nobles (pique y corazón). La declaración inicial de "dos tréboles" equivale, a su vez, a mostrar cómo se compone una mano bicolor formada por diamantes y tréboles.

Cuando el primer convencionalista ha abierto el remate con "dos diamantes", el segundo, con una mano pobre, debe responder "dos piques" o "dos corazones", eligiendo entre los dos palos el que tenga más largo. Esta respuesta forzada no es, pues, indicativa de valores y es sólo un signo de preferencia por uno de los dos palos en que espera ayuda el compañero.

Pero si el segundo convencionalista tiene ayuda efectiva (para tener la fuerza requerida debe ser la misma que para aumentar una declaración regular inicial de "dos"), debe declarar "tres" o "cuatro" del palo que le convenga más en-



| | | | |
|-------|-------|-------|-------|
| ♠ A-6 | ♥ 8-6 | ♦ Q-8 | ♣ Q-J |
| | | 5 | 10-9 |
| | | | 7-4 |

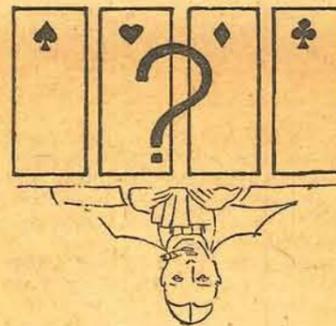
NORTE

Score: cero a cero. Norte y Sur juegan dos sin triunfos declarados por Sur. Oeste, que tiene la mano, inicia el juego con la dama de corazón. ¿Cómo debe jugar Este y por qué?

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

SUR

| |
|----------|
| ♠ K-10-3 |
| ♥ K-7-3 |
| ♦ K-6-2 |
| ♣ A-7-3 |



vez el mejor), sin comprometerse en una obligación peligrosa.

Y adoptando el sistema de anunciar "uno" como declaración inicial, el compañero puede no tener ayuda normal, ni otro palo para declarar y dejar las cosas ahí. Se abandonan así

(2)

A-K
K-Q-J-X-X-X
A-X
X-X-X

probabilidades de ganar un "game".

A pesar de estos inconvenientes, debe adoptarse como mejor el sistema de declarar "uno" del palo de mayor valor primero, a la espera de que el compañero hable o los adversarios intervengan para poder declarar el otro palo en la segunda vuelta del remate.

Una convención más — Un nuevo sistema artificial ha sido inventado con el propósito de encontrar la solución al problema de la declaración de manos compuestas por dos palos. Paso a explicarla sin recomendarla.

Es poco conocida y espero

LEON CASABAL

de nuestra heroína nacional del aire, Amy Johnson.

Un campo bien cuidado, cobertizos espaciosos, talleres, el delicioso edificio del club, con restaurante bien provisto, sa-

tre los dos que conoce en posesión del primer convencionalista.

Después de una declaración inicial de "dos tréboles", que indica la posesión de tréboles y diamantes, el compañero que prefiere diamante como triunfo y tiene una mano débil debe declarar "dos diamantes". Con ayuda normal en triunfos y juego lateral, el segundo convencionalista debe pronunciarse, en este caso también, por una declaración "saltante" en proporción a la medida de su ayuda.

Se deduce lógicamente que la declaración convencional que comento puede dar lugar a otros remates de oportunidad (como puede ser Sin Triunfo), que constituyen un caso especial para cada mano. Un buen jugador puede maniobrar con habilidad con los resultados de este nuevo sistema de información.

Hay tres argumentos en contra de esta convención:

1.º Tiene el serio inconveniente que una declaración de un palo indica la posesión de otro.

2.º Siendo completamente artificial, puede dar lugar a otras convenciones privadas no conocidas por los demás jugadores.

3.º Que su uso autoriza a emplear otras tantas convenciones más o menos arbitrarias.

Demás está que advierta que el empleo de esta convención debe hacerse solamente si los dos adversarios y el compañero la conocen y están conformes en jugarla.

Este sistema artificial no comprende los casos de manos formadas por un palo mayor y uno menor (pique y diamante, por ejemplo). Para ellos no queda otro método que el regular.

las cómodamente amuebladas, bar, vestuarios y una cómoda sala de pilotos, caracterizada a Heston y le prestan todo el atractivo de un lindo club cam-

(Continúa en la pág. 28)



Mary Pickford en su caracterización de la película "Kiki", que se estrenará la próxima temporada

Gloria Swanson y Owen Moore en una escena de la película "Qué viudita", próxima a estrenarse



Marcial Lalanda, el torero español, y Carmen Viance, en la película "Viva Madrid, que es mi pueblo"

EL SEPTIMO ARTE CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, enero de 1931

La carrera artística de la actriz cinematográfica, Ruth Chatterton, está definida por toda una serie de resoluciones fulminantes.

Cuando apenas contaba quince años de edad, se fué a Washington a pasar las vacaciones de Navidad. Vacaciones en las que, dicho sea de paso, trabajó una "matinee" en la función de una obra representada por la celebrada actriz Pauline Frederick. Inflamada por el fuego sacro del arte de miss Frederick, declaró a sus amigas que desde ese momento decidía dedicarse al teatro, declaración que éstas tomaron menos en serio de lo que fuera menester. Instigada por la burla de sus amigas, Ruth decidió dejarlas en ridículo, y aquella misma noche conquistaba un puesto en el coro de una compañía teatral de ínfimo orden, que actuaba en la capital americana.

Cinco años más tarde, un productor cinematográfico le ofrecía un contrato para trabajar frente a las cámaras, con la condición de que abandonara por completo la escena hablada, cosa a la que la actriz se negó rotundamente.

Sin embargo, hará cosa de año y medio, uno de los más prominentes directores de la pantalla de Cinelandia, le ofreció a miss Chatterton hacerle una prueba con los micrófonos. Al negarse una vez más la artista, el director insinuó que la negativa obedecía probablemente al temor de quedar mal. La indirecta fué suficiente para que la actriz de las rebeldías fulminantes resolviera de inmediato someterse a la prueba, y hasta triunfar en el lienzo parlante, éxito que lograra de inmediato en una de las primeras películas totalmente habladas que fué "El Secreto del Doctor".

El actor español Ernesto Vilches, que a raíz de la producción de la película sonora en castellano de la Metro-Goldwyn-Mayer tuvo diferencias con los dirigentes de esta empresa, acaba de rescindir su contrato con ésta y la empresa Paramount, para formar una compañía productora independiente de películas en idioma español que se filmarán en estudio de la compañía Colombia, en Hollywood.

Jeanette Loff en una de sus recientes películas



pestre. Tiene también una aduana para atender a todos los aeroplanos que llegan del continente, cuyas máquinas y pilotos prestan al aeródromo alegre aspecto cosmopolita.

Los clubs y las escuelas de aviación británicas sirven más al futuro propietario particular de aeroplanos y al aviador deportivo, que las escuelas norteamericanas o alemanas. Tienen a crear un ambiente de club más que una atmósfera de escuela con reglamentos rígidos y estrictos.

La disciplina de las escuelas norteamericanas de aviación de primera clase, en especial las de la Curtiss Wright Company, me dió la impresión de cuasi militar y muy eficaz, y no obstante, vivificada por un estudio psicológico de cada uno de sus alumnos. Efectivamente, los directores se preocupan mucho de este aspecto de la psicología en la enseñanza de la aviación.

En las muy concienzudas escuelas alemanas de aviación, de las cuales, por lo demás, apenas tuve ocasionales atisbos la disciplina y la aplicación desempeñan papel más importante que la psicología. En Alemania, la aviación civil es relativamente escasa, dado que pocos de los aficionados a la aviación pueden adquirir aeroplanos. La carrera de piloto profesional requiere en ese país un curso de dos años en la Verkher Fliegerschule o Escuela Comercial de Aviación.

Los reglamentos británicos de aviación no exigen el uso de paracaídas durante el aprendizaje; de modo que lo único que tuve que hacer fué cambiar mi sombrero por un casco y unos auriculares telefónicos, encaramarme al sollado de popa de un biplano Falena de la escuela y recibir mi primera lección del capitán, lo cual, dicho sea de paso, fué un placer. En esta ocasión la tierra se quedó amablemente plana y yo eché en olvido muchas de las extravagancias de que hice víctima en Nueva York al pacientísimo y concienzudo Moulton.

Desde el primer instante, aun sin dejar de inquietarme por la suerte de las personas que quedaban bajo el aparato manejado por mi novicia mano, me sentí perfectamente segura y tranquila en el aire. La evolución de mis alas, desde las aletas del principio hasta el plumaje del diploma, fué un proceso natural, armonioso y fácil. Ni un momento, ni un segundo de mis largas horas de aprendizaje padecí la más leve nerviosidad, sacudida o tensión nerviosa. El capitán Baker me impartió una sólida instrucción en los principios fundamentales del vuelo, manteniendo incólume e ileso el delicado y sensible hilo de confianza e impa-

COMO OBTUVE MI DIPLOMA DE PILOTO - AVIADOR — I I

(Continuación de la pág. 26)

videz—actitud natural de mi ignorancia y mi pasión por el aire—que tan fácilmente pudo lesionar y hasta romper un maestro menos inteligente y experto.

Varios de los pilotos más brillantes suelen ser maestros deficientes, incapaces de transmitir a sus alumnos el tesoro de su ciencia y su experiencia; multitud de excelentes maestros sólo transmiten sus conocimientos técnicos adquiridos en años enteros, mas no logran comunicar las riquezas de su experiencia y personalidad, que los calificaron para su carrera; pero el capitán Baker pertenece a una rara minoría, para quien el dominio del aire es un placer sagrado, el volar una vocación de valor inquebrantable, de sagacidad férrea; minoría que tiene el don de inyectar esas virtudes en el aprendiz de piloto, hasta donde éste sea capaz de asimilarlas.

Mis horas de aprendizaje en Heston fueron encantadoras. Gustaba de llegar al campo de aviación al empezar la faena diaria, antes de que sacasen los aeroplanos de los cobertizos; ver desplegar sus alas, probar sus motores, frenos y todas las piezas principales de los aparatos antes de que Mr. Evelyn H. Newman o Mr. Geoffrey Mahony, maestros-pilotos, hiciesen con cada uno un vuelo de prueba, antes de dejar volar en ellos a los estudiantes. Todos los días se repite la misma operación: se examina y se prueba los aeroplanos por la mañana y tantas veces cuantas sean precisas durante el día. Si un estudiante aterriza mal, acude presuroso uno de los ingenieros en jefe del aeródromo, Mr. B. Cleaver o Mr. T. Langford, para cerciorarse de si ha ocurrido algún daño o desperfecto.

El capitán recorre la pista de aterrizaje, revisa el aeroplano que me complazco en llamar "mío" por derecho de uso. Yo me encaramo ágilmente en el sollado de popa, gustando de antemano el placer del vuelo; aflojo el tornillo de seguridad enchufe la conexión telefónica, me pongo los anteojos. Infaliblemente oigo la pregunta del capitán por teléfono:

—¿Me oye usted? ¿Está en su puesto? ¿Se puso los anteojos? ¿Lista?

¡Lista! ¡Diría que siempre lo estuve! Soñaba en volar todas las noches del tiempo de mi aprendizaje, soñaba en ello todo el día, de modo que cuando llegaba la media hora de mi lección parecíame que había aguardado toda una eternidad.

Siempre me sentía dichosísima en el aire, ni más ni menos

que si fuese un ave, piloteando el aparato de frenos más dóviles de la escuela para obtener el mayor resultado posible. En instantes de engrimiento complacíame en imaginar que era un barrilete impelido por el viento o una pelota que yo podía lanzar de una nube a otra. En los comienzos, el capitán me dejaba girar, dar vueltas de huso, planear, con gran placer y encanto mío, antes de que llegase el pesado trabajo de los "aterrizajes".

Jamás me sentí mareada ni aturrida durante mis evoluciones. En realidad, nunca había sentido tal cosa en el aire, de modo que podía disfrutar sin la menor molestia de toda diversión, de la caída en tirabuzón con la proa a tierra, en la Falena de fácil manejo.

Aprender a aterrizar es siempre más difícil para los alumnos de ojos pardos que para los de ojos grises o azules, según la teoría del capitán Baker, que compartes varios otros notables maestros de aviación. Cuando presenciaba mis primeras tentativas infructuosas de aterrizaje, el capitán se reía, diciendo:

—¡Culpa de sus ojos castaños!

Y me explicaba su teoría; pero ello no me consolaba.

La monotonía del despegue al parecer interminable, del vuelo en torno del gasómetro, de los aterrizajes deficientes, medianos o buenos, siguiendo las indicaciones del capitán respecto al manejo de la palanca: "Baje... despacio... un poquito más atrás... un poquito más atrás... un poquito atrás... todavía más atrás", hasta que tiraba de la barra en forma conveniente, amenizábala el tiempo rudo y borrascoso, que me placía. El aeroplano llegó a ser para mí un ser vivo: saltaba, se escurría como un caballo brioso. Cuando el tiempo se apaciguaba, se me hacía más difícil aterrizar.

Feliz el día en que suspendimos los eternos aterrizajes, por realizarlos ya más o menos satisfactoriamente. Y cuando mi maestro me hizo la bendita pregunta:

—¿Qué le gustaría hacer ahora?—como invitándome a una travesura, le respondí sin tardanza:

—Volemos a la cima de aquella nube gruesa y algodonosa y atravesémosla—prueba en que había soñado hacia tiempo. Subimos, en efecto, arriba de una nube enorme apilada como un helado gigantesco. Llegué el aeroplano hasta su misma cúspide, comencé a describir con él, círculos como un huso y me puse a girar hasta divi-

sar debajo la tierra que se destacaba en marcado contraste con la opaca niebla, en la que el aparato había abierto un hueco. No bien lo saqué de la nube, advertí que el motor había enmudecido, enfriado. Era una nueva experiencia que afrontar. El capitán me indicó que oprímiese el pedal de profundidad, lo cual hizo funcionar de nuevo la hélice, y después de tres círculos, que me parecieron rematar dignamente la proeza, aterrizamos.

El capitán somete también a sus alumnos a lo que llama una "prueba psicológica". Lleva la máquina a setecientos metros de altura, ejecuta con ella toda clase de maniobras, la pone en toda suerte de posiciones y pide al alumno que la saque del aprieto en unos segundos. Este verdadero deporte me daba la impresión de asir a un animal feroz que pugnara por escapar.

Se me dió también la oportunidad de volar en un monoplano alemán Klemm, con el cual me senté "en la cima del mundo", en un cómodo Bluebird Blackburn de asientos gemelos, en el que pude conversar con mi maestro sin recurrir a los teléfonos, ¡y hasta en el autogiro de la Cierva!

Como esperaba, pronto volé sola, conclusión natural de mi progreso en el curso del aprendizaje. En la relativa calma de un atardecer, después de volar conmigo, el capitán saltó del sollado de proa, diciendo:

—¿No querría usted ahora subir sola?

Acepté sin vacilar, tan natural me pareció el asunto. Con todo, me sorprendió un poco no sentirme nerviosa o desconcertada al ver desierto por vez primera el sollado de proa. Procuré discernir qué era lo que más me inquietaba. Era indudablemente el "no dejar malparado al capitán", que me observaba desde tierra, en compañía de algunos colegas suyos, que acudieron al advertir que "estaba a punto de hacer volar solo a un alumno". ¡Cielos! ¡Qué mal iba a pagarle la deuda de gratitud a que me obligaba su paciencia y su solitud! Se me ocurrió la idea loca de hacer un "looping" o una "caída de hoja" para dar una gran alegría a su corazón de maestro; pero luego el sentido común me dijo que si hacía tales extravagancias en mi primer vuelo "solo", no sería pracer lo que proporcionar al capitán. Así es que proyecté un elegante y perfecto aterrizaje, en vez de lo cual hice tres desesperados esfuerzos para aterrizar, abriendo en cada vez la válvula y reanudando de nuevo el vuelo, hasta tocar de nue-

vo tierra al cuarto intento. Dios sabe cómo y en qué lugar del aeródromo.

Las felicitaciones que recibí de todos lados no hicieron sino aumentar mi confusión, porque tuve la impresión desagradable de que, por lo menos el capitán, se dió cuenta de la decepción de mi alma ambiciosa.

Llegó el momento de las pruebas para la obtención del diploma del Ministerio de Aviación. Figuras en forma de ocho, la prueba de altura, en la primera de las cuales subí más de 3000 metros, no me satisficieron, porque en mi ignorancia advertí que el motor se pararía, y no me atreví a detenerlo del todo, como lo exigía la prueba, en caso de que parase por completo. Así es que hubo de repetirse la prueba posteriormente.

En el curso de mis primeros vuelos "solos" y durante el período de pruebas para el diploma, muchos amigos y personas benévolas de Heston me demostraron aprecio y cordialidad verdaderos. "Tío" Towell, cuya simpática persona constituye una de las notas características de Heston, me alentó más que nunca, si cabe, con su jovialidad. Miss Susan Slade, la aviadora entusiasta; Mrs. A. Spencer Cleaver, "la más elegante de las aviadoras", tan valerosa aeronauta como graciosa mujer; el capitán D. H. Cameron, que me ayudó a adiestrarme en la parte técnica de las pruebas; el bondadoso Mr. Joe Hayes, "ángel registrador" de los tiempos transcurridos en el aire; Mr. A. Carper, que sacrificó toda una mañana de su día de fiesta semanal por mí, en el Royal Aero Club y en el Ministerio de Aviación, todas estas personas, verdaderamente interesantes, me prodigaron su amistad, que me ha de significar algo en el curso de mis viajes por el mundo. Mi precioso diploma no es sólo para mí un pasaporte para nuevos mundos aéreos, sino un álbum no escrito de los más felices recuerdos.

Obtenido el diploma, me dirigí prosaicamente en tren a Friedrichshafen, a tomar parte en los vuelos de ensayo del hidropilano Dornier de doce motores Do. X. A renglón seguido de felicitar me por mi certificado de aviador, su comandante, el capitán Christian Christiansen, me declaró que no sería "un verdadero piloto" hasta que no sufriese una caída.

—¿No lo permita Dios!—me apresuré a responderle.

No creo que después de recibir las lecciones del capitán Baker y siempre que se conduzca con prudencia, necesite un piloto de una caída para consumir su bautismo aéreo.

perros, en la provincia de Jaén, un caballito de bronce, obra de arte ibérica, trecientos años anterior a nuestra era, con la cabeza fuertemente acarnerada.

Como se ve, el perfil curvo aparece en el árbol genealógico del criollo b en prematuramente mucho antes de que en él se injertase la savia berberisca, que más bien tendería a hacerlo desaparecer. Ahora, puestos a indagar, lo curioso sería dar con la causa primera de esta fea conformación; es decir, averiguar de dónde la tomaron los primitivos caballos ibéricos, o por lo menos algunos de ellos.

Todo aficionado a estas cuestiones conoce la teoría del profesor Ewart, según la cual, los caballos domésticos se derivan de tres tipos originales, cruzados luego entre sí: un caballo de bosque, un caballo de estepa y un caballo de altiplano. Uno de estos tipos ancestrales, el de las estepas, habría tenido la cabeza acarnerada, y de él la habrían heredado todos los caballos que la poseen. Esta es una explicación sencilla, sin duda, pero que difícilmente resistiría un análisis crítico. Fúndase principalmente, en efecto, sobre el estudio de los cráneos de caballo hallados en un antiguo "castrum" romano en Inglaterra, y como la caballería romana se componía de los elementos más heterogéneos, cuanto se diga sobre la procedencia de aquellos equinos tiene mucho de hipotético, sin contar con la posibilidad de que algunos de los restos pudieran ser de mulas. En cualquier caso, cuando Ewart entra a querer establecer la ascendencia paleonto-

PARA LA HISTORIA DEL CABALLO CRIOLLO

LA CABEZA ACARNERADA

(Continuación de la pág. 13)

lógica de sus tres supuestos tipos, incurre en graves errores. Llegando a decir que, no obstante pertenecer los tres al género "Equus", cada uno de ellos desciende de un género de équidos fósiles diferente. No se precisan muchos conocimientos en paleontología para comprender que esto es sencillamente hacer a filogenia al revés.

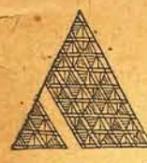
Lo que realmente ocurre, es que no se conoce hasta ahora ninguna especie de "Equus" fósil, anterior a la domesticación, con perfil acarnerado. En los caballos domésticos, como se sabe, la forma de la cabeza es muy variable, pero siempre se puede referir a uno de tres tipos: el tipo recto, el ondeado, convexo en la frente y en el hocico y cóncavo en medio de la cara, y el acarnerado o totalmente convexo. Los tres tipos se encuentran en todas las razas, aunque en distinta proporción, pues por selección, determinada sobre todo por el gusto de cada pueblo, en cada una de ellas predomina un tipo, que llega a hacerse característico. Así, el árabe es un caballo de perfil recto, pero puede a veces tenerlo ondeado, y los hay, aunque muy raros, acarnerados; en el berberisco, la forma que predomina es la ondeada, viniendo después la rectilínea y en tercer lugar la acarnerada; en el shire, esta última es la conformación típica, y así en

cada caso. Pero en los "Equus" salvajes, cada especie presenta una forma constante, y es interesante saber que ninguna ofrece el perfil acarnerado. La mayoría lo tienen ondeado, como cualquiera puede comprobar mirando bien de costado las cebras del zoo; en el caballo salvaje del Asia central, o caballo de Prjewalsky, es recto, y también era recto en la cebra cuaga, extinguida por completo hace cincuenta años; pero no se conoce ninguna especie salvaje de dicho género con perfil enteramente convexo. Y lo mismo puede decirse de las especies fósiles cuaternarias. Todos los restos conocidos de "Equus", anteriores a la época en que el caballo fué domesticado, pertenecen a especies de perfil ondeado o fiato, o de perfil recto. En cambio, los cráneos que se encuentran en los yacimientos arqueológicos de los comienzos de la edad del bronce, cuando el caballo empezaba a figurar como animal doméstico, ya presentan los tres tipos, el recto, el fiato y el curvo, lo mismo que se observa en nuestros criollos.

Este hecho, en el que hasta ahora se ha puesto poca atención, sólo puede explicarse de dos maneras: o es que hubo un "Equus" cuaternario acarnerado, cuyos restos están aún por descubrir, o esta forma de cabeza constituye una mutación que sólo aparece

con la domesticidad, acaso como un resultado del cruzamiento de los otros dos tipos. Por mi parte me inclino a esta segunda explicación, porque en todos los animales domésticos se observan fenómenos análogos. Sabido es, por ejemplo, que en las gallinas, dentro de una misma raza, pueden darse diversas formas de cresta — en rosa, en corona, triple, etc. — que no existen en la gallinácea salvaje de que aquellas proceden; y también se sabe que del cruzamiento de dos aves con crestas diferentes puede resultar un tipo completamente distinto de los dos tipos cruzados. Así, cruzando el tipo de cresta en rosa y el de cresta triple, muchos de los descendientes salen con cresta del tipo llamado botón. Los genetistas saben ya de qué modo, y de acuerdo con qué leyes, se heredan los factores que determinan estas distintas formas de cresta. Si el perfil acarnerado en el caballo es un carácter de la misma categoría, sería interesante estudiar el mecanismo de su transmisión. En la raza criolla la cosa es perfectamente factible no sólo porque en ella se dan los tres tipos cefálicos, sino porque ya son unas cuantas las cabañas en que se controlan rigurosamente los pedigrees. Y la investigación tendría doble importancia: desde el punto de vista de la ciencia pura, porque contribuiría a resolver la cuestión del origen de dicho carácter, y bajo el aspecto utilitario porque daría la clave para llegar a imponer en la raza un tipo de cabeza constante y característico, de acuerdo con la demanda o con el gusto de los criadores.

CIRCE LA ENCAJANTADORA



L alejarse Ulises de la isla en que vivía el cruel Polifemo, lanzó un suspiro de alivio. ¡Al fin — exclamó — podremos seguir tranquilamente nuestro viaje, y después de realizar las

proezas heroicas disfrutaremos de la alegría y tranquilidad de nuestros hogares!

Pero imaginaba una felicidad que tardaría mucho en alcanzar; una terrible tempestad se desencadenó y las olas, verdaderas montañas de agua, arrojaron contra las rocas las naves, las que no tardaron en hundirse. Sólo el barco en que se encontraba Ulises resistió la tempestad, y al calmarse luego el ruido del viento, se podían oír las lamentaciones del valiente héroe, que lloraba la pérdida de sus compañeros, declarándose el más desgraciado de los hombres.

Restablecida la calma, la suave brisa empujaba la pequeña nave, y sus tripulantes no tardaron en divisar a lo lejos una isla.

—Vamos a descansar en esa isla— propuso Ulises—. Tal vez nos reciban en ella mejor que Polifemo.

Al acercarse a la orilla vieron una magnífica morada rodeada de un alegre jardín. Ulises envió veinticinco hombres para que averiguaran quién vivía allí y pidieran les dieran de comer y de beber. Nunca habían contemplado los marinos palacio más suntuoso; estaba guardado por leones y lobos, pero con gran sorpresa, los hombres vieron que en vez de atacarlos se acercaban humildemente, como si fueran perros. Al penetrar en el palacio los marinos quedaron inmóviles de sorpresa contemplando una mujer perfectamente hermosa, que sentada en un trono de oro tejía una tela de brillantes colores, mientras entonaba una canción con una voz extraordinariamente dulce.

—Sean los bienvenidos—dijo la joven al ver el grupo de hombres que la contemplaba—. Entrad.

Cansados de penurias, los marinos sólo pensaron en el bienestar que se

les ofrecía y penetraron, no tardando en instalarse alrededor de una mesa de mármol blanco, sobre la cual se hallaban toda clase de manjares. Locos de alegría comieron como si no lo hubiesen hecho en un año, sin advertir que su jefe Euriloque no estaba con ellos.

—Desconfío de esta bella Circe—se dijo ese hombre—, pues si tiene suficiente poder como para domesticar a las fieras, ¿qué no será capaz de hacer con los hombres? Los esperaré aquí afuera.

Cuando los marinos hubieron concluido de comer, la hermosa Circe les dijo, tocándolos con una vara que llevaba en la mano:

—Habéis comido tanto, que no valéis ahora más que unos cerdos. Merecéis sufrir su misma suerte, y de hoy en adelante pasaréis la vida engordando en un establo.

Los marinos sintieron que se operaba en ellos una extraña transformación; miraron sus manos y sus pies y vieron que se convertían en pesuñas de cerdo; trataron de gritar y hablar, pero sólo pudieron gruñir. ¡Se habían transformado en cerdos!

—Vamos, angurrientos, a comer al chiquero—gritó Circe, riendo a carcajadas.

Todos obedecieron, y a pesar de comer con muchas ganas la cebada que les habían preparado, recordaban que habían sido hombres, y se lamentaban de su triste situación gruñendo desesperadamente.

Euriloque esperaba mientras tanto afuera el regreso de sus compañeros, y al ver que éstos no volvían cuando se ponía el sol, corrió al lugar donde se encontraba Ulises en la playa y se puso a llorar amargamente.

—¡Vamos, habla! No llores como una mujer, tú que combatiste con nosotros en la guerra de Troya—exclamó Ulises impaciente—. Dime lo que pasa.

Entraron en casa de Circe, pues

así se llama la dueña de ese palacio, y no han vuelto a salir. Yo no lo hice, pues se me ocurrió que era una mala mujer. Figúrate que su casa está guardada por leones y lobos que se hacían los buenos lamiendo las manos. Seguramente les ha hecho algo malo a nuestros compañeros. Cantaba, incitándolos a entrar con una voz tan suave, que me dió que pensar.

—¡Cobarde! — exclamó Ulises—. Quédate aquí si temes a una mujer. Yo voy a tratar de libertar a mis hombres del poder de esa Circe, si es cierto que es una encantadora. ¡Yo no le temo!— y tomando su sable con clavos de plata, su aljaba y una flecha, abandonó el barco, dirigiéndose a la colina donde se encontraba la casa de Circe.

Con toda seguridad Ulises hubiera corrido la misma suerte que sus hombres a no ser la intervención de su protector Mercurio, que se acercó al valiente héroe y le previno del peligro enorme que corría y del poder de la encantadora Circe.

—Toma este filtro, que te protegerá contra ella—dijo el Dios de la guerra—; al entrar en la casa bebe su contenido, y cuando ella te toque con su vara no te convertirás en cerdo como tus desgraciados compañeros.

Ulises hizo lo que le dijeron, pero no podía creer que una mujer tan hermosa y suave pudiese ser en realidad tan mala. Cuando penetró en el lugar en que se encontraba cantando, ella lo reconoció en el acto, a pesar de no haberlo visto jamás, y acercándose a él dijo:

—¡Qué honor tan grande para mí recibir al héroe de la guerra de Troya! Venid, señor, permitidme que os ofrezca algo de comer.

Ulises aceptó, convencido de que habían calumniado a la joven, que le parecía cada vez más atrayente, pero pronto tuvo que reconocer que todo era cierto, pues cuando concluyó de comer, ella lo tocó con su vara, diciéndole:

—¡Ve a reunirte con tus compañeros en el chiquero; serás el más gordo de todos los cerdos que hay allí reunidos!

Entonces Ulises dió un paso atrás y levantando su espada, gritó con voz amenazadora, mientras de sus ojos salían chispas de indignación:

—¡Oh, mujer perversa y cruel! ¿Qué has hecho de mis hombres? Si no me los devuelves en el acto, te mataré con esta espada de doble filo.

Viendo Circe que su magia no tenía poder sobre Ulises, sospechando que Mercurio lo protegía contra ella y viendo que el héroe estaba realmente dispuesto a matarla, se puso a temblar de pies a cabeza y lo condujo a través del palacio y los jardines hasta el chiquero. A pesar de su cólera, Ulises tuvo ganas de reír al ver a sus compañeros transformados en unos enormes cerdos, que movían constantemente la cola y peleaban entre ellos, pero sintió una profunda pena al oír sus gruñidos, que parecían quejas.

—¡En qué lindo estado están ustedes!—no pudo dejar de exclamar, pero luego, dirigiéndose a Circe, exclamó: —Si no les devuelves inmediatamente la forma humana, morirás.

Cuando el héroe vió a sus marinos que lo rodeaban, ordenó que todos regresaran al barco. Circe hizo todo cuanto pudo por retenerlo, prometiéndole toda clase de felicidades si consentía en quedarse un año con ella, pero Ulises se negó a hacerlo, diciendo:

—Te agradezco, Circe, pero no puedo aceptar. Hemos combatido diez años en Troya y hace ya mucho tiempo que hemos emprendido el camino de regreso, tan lleno de dificultades. Deseo ardentemente estar por fin en Itaca y volver a ver a mi mujer Penélope, pues si tardo mucho en llegar temo encontrarla muerta.

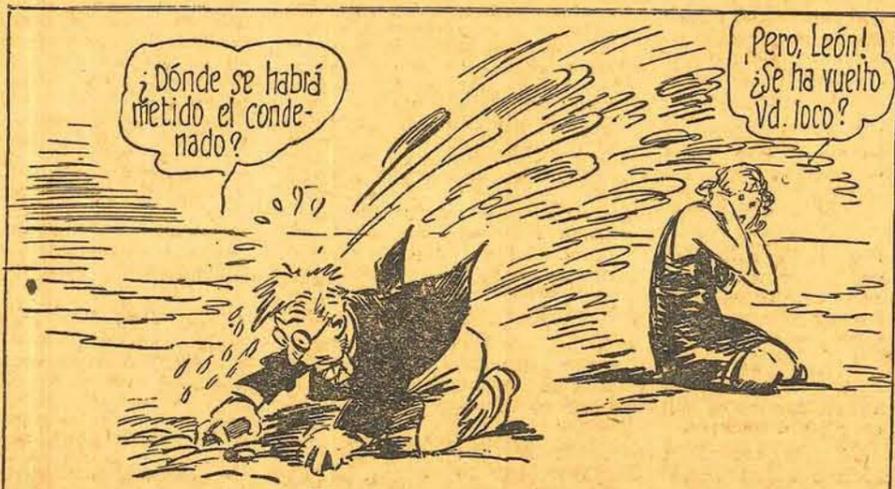
Entonces Circe lo dejó partir, recomendándole tuviera mucho cuidado con las sirenas que lo aguardaban en una isla.

Seguido de sus veinticuatro marineros, Ulises volvió a su barco y no tardó en alejarse a toda vela de la costa en dirección a Itaca.

Ilustración de J.C. CHVERGO

Betty POR C. A. Voight

DECLARACION FRUSTRADA



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

EL VERSO Y LA PROSA

"YENIA"

Por MARGARITA E. ARSAMASSEVA
DOSTOIEVSKI influye de una manera decisiva en la literatura de Margarita Arsamasseva, especialmente en su reciente novela, "Yenia". Pero esta influencia tiene, sin duda, una justificación, que podemos hallarla en el lema mismo de la obra: "Tú serás lo que es tu carne", y que puede aplicarse tanto a la protagonista del libro como a la propia autora. Porque es evidente que la influencia del célebre autor ruso en la señorita Arsamasseva es algo más hondo, tiene raíces más profundas que las de una simple modalidad imitativa, puesto que la ligan a aquél afinidades de raza, y sobre todo de espíritu.

"Yenia" es la simple historia de una joven rusa de la burguesía. Un argumento simple y sencillo ha servido a la señorita Arsamasseva para ofrecernos un retrato psicológico acertado y veraz, que pinta a la heroína desde la infancia, hace converger en ella, especialmente en su formación espiritual, las formidables y obscuras fuerzas atávicas, y termina por llevarla a una situación dramática que no es sino el producto de la combinación de sutiles raíces psicológicas. Encuadrado dentro de un riguroso concepto filosófico determinista, fatalista más bien, el retrato de la heroína está trazado con vigor no exento de emoción y de interés, que hace recordar, por analogía explicable, muchas de las más brillantes páginas del novelista citado. Probablemente pueda tacharse a "Yenia" de fragmentaria. Hay muchos episodios de la vida de la heroína que nada tienen que ver, objetivamente, con el desenlace de la obra. Pero están realizados con acierto psicológico y contribuyen también a acentuar los rasgos espirituales de esa heroína y son, por lo tanto, aceptables como motivos documentales. La acción se desarrolla en el imperio ruso y la autora nos conduce a través de ella desde las estepas caucásicas hasta la supercivilizada Moscú, presentando un panorama sintético pero expresivo de las luchas que precedieron a la caída del imperio de los zares. El ambiente está bien observado y se advierte desde luego que la autora lo conoce personalmente y no por referencias literarias.

Posee la señorita Arsamasseva, sin discusión, excelentes dotes de novelista. Sabe ahondar en el alma de sus personajes; traza los caracteres, aun los secundarios, con vigor y colorido; posee, sobre todo, el delicado arte de insinuar la tragedia sin detenerse a detallarla, con una sobria pero potente fuerza subjetiva, y escribe en un castellano correcto, rico en expresión y en matices. Nos interesaría que, abandonando por una vez el terreno de sus predilecciones, nos ofreciera una obra de ambiente argentino, donde tiene amplio campo para sus condiciones de narradora y observadora.

"LA FRECUENTACION DE LA MUERTE"

Por ROBERTO MARIANI

LOS seis cuentos que forman este breve volumen giran en torno a una misma idea central, ya anticipada en el título: la muerte, su misterio impenetrable, su dominio absoluto y fatal. El tema, siempre interesante, aumenta cuando, como en este caso, el escritor huye de los recursos patéticos, suficientemente tratados, y se traslada a zonas elevadas en las que, por razón de la misma altitud alcanzada, el pensamiento gusta de desenvolverse y florecer en serenos frutos, henchidos de gravedad o melancolía.

Al señor Mariani, que ha aspirado indudablemente a ofrecer con este libro una muestra de literatura amena, la muerte le sugiere una filosofía un tanto incoherente y diluida, que no se consigue reconstruir al cabo de la lectura. El tema, por descontento, no puede ofrecer una claridad meridiana. Cualquiera palabra sobre él ha de compararse al ademán a ciegas, al tanteo en la sombra hostil. El espíritu curioso, culto, como el del autor, se estrella contra este obstáculo, insalvable con anterioridad para muchos talentos preclaros. De la habilidad en el sorteo de las dificultades ha de juzgarse por eso a través de la técnica del escritor que se decide a encarar tales asuntos. Se registran en la obra

LA literatura latino-americana ofrece a la crítica una singularidad de carácter inverso respecto a todas las otras: el predominio del verso en la producción literaria, propiamente dicho, y hasta el caso de autores que sólo en verso escriben, sin perjuicio de una copiosa producción. Si la cantidad de versos correspondiera a su calidad, nuestra América resultaría un continente poético: especialidad feliz cuya excelencia fuera inútil comentar; pero como no es así, y como los versos malos o mediocres — que todo es lo mismo, según Boileau: "il n'y a pas des degrés du médiocre au pire" — como dichos versos pertenecen a la retórica, que no a la poesía, la que nuestra dichosa América resulta en verdad, es un continente retórico. Versos y más versos, que pasan como las rosas del resobado dicho, pero sin dejar más que papelería insignificante, precisamente porque son flores de papel...

Siendo el objeto de la poesía la emoción comunicada por medio del verso, y el de la prosa la noción o comunicación de ideas en todos los campos de la actividad humana, la exclusividad del verso envuelve el contrasentido de un artista, o sea el hombre sensible por excelencia, que salvo sus propios estados de ánimo, nada tiene que decir a sus semejantes. De aquí el juicio público que considera a los poetas como personas redondamente inservi-

bles para toda otra función que la de rimar — cuando rimaban, que ahora ni esto hacen —; pues, efectivamente, la composición de versos por los versos mismos, es destreza tan trivial como la de ensartar cuentas, y merece el público desdén. Quien no hace, efectivamente, sino versos, es un señor que vive hablando de sí mismo: cosa insoportable, si las hay. Porque el verso, cuanto mejor, más personal, exactamente al revés de la prosa.

Ahora bien, la comunicación de emociones mediante un procedimiento agradable, como lo es de suyo el lenguaje musical, constituye un estado de belleza que el interlocutor o el lector deben experimentar por simpatía; y tal es el objeto del arte. Quien posee el don de hacerlo, es el artista; pero, cuando se trata de un poeta, éste maneja en la palabra un instrumento de comunicar también nociones que deben interesar, seguramente, su sensibilidad. Y es lo que ocurre. Todo buen poeta — escribió Rubén Darío — es también excelente prosista. Y fué un poeta latino, "el sensible Terencio", quien dejó para los siglos el tan citado apotegma que traduciremos así: Soy hombre, y nada humano podría serme extraño.

¿Cómo no va a tener ideas que comunicar quien sea tan capaz de emociones nobles y delicadas?

El perfecto egoísmo revelado por aquella exclusividad, es una inocentada romántica de que,

por otra parte, no adoleció ninguno de los grandes románticos: la torre de marfil, que a la hora de éstas se ha reducido a su verdadero papel de chirimbolo de ajedrecista. Pero, dentro de la más rigurosa literatura, llegará, sin duda, un día en que el habitante de la torre sentiráse llamado a exponer su procedimiento, expresar su opinión sobre un colega, defender una actitud, refutar, por ejemplo, estas mismas observaciones. Y será ése el día de la prosa cuyo ejercicio ayude, por lo demás, a escribir mejor en verso. Apresurémonos a añadir que la influencia es recíproca.

Mera expresión de retórica, el predominio del verso en nuestra literatura, lejos de indicar una superioridad, revela una cultura en estado de afligente deficiencia. Es algo semejante a la actitud del zafio que funda su distinción en no comer más que ostras y no beber más que champaña. En los países de literatura formada, el verso es la excepción, por este doble motivo: que los artistas de verdadera originalidad — los verdaderos artistas — son pocos; y que dada la limitación de su campo — la emoción humana reducida a tres o cuatro afectos — sólo una verdadera originalidad producirá algo nuevo en él. La retórica es, por lo demás, la letra que mata. Redúciéndonos a los versos de la bibliografía nacional, Martín Fierro es el único que vive entre todos sus contemporáneos y predecesores. ***

del señor Mariani esbozos de teorías nada vulgares, verdaderos hallazgos de índole subjetiva, situaciones de originalísima y tierna novedad, verbigracia, la de la heroína de "La esposa y la noche". Esto, que abona de antemano una ejecutoria de distinción, se malogra en parte por el molde en que ha comprimido sus relatos. Los ha desarrollado, en efecto, dentro de un cauce de monólogo o soliloquio, que a fuerza de repetirse cansa, le imprime una pesadez que termina por anular sus bellas cualidades. Y esta es la impresión que finalmente extrae el lector.

Merece de todos modos "La frecuentación de la muerte" un elogio alentador. No es dado descubrir con mucha frecuen-

cia en nuestra producción editorial un esfuerzo de simpática amplitud similar al que supone este nuevo libro del señor Roberto Mariani.

"PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL"

Por ANIBAL PONCE

RESUME en este libro el profesor Anibal Ponce una serie de diez conferencias dictadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, y aunque la obra, por su índole, está consagrada a los maestros, contiene elementos que amplían su campo de acción y la hacen salirse del terreno exclusivamente didáctico. Estudia el autor el desenvolvimiento mental del ni-

ño, y apoyado en el testimonio de los más prestigiosos y recomendados autores de la materia, así como en su experiencia personal de maestro, penetra agudamente en el alma infantil, analiza sus modalidades propias, que hacen que algunos autores lo consideren como un ser distinto del hombre adulto, sigue las etapas de su evolución psicológica a través de la edad; se detiene a analizar fenómenos tan singulares como los "movimientos impulsivos" de que habla Preyer, y cuyas conclusiones han sido aceptadas por tratadistas como Wilhelm Stern y Kurt Koffra; habla de la influencia preponderante que la mano tiene en el desarrollo de

la percepción en la primera infancia; estudia con detenimiento el factor imitativo, que es decisivo en el cultivo de la inteligencia del niño; y penetra luego en mayores honduras psicológicas, como son el valor intelectual del espíritu de fabulación, o sea de la fantasía creadora infantil; del espíritu de contradicción, que lo lleva a buscar soluciones originales para los problemas que se ofrecen a su espíritu curioso, y, en fin, ahonda hasta llegar a la formación del espíritu de reflexión, que es el umbral de la inteligencia adulta.

Cree el autor, con Compte, que para estudiar la inteligencia infantil hay que dar a la voz "inteligencia" la definición de "capacidad para la experiencia nueva", y partiendo de esa base, deduce que la clasificación exacta del desarrollo mental del niño no puede ser sino la "clasificación genética de las diversas etapas de su inteligencia", y llega a la conclusión de que la mentalidad infantil es egocéntrica, sincrética, animista y artificial. Egocéntrica, por cuanto su "yo" es dominante y exclusivista; sincrética, porque sus razonamientos no son explícitos; animista, por atribuir a la Naturaleza modalidades semejantes a las que advierte en sí mismo; y artificial por cuanto cree que todos los objetos y los fenómenos obedecen a una fabricación especial.

Sobrio y ameno, no obstante la aridez del tema, el volumen revela las condiciones de investigador estudioso que caracteriza al profesor Ponce y representa un esfuerzo meritorio en el complejo terreno de la psicología infantil.

"VIRREINATO DEL PERU"

Por LUIS HERNANDEZ ALFONSO

NO pretende el autor de esta obra realizar una labor de investigación histórica original, ya que cuanto concierne el virreinato del Perú ha sido objeto de profundos estudios por los más prestigiosos historiadores.

Más bien es un resumen histórico destinado a divulgar el conocimiento de esa etapa tan interesante de la humanidad, como fué la conquista de América por España, y sin duda por este aspecto la obra mereció el premio Cervantes en el concurso de 1930 de la Diputación y Consejo de la Grandeza de España.

Aunque en el prólogo el señor Hernández Alfonso explica sinceramente su propósito, que es el de hacer una historia imparcial de la epopeya peruana, que bien puede llamarse sudamericana, en el texto la presenta desde el punto de vista español. Con ese criterio, muy explicable por tratarse de un autor peninsular, está realizado el estudio, y nada habría de reprochable en él si en el prólogo el señor Hernández Alfonso no expresara conceptos tan generales como molestos para todos los que, animados de propósitos indiscutiblemente nobles, lo han precedido en el estudio de la historia de América, e incluso han dejado obras monumentales sobre la materia, que son orgullo de la raza y del idioma y que, además, han servido al propio autor para basar y documentar la obra que comentamos.

Estudia el señor Hernández Alfonso, con el criterio que dejamos señalado, el virreinato del Perú con esa amplitud geográfica que tuvo tal virreinato en sus orígenes y con un carácter elemental que no llega a elevarse sobre las obras que para la instrucción pública se emplean en la mayor parte de los países americanos, y en su curso hallamos un buen número de errores, ya históricos, geográficos y etnográficos, que revelan una documentación deficiente. Especialmente en la parte prehistórica lleva su animosidad hasta expresarse con desdén respecto de las civilizaciones maya y tihuantisuya (preincaica) contra el testimonio de los monumentos documentales que hablan de la grandeza indiscutible de esas culturas. Completan la obra algunos mapas ilustrativos de la distribución de las razas primitivas de América, de la extensión del imperio incaico, etcétera.

NOTICIAS LITERARIAS

(De nuestra agencia en París)

Febrero, de 1931

La revista "Latinidad" hace una encuesta acerca del escritor André Gide en ocasión del 60 aniversario de su nacimiento. ¿En qué consiste la personalidad de André Gide y cuál ha sido su influencia en el campo literario? Muchos han contestado con elogios. Escritores de lengua alemana declaran que se ha dado la consigna a los amigos de Gide de no responder a una encuesta que pudiera ser nociva al crédito de este escritor. Emil Ludwig, más discreto, declara que él no conoce bastante la obra de Gide, a quien admira, para escribir un juicio definitivo. Bernard Shaw ha contestado con el desenfadado humorista que algunos esperaban de él: "¡Ay!, yo no he leído nunca una línea del Sr. Gide y me apercibo que debo hacerlo bien de prisa por los muchos años que tengo sobre mis espaldas..." Nuestro llorado colaborador e ilustre crítico Paul Souday, hizo en diversos artículos la crítica literaria de André Gide. No había en ello el humorismo de Bernard Shaw, pero estudiaba al escritor y sus tendencias en términos que no complacerían seguramente a los admiradores de la encuesta abierta sobre el autor de "Los falsos monederos".

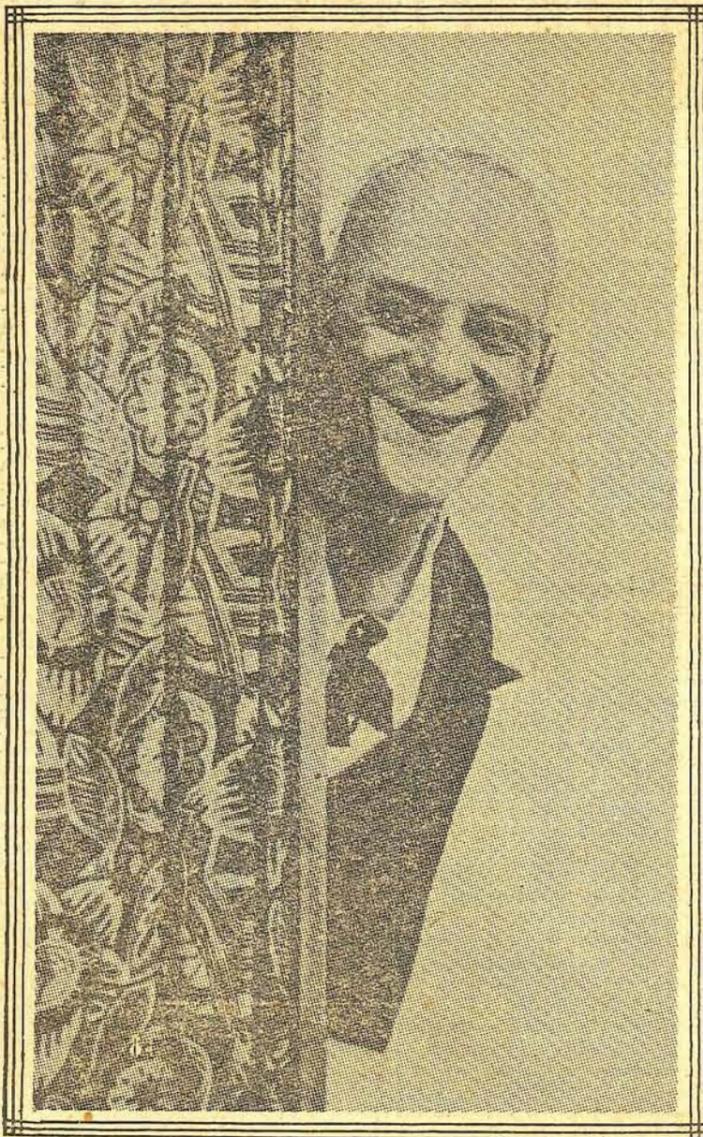
Por fin el académico mariscal Petain, leyó su discurso de in-

greso en la Academia Francesa. El retardo habíase debido a la negligencia de Paul Valery. El glorioso soldado ha hecho en su discurso un vibrante elogio de su predecesor, el mariscal Foch, y aunque en términos literarios, todo su discurso tuvo más carácter militar que académico. Para él, Foch no hizo sino adaptarse a la concepción absoluta de la guerra que tuvo Napoleón, dedicando en términos sencillos pero emocionantes, recuerdos y anécdotas que fueron muy bien acogidos por el público que asistía a la sesión famosa. Valery, como buen poeta, saludó en forma brillante al recipiendario, recordándole su glorioso hecho militar que salvó a Verdun y demostrando que Petain, sin profesar teorías inflexibles, se adaptó a las circunstancias con un conocimiento maravilloso de los hombres. Y de ahí partió la razón principal de sus victorias.

Hay que reconocer que los escaparates de las librerías en París exhiben con mucho gusto múltiples obras que se dan a la estampa. Cuando un libro, del género que sea, merece la publicidad, puede verse todo un sector de la librería cubierto de volúmenes del libro en cuestión. Recientemente, en el boulevard Saint Germain hemos admirado la exhibición del último tomo publicado de los recuerdos del presidente Poincaré, titulada "En las trincheras", y que,

como los cinco volúmenes anteriores, es un legítimo éxito para el autor y su editor. Ahora hemos visto en la librería existente bajo los pórticos del Odeón toda una vitrina consagrada a la presentación de la obra histórica de Stefan Zweig titulada "Fouché", que contiene numerosos y raros documentos sobre la revolución y el imperio. Realmente el personaje podía estar bien documentado. Su figura, como la de Tayllerand, es de las que tuvieron gran relieve, no sólo por su inteligencia, sino por otras cualidades que les hicieron aptos, por su ductilidad, para servir a cuatro regimientos. Como se ha dicho, traicionaron a la revolución, al directorio, al imperio, para servir finalmente a la monarquía restaurada, la misma que guillotinaron en la persona de Luis XVI. Fouché en su puesto de jefe de policía y Tayllerand en el de diplomático resultaron dos espíritus perversos, que hacían labor doble: traicionar al mismo amo que servían. Sin embargo, la historia ha pasado la esponja sobre muchos hechos del ex obispo Tayllerand. No tuvo Fouché tanta suerte. Y su recuerdo y su nombre suelen evocarse cuando se trata de denigrar o de condenar a alguien por su mala conducta política. Se dirá: ¿Cómo toleraron los amos sucesivos de la hora a tal servidor? Precisamente porque era un archivo y podía sacar a relucir el lienzo sucio de muchas figuras políticas de la época. Se le temía odiándolo.

CHARLIE GROCK Y EL CINEMATOGRAFO



POR
**JULIO
HELLER**

(Para LA NACION)

BERLIN, enero de 1931.

GROCK triunfa en Berlín! ¡Charlie Grock ha escrito sus memorias! Grock está cansado del varieté y del circo: aspira a la gloria de la pantalla. El congreso periodístico internacional invita al gran clown a lucir sus gracias en una velada y a leer pasajes de su libro "Me gusta vivir". ¡Grock, Grock, Grock! El nombre suena, restalla y se graba; tiene algo del acento de la concertina negra y lustrosa que toca con tanta maestría; repercute con la fuerza tonal de los productos célebres impuestos por la publicidad al mundo. El nombre es parte de su fama, casi toda ella. Y mientras Europa pasa por momentos angustiosos de crisis económica universal, mientras allende el Océano la renovación política agita el continente y en Alemania la huelga de los metalúrgicos evoca el espectro del hambre, la gente se desternilla de risa con Grock, que delira por el cinematógrafo y lee sus memorias a los periodistas.

Caballerizo, agricultor, camarero, cocinero, lavaplatos, comerciante, afinador de pianos, compositor, violinista, pianista, director de orquesta, cantante, relojero, jardinero, maestro de esgrima, boxeador, hombre-serpiente, torero y

Una reciente fotografía del famoso "clown" que se retira de los escenarios y de las pistas circenses, abandonando una actividad a la que debe la fama y la fortuna, para recluírse en la hermosa villa que posee en la Riviera

clown... todo eso ha sido Grock, toda una columna de avisos "oficios diversos pedidos". ¡Qué abigarrada confusión biográfica, qué caudal de experiencia y qué ingenio para hacer reír a mandíbula batiente, los de ese clown, pulquérrimo burgués en la vida privada!

Lo veremos en la pantalla, lo oiremos en el altoparlante al mismo tiempo. Grock supo conquistar la muchedumbre española como nunca lo hizo clown alguno. Y cuando España aprueba al clown, toda Europa lo aplaude. Pero Grock estuvo a punto de fracasar en la América del Norte. El mismo lo confiesa y cuando nos dice que recientemente contestó el ofrecimiento telegráfico de un empresario de la Unión con la frase: "América no me interesa", sabe que es allí donde en realidad él no logra interesar al público. Está visto, Grock, el gran Grock, tiene su prurito, su amor propio, su gloria, como el que más de la farándula. Se retira de las tablas del género burlesco; sufre veleidades cinematográficas.

¿Triunfará en la pantalla? ¿Ascenderá al pináculo de la fama que escaló su tocayo Chaplín? He aquí una interrogante más curvilínea que las contorsiones del clown, cuya vida rebosa de incidencias humorísticas. De ellas tiene un concepto claro y preciso. A

juzgar por las memorias, amenazas y aun interesantes, la ambición, el hambre, el fracaso a veces, y la voluntad firme templaron el carácter de esa figura sobresaliente de un género que siempre atraerá a las masas. Pero a Grock le falta intelecto y comprensión profunda del alma popular, aquel vasto horizonte que es la humildad humana y ensanchó la perspectiva artística de Chaplín. El mismo nos advierte: "Amsterdam tiene museos con muchos cuadros célebres; esto no me dice mucho, para ello soy demasiado llano. Pintar cuadros, sólo para colgarlos luego en un museo, no lo entiendo. Tengo vistas y sentido para lo inmediato, ante todo para lo que hay en la tierra y de ella brota. En general, y quiero confesarlo de una vez tranquilamente: ¡A mí qué el arte, a mí qué la filosofía; no soy un intelectual! No tengo ideario, no soy más que un simple jurásico, "un jurassien du Jura Bernois".

La sinceridad del simpático clown es desconcertante, a la verdad. ¿Pero ha hecho gala de ideología Charlie Chaplín alguna vez? ¿Pide acaso filosofía la muchedumbre, filosofía en la pantalla? No; la reflexión filosófica, la humildad filosófica, ha de surgir, espontánea, de la acción misma reflejada en el lienzo al nacer de la policromía feraz de la vida que Grock ha conocido en sus andanzas y Chaplín tradujo magistralmente en incongruencia risible pero hondamente conmovedora. El humor de Chaplín no es cuadro que cuelgue en Amsterdam sino en el alma resignada de los humildes de que el mundo está lleno: sus memorias no llevarán el título "Me gusta vivir", sino "Quien bien te quiere te hará llorar... o reír, que en el fondo es lo mismo". Tal es, seguramente, su filosofía de artista, su modo de ver y sentir a través de un intelecto de observador y pesaroso, consciente del triste ludibrio de los desheredados de la suerte, de ese mundo del que una mitad no sabe cómo vive la otra. He ahí la diferencia profunda y el contraste entre ambos: jurásico, impenitente el uno, catador universal del dolor humilde el otro. Chaplín conoce el valor ancestral del llanto encubierto por la risa y su arte soberano tiende el puente de oro que los une. Grock provoca la carcajada seca, jurásica, si se quiere, del hombre civilizado y hará llorar—y nada más que esto—al hombre primitivo. Lo ha hecho en una ocasión al proponerse todo lo contrario precisamente, y nos relata el episodio sin comentar:

"Nuestro próximo viaje oceánico — dice — nos llevó a Buenos Aires. Italia se llamaba el vapor que nos conducía. Debimos detenernos en San Vicente de Cabo Verde ocho días, pues se había roto el timón. La amistad con los isleños de

color pudo resarcirnos ampliamente de la demora. Una tarde, en la playa, dimos una función gratuita para nuestros amigos pigmentados. Era una situación curiosa, irreal. Ante nosotros se apiñaba la masa de negras y encrespadas cabezas y detrás se extendía el mar silencioso con bancales de rojas nubes a la distancia. A esos primitivos, por lo general tan alegres, nuestras bromas en lugar de alegrarlos aún más, los entristecieron, los entristecieron realmente; sus anchos semblantes se tornaban más graves: las comisuras de los labios se contraían convulsivamente; las primeras lágrimas rodaron por las mejillas y debimos suspender la función".

¡Ah, si a Grock no le importasen tan poco el arte y la filosofía, si pudiese algo del porqué del aplauso, del porqué de las lágrimas de su público de color en San Vicente, quizá sería el cómico más notable del mundo y conquistaría ese mismo aplauso que tanto y tan vivamente ambiciona en el cinematógrafo!

Para los isleños pigmentados la ficción es vida real que atormenta y aterra; no saben que el batir palmas y la carcajada responden a la necesidad de interrumpir la impresión emotiva cuando ella amenaza por anular el estado normal consciente y convertirse en terror, o en exaltación religiosa, como nos lo hace ver tan acertadamente el negro predicador en la grandiosa película "Halleluya". Imitando con el paso el andar rítmico del tren que va a la gloria conduce y arrastra de estación en estación a las almas pecadoras y arrepentidas de la gente de su raza.

Pero también se aplaude el arte, el matiz sutilísimo que es justo medio y torna el llanto en risa. ¿Posee Grock el espíritu creador de Chaplín o es sólo el clown que hace llorar a los negros cuando los quiere hacer reír? Después de tanto andar por el mundo, de tanta penuria y tanto oficio, tras de tocar un violín ridículamente diminuto, de estar a punto de ser ensartado por los toros en España e imitar en el piano el juego sonoro de campanas del Trust Joyero de Buenos Aires, el clown se proclama urbi et orbe buen burgués hasta la médula y encantado de la vida. Es el reverso de Chaplín, su antítesis y su modelo por excelencia a un tiempo.

Con inocencia clownesca revela Grock su modalidad cuando resume la experiencia de la vida en los términos siguientes:

"Nunca se debe denotar necesidad. Dejarse ofrecer 100.000 sin pestañear. Es preciso carecer de necesidades, pues ello es el arma más poderosa en la lucha por la vida. Aparecer necesitado, sin embargo, eso jamás, a ningún precio, ni en la palabra ni en

el aspecto. La indigencia se toma a mal porque inquieta. Mostrar su pobreza es hacerse odioso, de eso me di cuenta harta temprano. Y cuando sentí hambre al punto de retorcerme las entrañas en el vientre como víboras pisoteadas, yo siempre me daba pisto de tener el mundo en el bolsillo; yo siempre vestía con elegancia; sólo usaba camisas de seda, llevaba calzado de charol y gabán de pieles, lucía con donaire el bastón de ébano con puño de plata y, a trueque —no alcanzaba a saciar el hambre".

Y aquí surge la visión fugaz de Chaplín, su bastoncito, dúctil como el dolor de la humana grey, acentuando la curiosa y forzada sonrisa que de pronto contrae los labios del hambriento y es baluarte del medio cerval frente al ogro de la existencia. Es ésa la sonrisa lastimera que se traduce en carcajada y aplauso interruptor de la angustia de los humildes; es la vera efigie de la realidad ruda y amenazante y la tragicomedia de un mundo del cual una mitad no sabe cómo vive la otra.

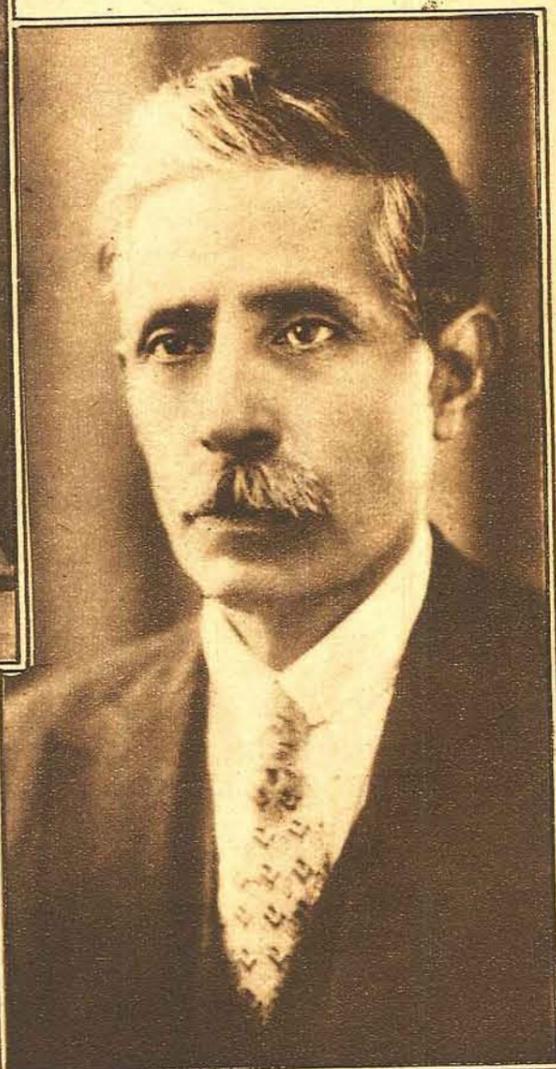
Ahí están los dos, Grock, el clown sin arte ni filosofía, que ha hecho llorar a los isleños de color de San Vicente, y Chaplín, el intérprete del pragmatismo instintivo, el cómico estupendo e insuperable, porque es el clown de los clowns, tal como actúan en la farsa del circo y de la vida. Chaplín y Grock, ambos elegantes y ambos con bastón, uno el insigne y eterno clown del otro y adversario de la película parlante, pues sabe que su sonrisa debe ser muda como es muda el espanto que sonríe haciendo de tripas corazón.

Buen hombre es Grock, pero quién podrá decir si la cinematografía sonora no lo hará volver sobre sus pasos. El suyo es el arte del violín diminuto, de la gutural concertina y las campanadas alegres de la esquina del Trust Joyero.

Y luego... le gusta vivir. Pronto se dará cuenta de que más vale un contrato de varieté en mano que cien esfumándose en la pantalla.

El célebre "clown", visto por un caricaturista





Andrés Chazarrreta, el entusiasta cultor de arte nativo y el elenco que le acompaña y se han presentado en el Teatro Nuevo. El popular maestro.



PARIS LE BRISTOL

112 - Faubourg Saint Honoré

El único Hotel dotado de una instalación especial de ventilación y de refrigeración para el verano.

ABIERTO EN 1930

Telegr. Bristonoré-París

Los coros de Ruada que debutarán el 1° de abril en el Teatro Avenida. En la fotografía superior, de izquierda a derecha: Carolina Serrano, Luisa Fernández, Lolita Casasnovas, Carmen Vázquez; sentadas: Asunción Alvarez, Carmen Anta, Pilar Casasnovas y Filomena Fernández. Una escena de "A retirada de Napoleón", de Xavier Prado Lameiro.



Le TOUQUET



"Lux para lavar todas mis prendas de lana," dice la golfista

Lux es completamente distinto de los jabones ordinarios. Las prendas de lana nunca se encogen al lavarlas con Lux—nunca se arruinan por un tratamiento duro, pues el Lux evita la necesidad de frotar. "Todas mis prendas más delicadas también se lavan con Lux," dice la chica deportista.

Cuán suave es la ectuación del Lux—y sin embargo cuán segura! La espuma rica y pura de las escamas de Lux extrae suavemente la suciedad—deja la tela fresca y atrayente—prolonga su duración. El lavado con Lux es lavado seguro. Las prendas lavadas de esta manera duran mucho más.



Precio: 20 y 45 ctvs. el paquete

L X 71

PARA EL LAVADO SEGURO

LUX

LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS A

Colonia de la Casa del Canillita en Ituzamín



Grupo de empleados de la institución de beneficencia, a cuyo cargo se encuentran las actividades de la colonia veraniega.



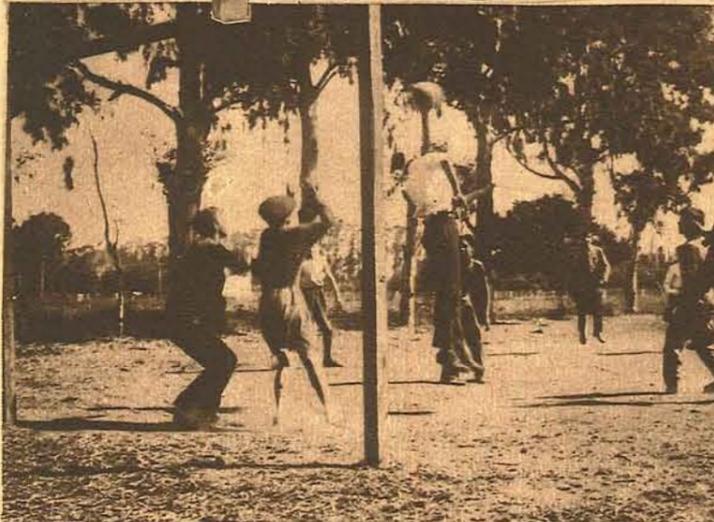
Limpiando el veredón que llega hasta la escalinata del edificio "La Raquel", destinado a esparcimiento de los canillitas.



En la mesa de carpintería, trabajando en la fabricación de útiles para la colonia.



Uno de los sencillos dormitorios.



En el terreno preparado como cancha, los muchachos practican todas las mañanas el football.



En el taller de mimbrería, cada uno fabrica el canasto que luego se ha de vender para su propio beneficio.



La mascota de la colonia con dos veraneantes.

NO ASI

El filo de la hoja "KLAX" es idéntico al filo de la **NAVAJA**.
Por eso:
La hoja "KLAX" es una **NAVAJA** en su aparato de afeitar

1 Paquete (10 hojas) m \$n 1,80
1 Caja (40 paq.) m \$n 48,- lib. de porte

Unico Importador
RUFINO PERTIERRA
Belgrano 4987. u.t. 47-4295
Buenos Aires

SINO ASI

Señor **RUFINO PERTIERRA**
Belgrano 4987 Buenos Aires

Sírvase remitirme caja "KLAX"
Adjunto giro: por m \$n
Nombre:
Dirección: N°
Localidad: F.C.

Kodak Europeo
 DE NUESTRA AGENCIA EN PARÍS.



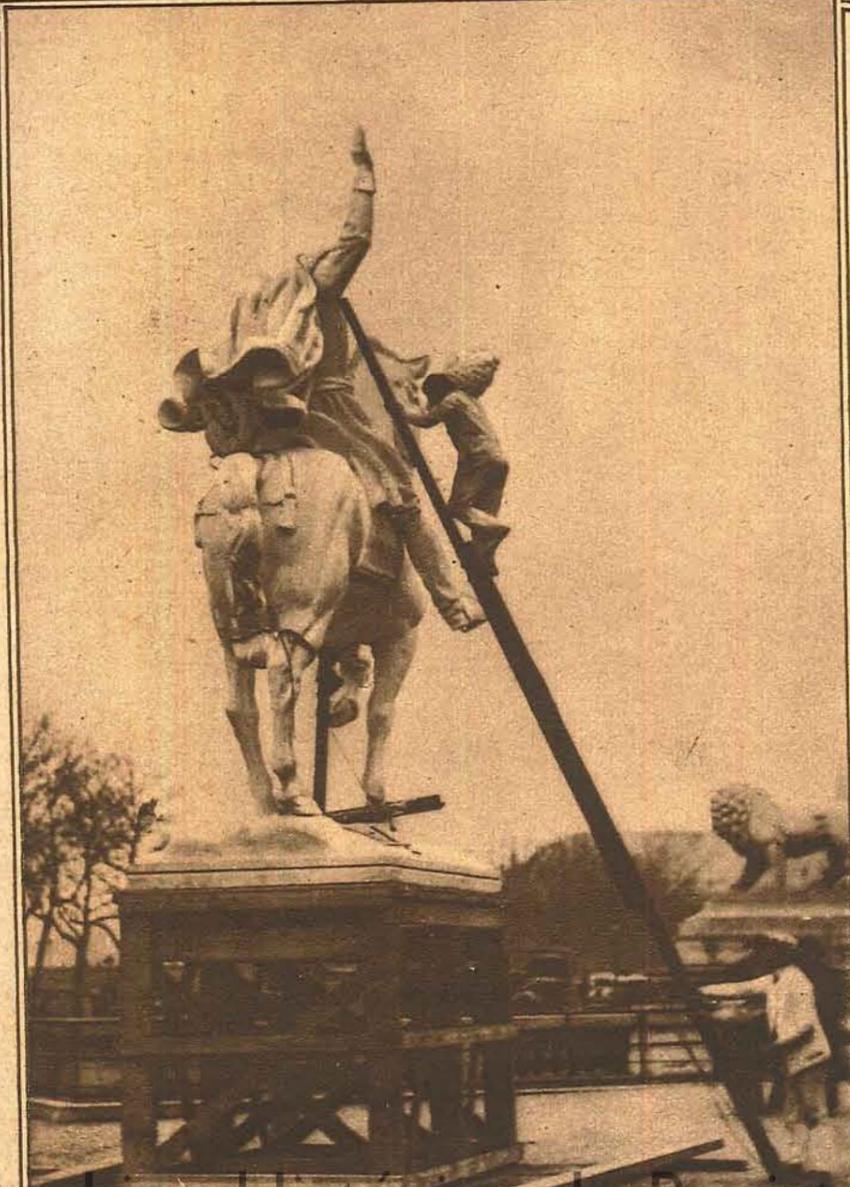
VLADIMIRO ULIANOF, O LA MODERNA ESFINGE

Esta maqueta del inmenso monumento a Lenin, ejecutada por el escultor italiano Mario Petrucci, tiene su significación a estas horas en que tanto se habla de un acuerdo secreto germano-italo-ruso. La entrevista Grandi-Litvinoff, en Milán, es muy comentada. Se afirma que quedó resuelto, en principio, la concesión de un crédito por Italia a Rusia destinado a la construcción, en astilleros italianos, de buques de comercio y de guerra soviéticos. Rusia cubriría ese crédito mediante la entrega de cereales. Mas todo puede ser fantasía. Nada es verdad ni mentira en el misterioso país de los soviets. El escultor italiano parece querer simbolizar ese misterio en la expresión de Lenin contemplando el mundo.



LAS PIERNAS MÁS BELLAS DE PARÍS

La tercera república ama tanto las reinas, que hasta tiene la Reina de las Piernas de París. Un grave jurado elige anualmente esa soberana tras minucioso examen, en el que la estética y las matemáticas intervienen por partes iguales. Es sabido que las más bellas piernas de París son las de Mistinguet. Pero eso ya es historia, y respetando su reinado honorario, cualquiera de estas chicas tiene más títulos a nuestra admiración. No es posible decir de esas piernas que son extremidades inferiores...



LA CABEZA DE ALVEAR

Nada de chistes... Esta cabeza que anda rodando por París, esta cabeza perdida y hallada por un obrero, cabeza de hombre a la que el león vuelve la suya, es la del general Alvear, o más exactamente, la de su figura ecuestre en el hermoso monumento de Bourdelle. En la exposición de sus obras, que se abrirá pronto en las Tullerías, figura esa réplica del original erigido en la Recoleta. ¿Cómo se encontrará el general Alvear en las Tullerías sin el anuncio luminoso que en Buenos Aires corona su gloria y logra la perspectiva?



FAJAS "Vestal"

Recuerde esta marca para embellecer su silueta y dar realce a su elegancia.

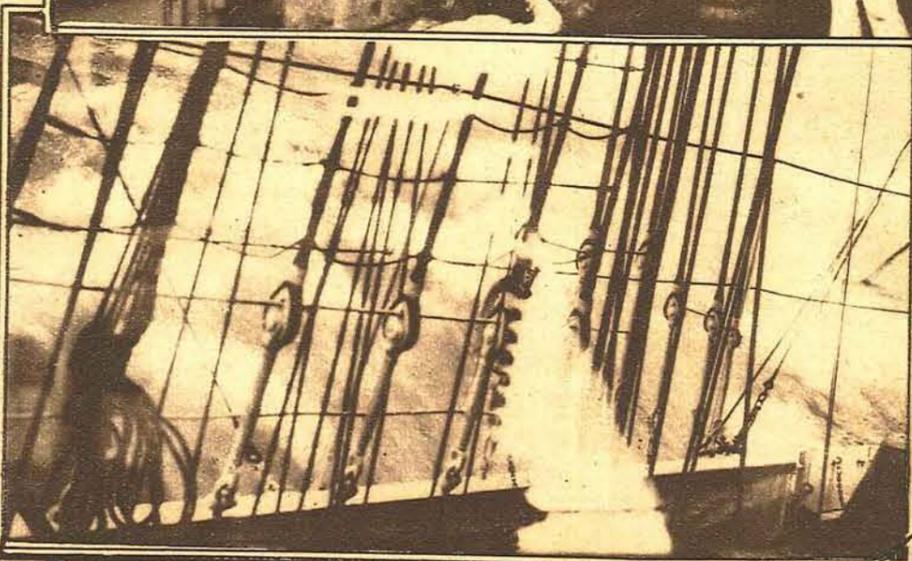
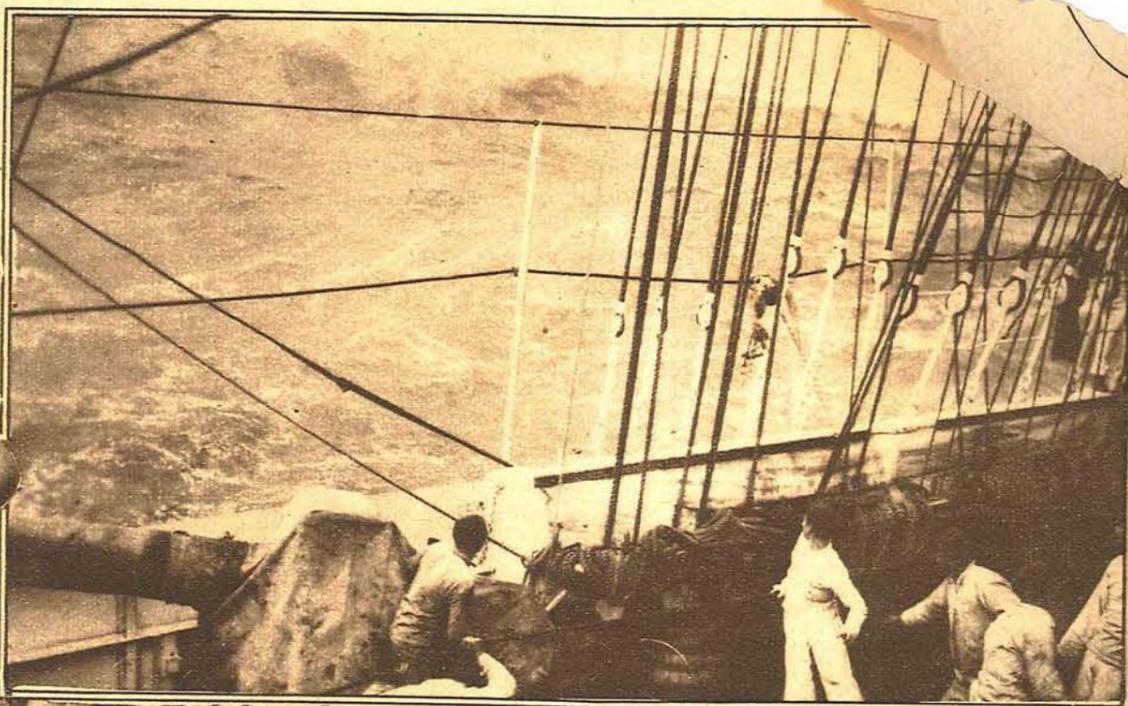
Para prueba de seguridad en su compra es que las casas más importantes y serias del ramo representan las fajas corsés Vestal. Exija la marca Vestal en cada prenda.

Por cualquier queja o informe sobre nuestros artículos dirijase a

Calle LINIERS 359 FÁBRICA "Vestal" BUENOS AIRES



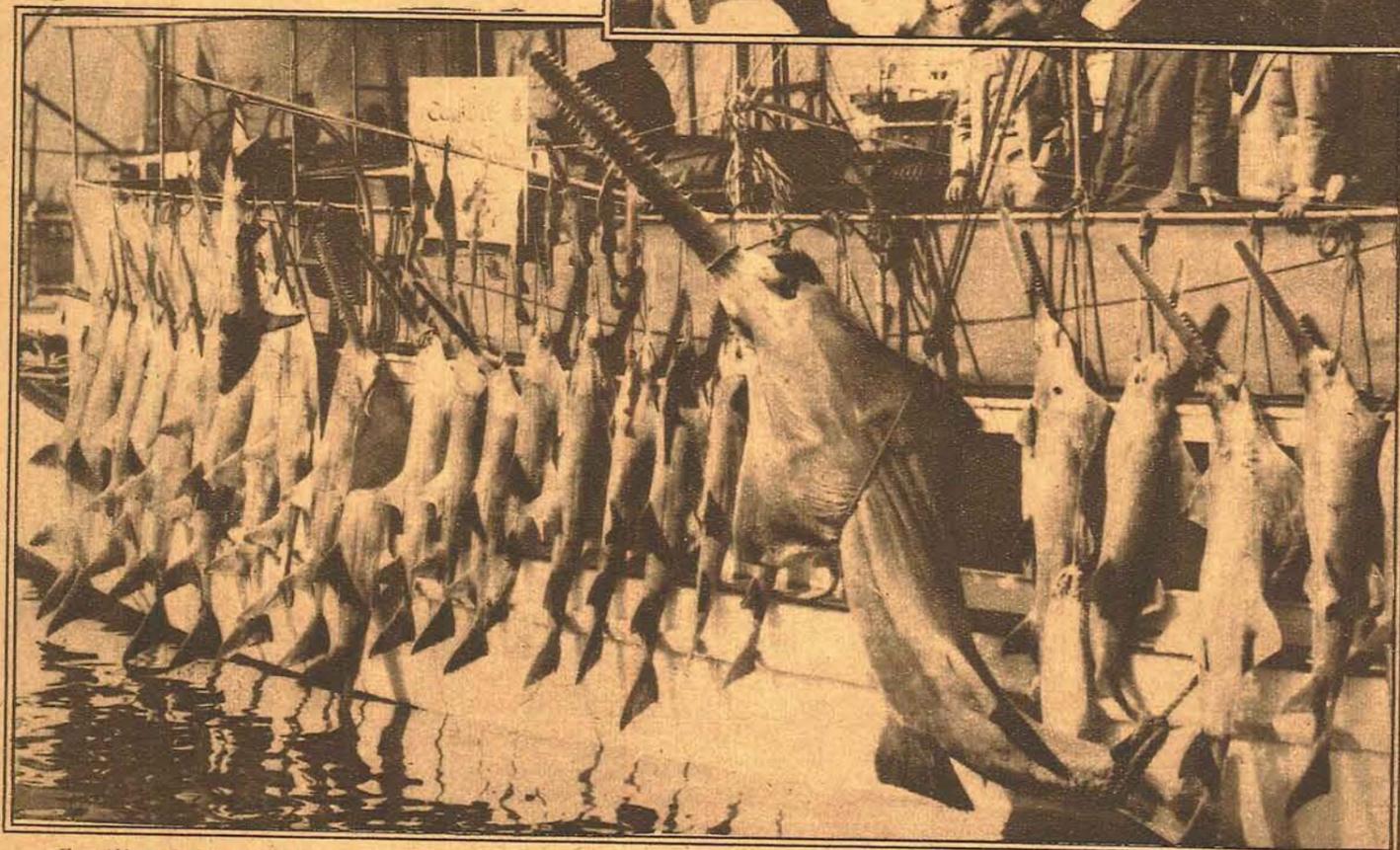
Esperia Sperani, belleza de Milán cuyo perfil ha sido considerado como expresión auténtica de la raza y que será aprovechado en la nueva emisión de billetes italianos.



"Mar gruesa". He aquí una expresión que los marinos conocen en su verdadero significado, y que para los tripulantes de un buques-escuela, como la "Sarmiento", es cosa corriente. Las fotografías, obtenidas durante uno de los viajes de la popular fragata, muestran el instante en que la gente de a bordo, sin perder su optimismo, desafia las furias del viento y del mar.



La Sarmiento en alta mar



Fructífera fué la pesca realizada por este yate en las costas de Key Large, en Florida, en el extremo sud de los Estados Unidos. En tres horas fueron pescados 34 ejemplares de diversos peces espada de distinto peso.

IODEX

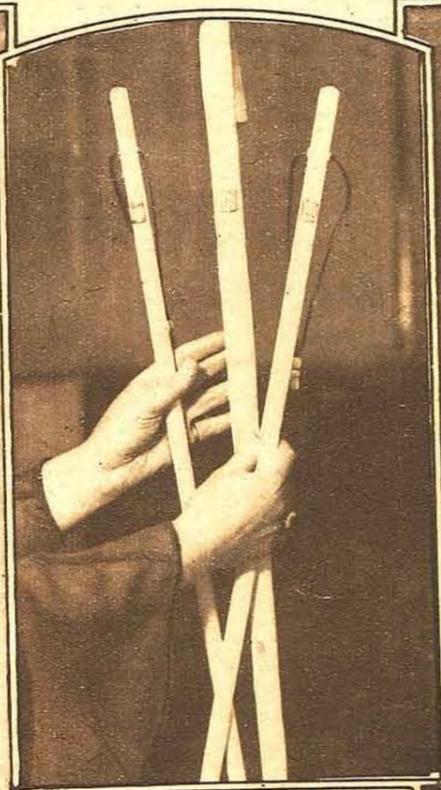
ALIVIA las afecciones cutáneas y calma, instantáneamente, los efectos de picaduras de insectos, quemaduras y cortaduras.

Posee las mismas virtudes que el yodo, pero no irrita ni mancha la piel.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.



MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E.U.A.



Los bastones blancos distribuidos recientemente a los ciegos de París, tienen gran utilidad en medio de la vorágine de la circulación. Basta que un ciego levante su bastón, para que los transeuntes pugnen por hacer de lazarillos. Las mujeres, no son las que más se hacen rogar para ayudar a los desgraciados privados de la luz. Algunos de los bastones con el escudo de la Villa de París donados a los ciegos por Mlle. d'Herbement.



Mme. Genoveva Tranicher, artista de un circo de París donde actúa como acróbata y luchadora, recibió la inesperada visita nocturna de un ladrón. Aprovechando su fuerza natural, la joven le aplicó al hombre un "cross", dejándolo "knock-out". Aquél puño ser aprehendido por la policía.

Elsie Allen fue elegida reina del Invierno durante las fiestas de Carnaval en Greenfield.



SU MANO ES UNA JOYA

Bien cuidada por el Jabón Heno de Pravia, de pasta pura y perfume intenso, su linda mano destaca por su finura y suavidad, dondequiera que se pose.

La espuma cremosa de este jabón exquisito limpia los poros y embellece la piel.



\$ 0.70
EN LA CAPITAL

JABÓN HENO DE PRAVIA

PERFUMERÍA
GAL MADRID BUENOS AIRES LONDON NEW YORK

Proveedores de
SS. MM. los Reyes de España.

BELLEZAS EUROPEAS



Una reina frustrada, Miss Alemania, y una reina vencedora, Miss Francia, convertida por un jurado de artistas en Miss Europa. La fotografía representa la despedida de las dos señoritas. Ese adiós, a juzgar por los rostros de las agraciadas, es sincero. Muchos han encontrado que Miss Alemania merecía llamarse Miss Europa. Pero ello no agravará las relaciones de los dos países. Esa batalla entre bellezas no perjudica a la vida internacional.



FRAULEIN RUTH INGRID RICHARD, Miss Alemania, como se sabe, clasificada tercera en el certamen de belleza femenina europea, realizado para seleccionar las candidatas que irán al concurso que se efectuará en Chile.

CHRISOULA ROZI, Miss Grecia.



TANTI VUSOREANU, Miss Rumania.



Singular blancura
... ¡y no es el polvo!

¿Cómo conseguir esa lechosa transparencia del cutis, tan admirada? No a pura fuerza de polvos, por cierto... pero sí con el auxilio de un cuidado adecuado y una preparación de confianza... ¡Crema Hinds!

¡Cuántas satisfacciones trae su uso diario! No sólo conserva claro y hermoso el cutis... ¡También le da protección! Evita que lo dañe la intemperie. Lo conserva suave, deliciosamente juvenil... Es la crema de moda, inigualable, la preferida siempre.

CREMA
de miel y almendras
HINDS



M. TSANADY FEKETE MARIA, Miss Hungría.

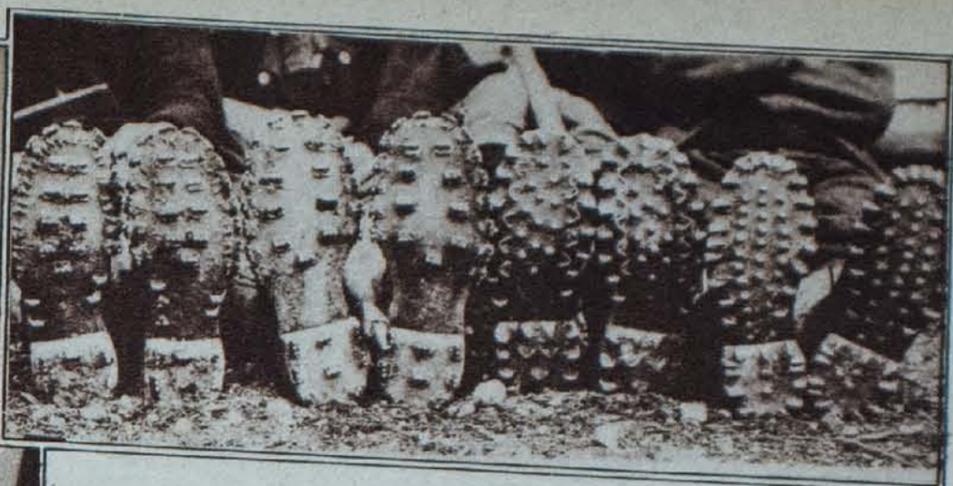
JEANNE JULIA, Miss Francia, primero, y Miss Europa, después, de cuerpo entero.



¿Botines de football?... No, aunque su apariencia parece indicarlo. Son diversos modelos de botines que se utilizan para ascender las montañas.



El recio vigilante de Londres sonríe contento de su hijo, que ya pertenece a la institución policial.



DOS GENERACIONES. — El padre cuida el Palacio Buckingham mientras a su lado el hijo se acostumbra al paso marcial, soñando con que un día lo reemplazará en la honrosa tarea.



La caspa desaparece - la caída de cabello se detiene con "Solución Vindobona fórmula A"

Todos los días cepilla usted caspa y cabellos caídos sobre el cuello de su saco. Todos los días, al peinarse, observa que una crecida cantidad de cabello quedó en el peine. Su cuero cabelludo es grasoso. Le pica. ¿Espera a quedarse calvo?

Si hay motivo para afligirse porque se es calvo, bien vale la cabellera que usted se ocupe de ella, ahora, antes de perderla. Esa caspa grasosa adherida a su cuero cabelludo, ese brillo y untuosidad del cabello revela que el cuero cabelludo no funciona bien. Hay seborrea oleosa. Corrijala. Es sencillo. Todos los días al peinarse, aplique Solución Vindobona, Fórmula "A", sobre su cuero cabelludo. Hará desaparecer la excesiva grasitud, porque regula las funciones de las glándulas sebáceas. Elimina la caspa. Tonifica el cuero cabelludo, el cual entonces retiene firmemente el cabello. La caída de cabello cesa en seguida. La picazón no se hará sentir más. La cabellera se desarrollará sana y bien nutrida, porque las emanaciones que produce el radium, contenido en la Solución Vindobona, vivifican las células y estimulan la circulación sanguínea. Y así se proporciona al cuero cabelludo la alimentación que necesita para mantener a su vez los cien mil cabellos que llevamos en la cabeza.

Calvicie

El cabello que ha caído y dado lugar a la calvicie puede reemplazarse fácilmente. Las raíces del cabello no mueren nunca. Un científico tratamiento le devolverá a usted la cabellera. Hará crecer nuevo cabello en la cabeza de usted en reemplazo del perdido, en los lugares calvos. El tratamiento que usted podrá seguir en la intimidad de su hogar está descrito en el interesante folleto "Cómo salvo mi cabello", que enviamos gratis a quien lo solicite.

Solución Vindobona, Fórmula "A", se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8 - Piso 1º - BUENOS AIRES

- Pedidos del interior se atienden en el día. También la venden las casas de mayor prestigio, entre ellas:
- Franco-Inglesa Sarmiento y Florida
 - Farmacia Inglesa Av. de Mayo 900
 - Farmacia L'Aiglon Callao 200
 - Farmacia Scanapieco Esmeralda y Tucumán
 - Gath & Chaves Casa Central y Sucursales
 - Casa Argentina Scherrer Suipacha 171
 - Farmacia Gibson Florida 281
 - Farmacia Canning Santa Fe y Canning

Llene y envíenos este cupón HOY.

LABORATORIOS VINDOBONA. L. N. S. 6
Florida 8, piso 1º - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis el folleto titulado "Cómo salvo mi cabello".

Nombre

Calle N°

Ciudad F. C.

Belleza que confiere el Polvo de Tocador

¿El polvo que usted usa confiere hermosura al cutis o le da aspecto de empolvado? Si el polvo es fino, invisible y adherente, confiere al cutis lozana hermosura. Debe ser imperceptible, adherirse a todas las partes del rostro por igual, y no debe quedar más visible sobre la nariz y las partes más grasosas de la piel. Esta es una de las razones por la cual miles de damas consideran únicos a los exquisitos "Polvos de Tocador Vindobona", a base de almendras. Glorifican el cutis con nueva belleza. Son un lujo, una necesidad y un deleite para las damas que estiman su tez. Son invisibles porque pasan por tamicas finísimos, contruidos ex profeso en Europa. Se adhieren a la perfección, en todas las partes de la piel por igual. Dan aspecto de real belleza y no de mal empolvado.

Los Polvos Vindobona son suaves y extraordinariamente saludables. El contenido de almendras regula las funciones de los poros, por lo que el uso de los Polvos Vindobona por sí sólo constituye un tratamiento de belleza. Impiden que la epidermis se reseque. Realmente la protegen contra las inclemencias del tiempo. Impiden la formación de acné. Reducen los poros a la mayor finura, haciendo que se vuelvan imperceptibles, y previenen la formación del vello y de erupciones cutáneas. ¿Ha usado usted un polvo de tocador que reúna tales condiciones? Se preparan en siete perfumes y en los tonos siguientes: Blanco, rosa, piel natural, rachel, ocre, ocre rosado y ocre lodado.

En las buenas farmacias, perfumerías y tiendas La caja, \$ 2.—

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8 - PISO 1º - BUENOS AIRES

GARANTIA: Dondequiera compre Polvos Vindobona, si no le agradaran, devuélvalos y le devolverán el dinero.



No sólo en Gran Bretaña los hijos siguen el ejemplo paterno, sino que en Berlín la máquina fotográfica ha sorprendido a estos dos desholinadores, padre e hijo.



ESPAÑA
PINTORESCA
Una calle de Sigüenza, la
capital de la Provincia de Guadalajara,
a orillas del Rio
Henares



Aspecto típico de Daroca, la capital
de la Provincia de Zaragoza, una
de las ciudades más impor-
tantes del Reino de
Aragón, en la
Edad Me-
dia.